

Rosa irlandesa

La bella y audaz Erin McKinnon aceptó la proposición de matrimonio de Burke Logan y su fría promesa de seguridad y riqueza. Pero, ¿podría esta encantadora rosa irlandesa conquistar el corazón de su insensible marido?

1

Se llamaba Erin, y era un laberinto de contradicciones. De rebeldía y de poesía, de pasión y de melancolía. Era lo bastante fuerte como para luchar por sus creencias, lo bastante terca como para seguir luchando cuando la causa estaba perdida, y lo bastante generosa como para dar cuanto tuviera. Una mujer suave por fuera y dura por dentro. Acariciaba dulces sueños y grandes ambiciones.

Se llamaba Erin, Erin McKinnon, y estaba nerviosa como un flan.

Era la tercera vez, en toda su vida, que ponía los pies en el aeropuerto de Cork, o en cualquier otro aeropuerto. Aun así, no era el gentío ni el ruido lo que la ponía nerviosa. En realidad, disfrutaba oyendo anunciar las idas y venidas de los aviones, pensando en los lugares a los que viajaría toda aquella gente.

Londres, Nueva York, París. A través del grueso cristal podía ver cómo los enormes y aerodinámicos aviones se elevaban, con el morro hacia el cielo, e imaginaba sus lugares de destino. Quizá, algún día, también ella podría subirse en alguno y experimentar el hormigueo de la emoción conforme el avión ascendía más y más alto.

Sacudió la cabeza. Sus nervios no temían nada que ver con la salida de ningún avión, sino con su llegada. y llegaría en cualquier momento.

Erin se pasó la mano por el cabello y se tiró de la chaqueta. No quería ofrecer un aspecto descuidado, tenso... o pobre, añadió mientras se alisaba la falda.

Menos mal que su madre era muy hábil con la aguja. El color azul oscuro de la falda, y de la chaqueta a juego, favorecía el tono pálido de su tez. El diseño y el estilo eran, tal vez, algo conservadores para el gusto de Erin, pero el color armonizaba con el de sus ojos. Deseaba parecer competente, capaz, e incluso había conseguido domar su rebelde cabello, recogidoselo en una ondulada coleta de color castaño oscuro. Aquel peinado la hacía parecer mayor, se dijo. y esperaba que también más sofisticada.

Se había aplicado un poco de maquillaje para atenuar las pecas y se había pintado los labios, además de darse un toque de sombra de ojos. Llevaba puestos los preciosos aretes de oro de Nanny.

Lo último que quería era parecer sencilla y poco elegante. Que la relacionaran con la gente pobre. El mero eco de la frase en su mente hizo que apretara los dientes. La lástima, o aun la conmiseración, eran emociones que no deseaba. Era una McKinnon, y quizá la fortuna no le hubiera sonreído, como a su prima, pero estaba decidida a triunfar.

Allí estaban, se dijo Erin, tragando saliva para deshacer el nudo de nervios que le atenazaba la garganta. La primera en bajar del avión fue una mujer mayor, con una niña pequeña de la mano. La mujer terna el cabello blanco y una complexión bastante sólida. A su lado, la niñita parecía un duendecillo pelirrojo. En cuanto hubieron puesto los pies en tierra, un niño de unos cinco o seis años apareció saltando tras ellas.

Aun a través del grueso cristal, Erin pudo oír cómo la mujer le regañaba. Lo tomó de la mano y el pequeño le dirigió una sonrisita traviesa. Erin experimentó, de inmediato, una sensación de afinidad. Si había calculado bien la edad, aquel debía de ser Brendon, el hijo mayor de Adelia. La niña, que sostenía una maltrecha muñeca de trapo en la mano libre, era Keeley, un año menor.

A continuación bajó el hombre, al que Erin reconoció como Travis Grant. Marido de su prima desde hacía siete años, y dueño del rancho Royal Meadows. Era alto, de anchos hombros, y sonreía a su hijito, que saltaba con impaciencia en el asfaltado de la pista. Su sonrisa era dulce, se dijo Erin, de esas que obligaban a las mujeres a mirar dos veces. Erin lo había conocido brevemente, cuando Travis llevó a su esposa a Irlanda cuatro años atrás. En aquel entonces le había parecido un poco dominante, de esos hombres de los que una mujer podía llegar a sentirse completamente dependiente.

Ahorcajado en la cadera, Travis llevaba a otro niño, con el pelo negro y espeso como el de su padre. También el pequeño sonreía, pero no a sus hermanos. Tenía la carita vuelta hacia el cielo del que acababan de bajar. Travis lo soltó y, girándose, alargó la mano.

Al salir Adelia, el sol arrancó a su cabello destellos de luz. La lustrosa melena rojiza brillaba alrededor de su cara y de sus hombros. También ella reía. Aun desde lejos, Erin pudo ver su brillo natural. Era una mujer pequeña. Cuando Travis la agarró por la cintura para bajarla al suelo, ella no elevó los brazos para apoyarse en sus hombros. Él siguió abrazándola, no tanto para protegerla a ella como al niño que llevaba en su interior.

Mientras Erin los observaba, Adelia acarició la mejilla de su marido y lo besó. No como una esposa de toda la vida, se dijo Erin, sino como una amante.

Sintió una leve punzada de envidia. Erin no trató de reprimirla. Jamás reprimía sus sentimientos, sino que los dejaba fluir y aumentar hasta el límite, fueran cuales fuesen las consecuencias. ¿Y por qué no habría de sentir envidia de Dee?, se preguntó. Adelia Cunnane, la huerfanita de Skibbereen, no solo había conseguido salir adelante, sino llegar a lo más alto. y Erin pretendía hacer lo mismo.

Enderezó los hombros y echó a andar mientras otra figura salía del avión. Otro sirviente, pensó, pero luego lo observó con detenimiento. No, aquel hombre no podía ser sirviente de nadie.

Saltó fácilmente al suelo con un cigarro apagado entre los dientes. Lentamente, con cautela, miró en torno. Tal como podría mirar un gato, se dijo Erin. Un gato que acabase de saltar de uno a otro borde de un precipicio. No podía verle los ojos, porque llevaba gafas de sol, pero tuvo la rápida impresión de que serían agudos, intensos y

desasosegantes.

Era tan alto como Travis, pero más esbelto y enjuto. Muy duro. Tal adjetivo acudió a la mente de Erin mientras seguía mirándolo, con los labios fruncidos. El hombre se agachó para hablar con uno de los pequeños, con movimientos perezosos pero no descuidados. Tenía el pelo negro y liso, y llevaba botas tejanas y pantalones vaqueros desgastados, pero Erin descartó la idea de que fuese granjero. No tenía aspecto de trabajar la tierra, sino de poseerla.

¿Qué hacía un hombre como aquel viajando con la familia de su prima? ¿Sería otro pariente?, se preguntó Erin, removiéndose incómoda. En fin, no le importaba. Se palpó las horquillas y colocó en su sitio las dos que encontró sueltas. Si era pariente de Travis Grant, no había problema.

Pero no parecía familia del marido de su prima. Quizá tuvieran la misma tez morena, pero ahí terminaba el parecido.

Respirando hondo, Erin se acercó para saludar a su familia.

Brendon, el pequeño, fue el primero en salir, con los cordones de los zapatos desatados y los ojos iluminados por la curiosidad. La mujer de pelo blanco lo siguió, moviéndose con una increíble rapidez.

-Quieto ahí, diablillo. No quiero perderte otra vez de vista.

-Solo quiero echar un vistazo, Hannah -aseguró el niño con voz risueña, y sin el menor asomo de arrepentimiento, mientras la mujer le agarraba la mano.

-Pronto podrás echar todos los vistazos que quieras. Pero no hace falta que le des un disgusto a tu madre. Keeley, no te separes.

-No -la pequeña miraba a su alrededor con tanta avidez como su hermano, pero parecía más dispuesta a permanecer en su sitio. Entonces vieron a Erin-. Ahí está. Erin, nuestra prima. Es igual que en la foto -sin atisbo alguno de timidez, la pequeña se acercó a ella y sonrió-. Tú eres la prima Erin, ¿verdad? Yo soy Keeley. Mamá dijo que vendrías a esperarnos.

-Sí, yo soy Erin -encantada, Erin se agachó y tomó la barbilla de la pequeña con la mano. Sus nervios desaparecieron, sustituidos por una sensación de verdadero placer-. y la última vez que te vi eras una cosita muy pequeña, envuelta en una manta, y berreabas con fuerza suficiente para despertar a los muertos.

Los ojitos de Keeley se abrieron de par en par.

-Habla igual que mamá -anunció-. Hannah, ven a ver esto. ¡Habla igual que mamá!

-Señorita McKinnon -Hannah mantuvo una mano firme sobre el hombro de Brendon y le ofreció la otra-. Celebro mucho conocerla. Soy Hannah Blakely, el ama de llaves de su prima.

«Ama de llaves», se dijo Erin mientras estrechaba la ajada mano de Hannah. Sabía que los Cunnane podían haber tenido amas de llaves, pero su familia nunca había tenido ninguna.

-Bienvenida a Irlanda. Y tú debes de ser Brendon.

-Ya he estado en Irlanda antes -dijo el niño dándose importancia-. Pero es la primera que piloto el avión.

-¿En serio? -Erin vio a su prima en el pequeño, sus facciones de duendecillo y sus profundos ojos verdes. Debía de ser un torbellino, pensó, como lo había sido Adelia, según su madre-. Vaya, has crecido mucho desde la última vez que vi.

-Soy el mayor. Ahora Brady es el bebé.

-¿Erin?

Ladeó la cabeza para ver cómo Adelia se acercaba presurosa. Aun estando embarazada, se movía con ligereza. Y cuando estrechó entre sus brazos a Erin, esta percibió su fuerza.

-Oh, Erin, cuánto me alegra volver, cuánto me alegra verte. Deja que te mire.

No había cambiado nada, se dijo Erin. Adelia se acercaba ya a los treinta, pero parecía varios años más joven. Su piel era suave e impecable, y brillaba sobre la lustrosa melena que seguía llevando suelta. El placer que se reflejaba en su rostro era tan sincero, tan vital, que Erin se sintió de inmediato contagiada.

-Estás maravillosa, Dee. América te ha sentado bien.

-y la muchacha más guapa de Skibbereen se ha convertido en una hermosa mujer. Oh, Erin -Adelia besó las mejillas de su prima, se echó a reír y volvió a besarla. Luego, sujetando con fuerza la mano de Erin, se giró-. ¿Te acuerdas de Travis?

-Por supuesto. Me alegra mucho volver a verte.

-Has crecido mucho en estos cuatro años -Travis le besó la mejilla-. A Brady no llegaste a conocerlo.

-No -sin retirar el brazo del cuello de su padre, el niño observaba a Erin con la atención de un búho-. Caramba, es clavado a ti. Qué guapo eres, primo Brady.

Brady sonrió, y luego se giró para enterrar la carita en el cuello de su padre.

-Y muy tímido -comentó Adelia, pasándole una mano por el cabello-. En eso no ha salido a su papá. Erin, has sido muy amable al venir a recogernos y acompañarnos a la posada.

-No solemos recibir muchas visitas. He traído el furgón. Ya sabéis que alquilar un coche puede resultar muy complicado, así que os lo dejaré mientras estéis aquí -mientras hablaba, Erin sintió un hormigueo en la base del cuello, una especie de aviso. Deliberadamente, se dio media vuelta y miró al hombre esbelto al que había visto bajarse del avión.

-Erin, te presento a Burke -Adelia se llevó una mano al vientre mientras hacía las presentaciones-. Burke Logan, mi prima, Erin McKinnon.

-Señor Logan -dijo Erin asintiendo levemente, decidida a no dejarse intimidar por el reflejo de sus gafas de sol.

-Señorita McKinnon -él sonrió lentamente, y luego volvió a apretar el cigarro con los dientes.

Erin seguía sin poder verle los ojos, pero tuvo la inquietante sensación de que las gafas no suponían para él el mismo obstáculo.

-Seguro que estáis cansados -dijo a Adelia, aunque mantuvo obstinadamente la mirada sobre Burke-. El furgón está aparcado afuera. Os llevaré hasta él y luego nos ocuparemos del equipaje.

Burke se mantuvo algo apartado mientras el grupo recorría la pequeña terminal. Lo prefería así, para poder observar mejor. Tal como ahora estaba observando a Erin McKinnon.

Un buen ejemplar, se dijo, contemplando el movimiento de sus piernas, largas y atléticas, bajo la falda. Guapa como una muñeca de porcelana y nerviosa como una yegua en la línea de salida. ¿Qué clase de carrera pretendería correr?, se preguntó.

Burke conocía algunos detalles de su vida, gracias a las conversaciones que había oído durante el viaje desde Estados Unidos. Los McKinnon y los Cunnane no eran primos cercanos. Según había entendido, la madre de Adelia y la madre de la interesante Erin McKinnon eran primas terceras, que habían crecido en granjas vecinas.

Burke sonrió mientras Erin lo miraba por encima del hombro, incómoda. Si Adelia Cunnane Grant consideraba que eso la convertía en pariente de los McKinnon, él no pensaba discutirlo. Burke, por su parte, había pasado más tiempo evitando los lazos familiares que buscándolos.

Como no dejara de mirarla así, se dijo Erin mientras ponía en marcha el furgón, se iba a llevar una fresca. El equipaje ya estaba cargado, los niños parloteaban, y ella tenía que concentrarse para salir del aeropuerto.

Podía ver a Burke por el espejo retrovisor, sus piernas extendidas en el estrecho pasillo, un brazo apoyado en el raído asiento... y sus ojos puestos en ella. Por más que lo intentaba, no podía concentrarse en las preguntas de Adelia sobre la familia.

Mientras se incorporaba al tráfico, Erin escuchó con escasa atención y contestó a su prima lo mejor que pudo. Todos estaban bien. La granja no iba mal. Empezó a relajarse tras el volante, pero él seguía mirándola.

«Pues que mire», decidió. Evidentemente, aquel hombre tenía los modales de un mulo de carga, y a ella no debía importarle. Evitando tercamente mirar de nuevo hacia el espejo retrovisor, se colocó otra horquilla suelta.

Erin esquivó con destreza los peores baches de la carretera y mantuvo la mirada hacia el frente. También ella tenía preguntas que hacer. Por ejemplo, quién demonios era el tal Burke Logan. Sin embargo, sonrió y volvió a asegurarle a su prima que su familia estaba perfectamente.

-De modo que Cullen aún no se ha casado.

-¿Cullen? -pese a su determinación, la mirada de Erin había vagado de nuevo hacia el espejo y hacia Burke-. No. Para desconsuelo de mi madre, sigue soltero. Va a Dublín de vez en cuando para cantar -el furgón pasó por un bache y se bamboleó-. Lo siento.

-No pasa nada.

Volviendo la cabeza, Erin estudió a Adelia con sincera preocupación.

-¿Seguro? No sé si deberías viajar en tu estado.

-Estoy tan sana como los caballos de Travis -con un gesto ya habitual, Adelia se acercó la mano al redondeado vientre-. Y aún faltan meses para que nazcan.

-¿Nazcan?

-Esta vez son gemelos -una sonrisa iluminó la faz de Adelia-. Lo que yo quería.

-Gemelos -repitió Erin en tono bajo, sin saber si sentir asombro o hilaridad.

Adelia se colocó en una postura más cómoda. Girando la cabeza, vio que sus dos hijos más pequeños se habían dormido, y que Brendon libraba una valiente batalla por mantener los ojos abiertos.

-Siempre quise tener una familia numerosa como la tuya.

Erin le sonrió mientras el furgón entraba en el pueblo.

-Pues parece que vas a conseguirlo. Y que el Señor se apiade de ti.

Con una risita, Adelia volvió a cambiar de postura para absorber las vistas y los sonidos del pueblo que recordaba de su infancia.

Las pequeñas casas seguían en buen estado, aunque algo desgastadas por los bordes. Las franjas de verde hierba brillaban sobre la oscura tierra. El letrero de la única taberna del pueblo, el Shamrock, crujió y gemía azotado por una brisa que transportaba aroma de lluvia.

Adelia casi podía paladearlo, y lo recordó con facilidad. Allí, los barrancos eran escarpados e inmensos, y descendían hasta un mar furioso. Recordó las ocasiones en que había permanecido de pie sobre las rocas, contemplando las barcas pesqueras, viendo cómo los pescadores se acercaban con la captura del día para secar las redes y refrescarse la garganta en la taberna.

Allí se hablaba de la pesca y de las granjas, de los hijos y de los amores.

Aquel era su hogar. Adelia posó una mano sobre la ventanilla abierta y se asomó. Sí, su hogar... Un lugar, una forma de vida, que jamás había desaparecido de su corazón. Vio una carreta llena de heno, cuyo color no era más brillante ni su aroma más dulce que el de los establos de América. Pero aquello era Irlanda, y su corazón jamás la había abandonado.

-No ha cambiado nada.

Erin detuvo el vehículo y miró en torno. Conocía cada metro cuadrado del pueblo y todas las granjas en centenares de kilómetros a la redonda. En realidad, era lo único que había conocido jamás.

-¿Esperabas otra cosa? Aquí nunca cambia nada.

-Ahí está la tienda de O'Donnelly -Dee se bajó del vehículo. Deseaba plantar los pies en la tierra de su niñez. Llenarse los pulmones con el aire de Skibbereen-. ¿Sigue allí?

-Ese viejo chivo se morirá detrás del mostrador, contando sus peniques.

Con una risotada, Adelia tomó a Brady en brazos amorosamente mientras el pequeño bostezaba y se recostaba en su hombro.

-Se ve que tampoco él ha cambiado. Mira, Travis, ahí está la iglesia. Solíamos ir todos los domingos. El viejo padre Finnegan hablaba y hablaba sin parar. ¿Aún lo hace, Erin?

Erin guardó en el bolso las llaves del furgón.

-Murió, Dee. Hace poco más de un año -al ver que los ojos de su prima se ensombrecían, alzó la mano para acariciarle la mejilla-. Tenía más de ochenta años,

como recordarás, y murió tranquilamente mientras dormía.

La vida seguía adelante, como bien sabía Erin, y la gente se iba aunque uno no lo quisiera.

Dee miró de nuevo hacia la iglesia. Jamás volvería a ser la misma.

-Él dio sepultura a papá ya mamá. Nunca olvidaré lo bueno que fue conmigo.

-Ahora tenemos a un cura joven -empezó a decir Erin-. De Cork. Es de armas tomar, y nadie se duerme con sus sermones. Le ha metido a Michael Ryan el miedo de Dios en el cuerpo, de forma que el pobre no falta a misa ni un solo domingo -se giró para ayudar con las maletas y se chocó con Burke. Él le puso una mano en el hombro, como queriendo sujetarla, pero se tomó más tiempo del necesario.

-Le pido perdón -sin poder evitarlo, ella alzó el mentón y lo fulminó con los ojos.

Él se limitó a sonreír.

-Ha sido culpa mía -tras agarrar dos pesadas maletas, las sacó del furgón-. ¿Por qué no entras con Dee y los niños, Travis? Yo me ocuparé del equipaje.

Normalmente, Travis no dejaría en manos de otro el grueso del trabajo, pero sabía que las fuerzas de su esposa flaqueaban. También sabía que era tozuda, y que la única manera de conseguir que se echara a dormir una siesta era acostándola él mismo.

-Gracias. Me ocuparé de firmar el registro. ¿Os veremos a ti a tu familia esta noche, Erin?

-Aquí estaremos -movida por un impulso, Erin besó a Dee en la mejilla-. Ahora, debes descansar. Si no, mi madre empezará a dar te la lata y te volverá loca. Te lo garantizo.

-¿Tienes que irte ya? ¿No puedes entrar con nosotros?

-Tengo algunas cosas que hacer. Vamos, entra ya o los niños se quedarán dormidos en la calle. Nos veremos pronto.

Pese a las protestas de Brendon, Hannah llevó a los pequeños al interior de la posada. Erin se giró para descargar otras dos maletas. Se le pasó por la cabeza que la ropa cara debía de pesar más que la normal, cuando se encontró de nuevo frente a Burke.

-Ya quedan pocas -musitó y, deliberadamente, pasó de largo.

El interior de la posada estaba en penumbra, pero distaba de estar tranquilo. La excitación por recibir huéspedes de América había mantenido al reducido personal trabajando toda la semana. Habían sacado brillo a la madera y fregado los suelos. La vieja señora Malloy acompañó a Dee a la habitación, al tiempo que se ofrecía a los recién llegados té caliente y pan de centeno.

Decidiendo que había dejado la situación en buenas manos, Erin salió de la posada.

El día era fresco y claro. Hacía rato que las primeras nubes habían sido dispersadas por el viento del oeste, de modo que el cielo, como solía ocurrir en Irlanda, aparecía luminoso y cristalino. Erin se entretuvo un momento contemplando el pueblo que tanto había fascinado a su prima. Era un pueblo sencillo y apacible, lleno de trabajadores y, a menudo, del aroma del pescado. Desde cualquier punto del pueblo

podía divisarse el pequeño puerto al que las barcas llegaban con la pesca del día. Los escaparates de las tiendas se mantenían pulcramente limpios. Era una cuestión de orgullo. Las puertas de las casas siempre estaban abiertas. Era una cuestión de costumbre.

Todos los vecinos del pueblo conocían a Erin, y ella los conocía a todos. Los pocos secretos que hubiera no solían durar mucho, sino que corrían de boca en boca, como pequeños tesoros que se saboreaban con avidez.

Dios santo, Erin deseaba ver otras cosas antes de que la vida se le pasara. Deseaba ver las grandes ciudades, donde la vida giraba como un remolino, intensa, emocionante y anónima. Deseaba pasear por calles donde nadie la conociera. Por una vez en la vida, deseaba hacer algo salvaje e impulsivo, que no hallara eco en las lenguas de la familia y los vecinos. Por una vez.

La portezuela del furgón se cerró con fuerza, devolviéndola a la realidad. De nuevo se encontró mirando a Burke Logan.

-¿Ya están todas? -preguntó, intentando mostrarse educada.

-Eso parece -él se recostó en el furgón. Con los tobillos cruzados, sacó un encendedor y encendió el cigarrillo. Nunca fumaba en presencia de Adelia, por respeto a su estado. Sus ojos no abandonaron en ningún momento los de Erin-. No se parecen mucho usted y la señora Grant, ¿verdad?

Era la primera vez que pronunciaba más de dos palabras seguidas. Erin se dio cuenta de que no tenía el mismo acento que Travis. Hablaba con suma lentitud, como si no tuviera motivos para darse prisa.

-El pelo, sí -prosiguió al ver que Erin no contestaba-. Pero el de ella es más pelirrojo, y el suyo... -dio una calada al cigarro mientras se lo pensaba-. El suyo es como la caoba de mi mesilla de noche -sonrió burlón, con el cigarro encajado entre los dientes-. Me pareció muy bonita cuando la compré.

-Un pensamiento encantador, señor Logan, pero yo no soy una mesilla de noche -Erin se metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves-. Tenga, se las dejaré a usted.

En lugar de aceptarlas, Burke simplemente cerró la mano en torno a la suya. Tenía la palma dura y áspera como la roca de los precipicios que se abrían al mar. Burke disfrutó con el modo en que ella mantenía su terreno, enarcando las cejas, más desdeñosa que ofendida.

-¿Desea usted algo más de mí, señor Logan? -La llevaré.

-No hace falta -Erin apretó los dientes y asintió mientras dos de las chismosas más conocidas del pueblo pasaban por detrás de ella. La noticia de la tarde sería que Erin McKinnon había estado haciendo manitas con un desconocido en plena calle-. Cualquiera puede llevarme a mi casa, si se lo pido.

-Yo la llevaré -sin soltarle la mano, Logan se retiró del furgón-. Le dije a Travis que me ocuparía de todo -tras soltarla, le hizo un gesto para que se subiera en el vehículo-. No se preocupe, ya casi me he acostumbrado a esto de conducir por el carril contrario.

-Son ustedes los que conducen por el carril contrario -tras un breve momento de

duda, Erin se subió. El día estaba ya muy avanzado, y tendría que aprovechar cada minuto para recuperar el tiempo perdido.

Burke se sentó tras el volante y le hizo girar la llave de contacto.

-Se le están cayendo las horquillas -comentó amablemente.

Erin alzó ambas manos para colocarlas en su sitio mientras salían del pueblo.

-Debe girar a la izquierda en el primer desvío. Después solo hay unos cuatro o cinco kilómetros -Erin entrelazó las manos, decidiendo que ya le había dado bastante conversación.

-Un paisaje muy bonito -comentó Burke al tiempo que contemplaba las colinas verdes y onduladas. Los endrinos se inclinaban ligeramente, mecidos por la incesante brisa del oeste. Los brezos crecían en forma de suaves nubes púrpura, y a lo lejos las montañas se alzaban, oscuras y fantasmales, recortadas sobre el luminoso cielo-. Están ustedes cerca del mar.

-Lo bastante cerca.

-¿No le gustan los americanos?

Con las manos aún remilgadamente entrelazadas, Erin se volvió para mirarlo.

-No me gustan los hombres que me miran fijamente.

Burke sacudió la ceniza del cigarro en la ventanilla.

-Eso reduce el conjunto considerablemente.

-Los hombres que yo conozco tienen modales, señor Logan.

A Burke le gustaba cómo pronunciaba su apellido, con un asomo de desprecio.

-Lástima. A mí me enseñaron a mirar detenidamente todo aquello que me interesa.

-Seguro que considera eso un cumplido.

-Solo era una observación. ¿Ese es el desvío?

-Sí -Erin respiró hondo, sabiendo que no tenía razones para perder los estribos-.

¿Trabaja usted para Travis?

-No -Burke sonrió mientras el furgón traqueteaba por los baches-. Digamos que somos socios -le gustaba el olor de la zona, el rico aroma de Irlanda, la fragancia dulce y natural de la mujer que tenía al lado-. Soy el dueño de la granja que limita con la suya.

-¿Cría usted caballos de carreras? -Erin enarcó la ceja, sintiéndose impelida a observarlo.

-De momento, sí.

Erin frunció los labios pensativamente. Podía imaginarlo en el circuito de carreras, con el ruido y el olor de los caballos. Por más que lo intentara, no se lo imaginaba sentado detrás de una mesa, cerrando libros de cuentas.

-La granja de Travis es muy próspera.

Los labios de él volvieron a curvarse.

-¿Es su forma de preguntarme por la mía?

Ella retiró la mirada, con el mentón erguido.

-Desde luego, no es asunto mío.

-No, tiene razón. Pero me van bien las cosas. No nací en el negocio, como Travis, pero me gusta... de momento. Se la llevarán con ellos si se lo pide.

Al principio, Erin no entendió el comentario. Por fin, entreabrió los labios, sorprendida, y se giró hacia él.

-Reconozco a un alma inquieta cuando la veo -Burke exhaló una bocanada de humo que desapareció por la ventanilla-. Está usted deseando salir de este lugar perdido en el mapa. Aunque, si quiere que le diga mi opinión, tiene su encanto.

-Nadie le ha preguntado.

-Cierto. Pero me di cuenta de cómo miraba el pueblo antes, deseando que se fuera al infierno.

-Eso no es verdad -Erin sintió una punzada de culpa, porque por un momento, por un solo momento, había estado a punto de desearlo.

-De acuerdo. Digamos, entonces, que le gustaría cambiar de aires. Conozco esa sensación, irlandesa.

-Usted no sabe lo que yo siento. No me conoce de nada.

-Sí, mejor de lo que cree -murmuró Burke-. ¿Se siente atrapada, asfixiada, agobiada? -vio que ella no respondía nada esta vez-. ¿Mira el pueblo que vio al nacer y se pregunta si será lo último que vea antes de morir? ¿Se pregunta por qué no se marcha, por qué no alza el pulgar y se va hacia donde sople el viento? ¿Qué edad tiene, Erin McKinnon?

Las palabras de Burke se acercaban demasiado a la verdad para su gusto.

-Veinticinco años. ¿Y qué?

-Yo tenía cinco años menos cuando alcé el pulgar -Burke se giró hacia ella, pero, de nuevo, Erin solo vio su propio reflejo-. Y no puedo decir que me haya arrepentido nunca.

-Pues me alegro mucho por usted, señor Logan. Ahora, haga el favor de parar. Ahí está el camino. Seguiré a pie.

-Como usted quiera -Burke detuvo el furgón y le puso la mano en el brazo antes de que se apeara. No sabía con seguridad por qué se había ofrecido a llevarla a su casa, ni por qué había iniciado aquella conversación. Se limitaba a seguir una corazonada, como había hecho durante toda su vida-. Reconozco la ambición cuando la veo, porque me mira desde el espejo todas las mañanas. Hay quienes lo consideran un pecado. A mí siempre me ha parecido una bendición.

¿Qué tenía aquel hombre, que le crispaba los nervios y hacía que la garganta se le secara?

-¿Me está insinuando algo, señor Logan?

-Me gusta tu cara, Erin -dijo tuteándola-, y odiaría verla arrugada y triste -sonrió burlón y se tocó el ala de un sombrero invisible-. Hasta luego.

Insegura de si huía de Burke Logan o de sus propios demonios, Erin se bajó del furgón, cerró con fuerza la portezuela y se apresuró por el camino.

2

Tenía mucho en que pensar. Erin permanecía sentada a la mesa de la posada,

cenando con su familia, entre un estrépito de voces y de risas. El aroma de la comida caliente se mezclaba con el del whisky.

Erin comió poco, no solo porque alguno de sus hermanos la hubiese interrumpido constantemente para que le pasara esto o aquello, sino porque no podía dejar de pensar en lo que le había dicho Burke aquella tarde.

Se sentía insatisfecha, aunque no le gustaba que un desconocido hubiera visto con tanta facilidad algo que su familia siempre había pasado por alto. Años antes, Erin se había convencido de que pensar así estaba mal. Le habían enseñado que la envidia era un pecado. Y, sin embargo...

Maldición, ella no era ninguna santa, ni quería serlo. La envidia que sentía de Dee, que permanecía cómodamente sentada junto a su marido, era sana, no pecaminosa. Al fin y al cabo, no deseaba ver a su prima privada de lo que tenía, sino que deseaba tenerlo ella también. Y Erin dudaba que un alma ardiera en el Infierno por albergar deseos.

En realidad, Erin se alegraba de la visita de los Grant. Durante unos días, podría oír sus historias sobre América y fantasear. Les haría preguntas e imaginaría la inmensa casa de piedra en la que vivía Dee. Disfrutaría de breves destellos de la emoción que conllevaba vivir en el mundo exterior. Más tarde, cuando se marcharan, volvería la rutina.

Pero no para siempre, se prometió Erin. Transcurrido un año, o tal vez dos, cuando hubiera ahorrado el dinero suficiente, se iría a Dublín. Conseguiría trabajo en alguna oficina y dispondría de su propio piso. Nadie iba a apartarla de su meta.

Sus labios empezaron a curvarse en una sonrisa, cuando sus ojos se encontraron con los de Burke, situado en el extremo opuesto de la mesa. Ya no llevaba las gafas de sol, y Erin casi deseó lo contrario. Sus ojos, grises e intensos, resultaban inquietantes. Eran los ojos de un lobo, fogosos, pacientes, astutos. No tenía ningún derecho a mirarla así, se dijo Erin, y luego le sostuvo tercamente la mirada.

El ruido y el alboroto de la mesa seguían rodeándolos, pero ella perdió toda noción del entorno. ¿Era el brillo burlón de sus ojos lo que la atraía, o su arrogancia? No estaba segura, pero sintió algo por él en aquel momento, algo que sabía que no debía sentir y que, probablemente, acabaría lamentando.

Una rosa irlandesa, se dijo Burke. No recordaba haber visto ninguna, pero estaba seguro de que tendrían espinas, gruesas y afiladas. Una rosa irlandesa, una rosa silvestre, no debía de ser frágil ni requeriría un trato especialmente cuidadoso. Sería, más bien, lo bastante fuerte y terca como para crecer entre las zarzas. Era una flor, se dijo, digna de respeto.

A Burke le gustaba la familia de Erin. Eran gente sencilla, pero no ingenua. Al parecer, les iba bien con la granja, aunque tenían que trabajar los siete días de la semana. Mary McKinnon tenía un pequeño negocio de corte y confección, pero parecía más interesada en hablar de los niños que de la moda. Los hermanos tenían la tez clara, con la salvedad de Cullen, el mayor, que tenía aspecto de guerrero irlandés y voz de poeta. Si Burke no se equivocaba, era el favorito de Erin.

Siguió observándola durante el transcurso de la cena, con curiosidad por ver qué otros puntos débiles podía descubrir.

Cuando hubo acabado la cena, Burke se alegró de que Travis lo hubiera convencido de pasar unos cuantos días en Irlanda. El viaje había sido provechoso, y la visita al circuito de Curragh muy instructiva. Ahora, parecía haber llegado el momento de sazonar los negocios con un poco de placer.

-Tocarás para nosotros, ¿verdad que sí, Cullen? -Adelia alargó el brazo por encima de la mesa, para tomar la mano del hermano mayor de Erin-. Por los viejos tiempos.

-Costará un poco convencerlo -terció Mary McKinnon-. Será mejor que hagáis un poco de sitio -hizo un gesto a sus dos hijos menores-. Una cena así hay que rematarla bailando.

-Da la casualidad de que me he traído la flauta -Cullen se sacó la flauta de madera roja del bolsillo del chaleco y se puso en pie. Era un hombre de hombros anchos y caderas estrechas. Sus dedos de trabajador se deslizaron sobre los agujeros de la flauta mientras se llevaba el instrumento a los labios.

A Burke le sorprendió que un hombre tan recio y corpulento pudiera crear una música tan delicada. Se reclinó en la silla, saboreando la fuerza del whisky irlandés, y observó.

Mary McKinnon tomó la mano de su hijo menor y, en apariencia sin moverse apenas, empezó a seguir el ritmo de la música con los pies. A Burke le pareció un baile muy comedido, basado en una complicada serie de pasos y movimientos de talón. A continuación, el ritmo fue acelerándose, de forma lenta y casi imperceptible. Los demás animaban dando palmas y algún silbido ocasional.

Cuando Burke miró a Erin, vio que estaba de pie, con una mano en el hombro de su padre, y sonreía como jamás había visto sonreír a nadie.

Algo destelló en su interior... Pero el brillo remitió y acabó extinguiéndose, todo en el espacio de dos latidos.

-Aún se mueve como una niña -dijo Matthew McKinnon refiriéndose a su esposa.

-Y sigue igual de hermosa -Erin observó cómo su madre giraba entre los brazos de su hermano, y luego daba una rápida vuelta haciendo revolotear la falda.

-¿Crees que puedes seguirlos? -el padre de Erin le deslizó el brazo alrededor de la cintura.

Ella movió la cabeza al tiempo que soltaba una risotada.

-Nunca he podido.

-Vamos. Apuesto mi dinero por ti.

Antes de que Erin pudiera protestar, Matthew la sacó a bailar. Sonreía de oreja a oreja mientras alzaba la mano de su hija y seguía el ritmo de aquel baile inmemorial que ella había aprendido antes incluso de dar los primeros pasos. La música de la flauta era alegre y estimulante. Contagiándose del entusiasmo de su familia, Erin empezó a moverse instintivamente. Se puso las manos en las caderas y levantó la barbilla.

-¿Te ves capaz?

Adelia alzó la cabeza para mirar a su primo de dieciocho años.

-¿Que si me veo capaz? -repitió entornando los ojos-. Aún no ha amanecido el día en que no sea capaz de bailar una giga, muchachito.

Travis hizo ademán de protestar mientras Adelia se unía a sus primos, pero luego se tranquilizó. Dee conocía muy bien sus propias fuerzas. y su fortaleza nunca dejaba de sorprenderlo.

-Todo un grupo, ¿no te parece? -murmuró a Burke. -Y que lo digas -Burke sacó un cigarro, pero sus ojos no se apartaron de Erin-. Veo que tú no bailas la giga.

Con una risotada, Travis se recostó en la pared.

-Dee ha intentado enseñarme y me ha dejado por imposible -vio que Brendon salía a ocupar su lugar como pareja de baile de su madre. Se parecía mucho a ella, pensó Travis con orgullo. De todos sus hijos, Brendon era el más resuelto y testarudo-. Adelia necesitaba esto más de lo que yo creía.

Burke consiguió retirar los ojos de Erin lo suficiente como para estudiar el perfil de Travis.

-Casi todo el mundo siente morriña de vez en cuando.

-Solo ha vuelto dos veces en siete años -Travis contempló a su esposa, que tenía las mejillas sonrosadas y miraba con expresión risueña a Brendon, mientras el niño imitaba sus pasos-. Eso es muy poco. ¿Sabes? Adelia es capaz de ganarle a cualquiera en una discusión. Pero jamás se queja ni pide nada.

Por un momento, Burke permaneció callado. Pese a los cuatro años transcurridos, aún le sorprendía lo íntima que se había hecho su amistad con Travis. Nunca se había considerado un hombre proclive a hacer amigos y, en realidad, jamás había deseado cargar con la responsabilidad que ello conllevaba. Había pasado casi la mitad de sus treinta y dos años solo, sin necesitar a nadie. Pero su amistad con los Grant había surgido así, sin más.

-No sé mucho acerca de las mujeres -al ver la lenta sonrisa de Travis, Burke se corrigió-. De las esposas, quiero decir. Pero yo diría que la tuya es feliz, ya sea aquí o en Estados Unidos. La verdad, Travis, es que si Adelia no te quisiera tanto, yo mismo la habría cortejado.

Travis siguió observando a su esposa, mientras su mente retrocedía hasta el pasado.

-La primera vez que la vi, la confundí con un muchacho.

Burke se sacó el cigarro de la boca.

-Me tomas el pelo.

-Estaba muy oscuro.

-Eso no es excusa.

Travis emitió una risita mientras seguía recordando.

-Ella pensaba lo mismo. Casi me arrancó la cabeza. Creo que me enamoré de ella allí y entonces -oyó la risa de Adelia, que en ese momento se alejaba del grupo meneando la cabeza. Se acercó a su marido y alargó las manos. El anillo de diamantes

que él le había puesto en el dedo, años atrás, aún brillaba.

-Yo podría seguir durante horas -aseguró Adelia sin resuello-, pero estos dos ya han tenido bastante -se llevó las manos al vientre-. ¿No quieres intentarlo, Burke?

-Ni hablar.

Ella se rio de nuevo y le puso la mano en el brazo, con aquella generosidad a la que Burke aún no se había acostumbrado.

-Si un hombre no se ríe de sí mismo de vez en cuando, es que no está vivo -Adelia respiró hondo un par de veces, pero siguió marcando el ritmo con el pie sin poder remediarlo-. Oh, oír tocar a Cullen es una experiencia mágica. Igual que estar aquí -se llevó la mano de Travis a los labios y luego recostó en ella la mejilla-. Mary McKinnon sigue siendo la . mejor bailarina del condado, pero Erin también es maravillosa, ¿no os parece?

Burke tomó un largo sorbo de whisky.

-No es ningún martirio mirarla.

Riéndose nuevamente, Adelia apoyó la cabeza en el brazo de su marido.

-Supongo que, dado que soy su prima mayor, debería advertirle sobre tu reputación con las mujeres.

Burke removió el whisky y la miró con suavidad.

-¿Y qué reputación es esa?

Con la cabeza aún recostada en Travis, Adelia le sonrió.

-Oh, he oído rumores, señor Logan. Rumores fascinantes. Según se dice, los hombres no solo han de proteger de a sus hijas, sino también a sus esposas.

-Si estuviera interesado en la mujer de otro, tú serías la primera en enterarte

-Burke le tomó la mano y se la acercó a los labios. Ella lo miró con ojos risueños.

-Travis, creo que Burke está coqueteando conmigo.

-Eso parece -convino Travis mientras le posaba un beso en la frente.

-Le hago una advertencia, señor Logan. Coquetear con una mujer embarazada de gemelos, y que sabe que eres un sinvergüenza, es muy fácil. Pero ándate con cuidado. Los irlandeses somos muy avispados -Adelia se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla-. Como sigas mirándola así, Matthew McKinnon correrá a cargar su rifle.

Burke la miró mientras Erin se separaba del grupo.

-Mirar no está prohibido.

-Pues debería estarlo, en lo que a ti respecta -Adelia volvió a acurrucarse contra Travis-. Parece que Erin sale a airearse un poco -al ver que Burke se limitaba a enarcar una ceja, sonrió-. A lo mejor te gustaría encender ese cigarrillo y tomar también el fresco.

-Pues sí, me gustaría -Burke asintió y se dirigió hacia la puerta.

-¿Qué quieres, disuadirlo o animarlo? -quiso saber Travis.

-Solo disfruto del espectáculo, amor mío -Adelia se giró para besarlo en los labios.

Erin se ciñó con fuerza la chaqueta. Las noches eran frías en febrero, pero a ella no le importaba. Soplaban un aire vigorizante y una luna creciente resplandecía en el

cielo.

Erin se alegraba de que su padre la hubiese animado a bailar. Apenas bailaba ya, pues tenían poco tiempo para celebraciones. Había demasiado trabajo que hacer y muy pocas manos, ahora que Frank se había casado y formado su propia familia. Y, antes de que se cumpliera el año, esperaba que Sean se casara con la hija de los Hennessy. Puesto que Cullen estaba más interesado en la música que en ordeñar vacas, solo quedaban Joe y Brian. y ella.

La familia estaba creciendo, pero, al mismo tiempo, se estaba disgregando. La granja tenía que sobrevivir. Erin sabía que eso era incuestionable. Sin ella, su padre se marchitaría. Tal y como se marchitaría ella si se quedaba allí mucho tiempo más. La única solución era encontrar el modo de solventar ambas cosas.

Se abrazó a sí misma para protegerse del viento. Transportaba la fragancia de las rosas silvestres y los rododendros de la señora Malloy. En poco tiempo, los Grant se irían, y sus propios anhelos se atenuarían un poco. Pero todo llegaría en su debido momento.

Erin alzó los ojos hacia la luna y sonrió. ¿No se había prometido a sí misma que ese momento llegaría?

Oyó el chasquido de un encendedor, seguido de una llamarada de luz, e hizo acopio de valor.

-Una noche muy bonita.

Ella no se giró. La leve oleada de excitación que sintió de pronto la atormentó. No, no había deseado que él saliera, se dijo.

-Hace un poco de frío.

-Me ha gustado el baile.

Erin empezó a alejarse lentamente de la posada. No le extrañó que él la siguiera.

-Pues te lo estás perdiendo.

-Dejaste de bailar -la punta del cigarro brilló al rojo vivo conforme Burke daba una calada-. Tu hermano tiene un gran talento.

-Sí -Erin escuchó mientras la música pasaba de la alegría a la tristeza-. Esa la escribí para mí. Oírla es igual que oír cómo se rompe un corazón -aquella música siempre le inspiraba anhelos y temores, y le hacía preguntarse cómo sería sentir algo así por otra persona-. ¿Le gusta la música, señor Logan?

-Cuando es buena, sí -aquella era un vals, lento y triste. Movidó por un impulso, Burke la rodeó con sus brazos y empezó a seguir el ritmo.

-¿Qué está haciendo?

-Bailar.

-Se supone que antes hay que pedirlo -pero Erin no se retiró, sino que siguió sus pasos con facilidad. El movimiento y la música la hicieron sonreír. Giró la cabeza para mirarlo. La hierba era suave bajo sus pies, y el resplandor de la luna sumamente dulce-. No parece usted la clase de hombre que baile el vals.

-Uno de mis pocos logros culturales -el cuerpo de ella encajaba a la perfección entre sus brazos, delgado pero no frágil, suave pero no maleable-. Y esta parece una

noche perfecta para bailar.

Erin permaneció callada por un momento. El marco resultaba mágico, con la luz de las estrellas, las rosas y la música triste. El hormigueo de su estómago, y el calor súbito que recorrió su piel, le advirtieron que existía un gran peligro en bailar con un desconocido a la luz de la luna.

-La melodía ha cambiado -murmuró al tiempo que se retiraba de sus brazos, aliviada y, a la vez, lamentando que él no la hubiese retenido-. ¿A qué ha venido usted a Irlanda?

-A ver caballos. He comprado un par en Kildare -Burke le dio una calada al cigarrillo. Aún no era consciente de lo mucho que habían llegado a significar para él la granja y sus caballos-. Los purasangre irlandeses no tienen rival. Cuestan lo suyo, bien lo sabe Dios, pero nunca me ha importado gastar el dinero en un ganador.

-Así que ha venido para comprar caballos -Erin se sintió interesada, muy a su pesar.

-Y para ver unas cuantas carreras. ¿Has estado alguna vez en Curragh?

-No -Erin volvió a mirar la luna. Curragh, Kilkenny, Kildare, todos aquellos lugares estaban para ella tan lejos como el blanco astro del cielo-. No encontrará caballos purasangre aquí en Skibbereen.

-¿No? -él le sonrió, a la luz de la luna, y su sonrisa la turbó-. Entonces, digamos que me limito a disfrutar del viaje. Es la primera vez que vengo a Irlanda.

-¿Y qué le parece? -Erin se detuvo, reacia a salirse del radio de la música.

-Me parece un lugar hermoso y lleno de contradicciones.

-Apellidándose Logan, debe de tener algo de sangre irlandesa.

Burke miró su cigarro, sin sonreír.

-Es posible.

-Probable -precisó ella animadamente-. ¿Sabe? Me dijo que es vecino de Travis, pero no tiene el mismo acento que él.

-¿Acento? -el humor de Burke volvió a cambiar, y esbozó una sonrisa-. Supongo que puede decirse que mi acento es del Oeste.

-¿Del Oeste? -Erin tardó un momento en comprenderlo-. ¿Del Oeste americano? ¿La tierra de los vaqueros?

Esta vez, Burke se rio. Y su risa, generosa y rica en matices, la distrajo momentáneamente, de modo que Erin no protestó cuando él le acarició la mejilla.

-En la actualidad, ya no llevamos pistolas encima.

Ella se sintió algo ofendida.

-No tiene por qué burlarse de mí.

-¿Burlarme, yo? -Burke la acarició de nuevo, deseoso de sentir la fría suavidad de su piel-. ¿Y qué me dirías si te preguntara por los duendes y las hadas?

Ella sonrió sin poder evitarlo.

-Le diría que el último que vio duendecillos en la comarca fue Michael Ryan, después de tomarse una jarra de whisky irlandés.

-¿No crees en las leyendas, Erin? -Burke se acercó a ella, para poder contemplar

el resplandor de la luna reflejado en sus ojos.

-No -Erin no retrocedió. No era propio de ella batirse en retirada, a pesar del escalofrío de advertencia que le recorrió la columna-. Solo creo en aquello que puedo ver o tocar. Lo demás queda para los soñadores.

-Lástima -murmuró él, aunque estuviera de acuerdo-. Para ellos la vida es más fácil.

-Yo nunca he buscado lo fácil.

-¿Qué has buscado, entonces? -Burke le pasó la yema del dedo por el cabello, que caía en forma de rizos sobre sus mejillas.

-Tengo que volver ya -no era una retirada, se dijo Erin. De repente, se sintió helada hasta los huesos. Sin embargo, cuando hizo ademán de volverse, él le agarró el brazo. Ella lo miró abiertamente, con más firmeza que enojo-. Haga el favor de disculparme, señor Logan. Hace demasiado frío.

-Me he dado cuenta. Pero no has respondido a mi pregunta.

-No, porque no es asunto suyo. No -advirtió Erin cuando los dedos de Burke se cerraron en torno a su barbilla, pero no se retiró.

-Me interesa. Sucede cuando un hombre encuentra a una mujer con la que se siente identificado.

-No nos conocemos -pero Erin lo comprendía. Cuando la rodeó con sus brazos para bailar el vals, ella se había sentido identificada con él. Había algo que los unía. Fuera lo que fuese, hacía que el corazón le latiera con fuerza y la carne se le pusiera de gallina-. Y, aunque sea una descortesía, se lo diré sin rodeos. No tengo ningún deseo de conocerlo.

-¿Siempre sueles reaccionar con tanta intensidad ante los desconocidos?

Ella sacudió la cabeza, pero los dedos de Burke no se movieron de su sitio.

-Lo único que siento ahora mismo es irritación -lo cual era una de las mayores mentiras que recordaba haber dicho nunca. Erin ya se había fijado en su boca, preguntándose cómo sabrían sus labios-. Pensará, seguramente, que me halaga el hecho de que quiera pasar el rato conmigo. Pero no soy una granjera tonta que besa a un hombre simplemente porque haya música y luz de luna.

Burke enarcó una ceja.

-Erin, si tuviera intención de besarte, ya lo habría hecho. Yo nunca pierdo el tiempo... con una mujer.

De repente, ella se sintió como una tonta. Maldición, habría correspondido a su beso, y él lo sabía perfectamente.

-Bueno, pues ahora sí lo está perdiendo. Buenas noches.

¿Por qué no la había besado?, se preguntó Burke mientras observaba cómo Erin regresaba presurosa a la posada. Lo había deseado con toda su alma. Por un momento, cuando el fulgor de la luna había iluminado su rostro, él casi paladeó el sabor de sus labios.

Pero no la había besado. Algo le había advertido que un solo beso habría bastado para cambiar radicalmente la vida de ambos. Y no se sentía preparado. Pero tampoco

estaba seguro de poder evitarlo.

Tras darle una última calada, arrojó el cigarro a la oscuridad de la noche. Había ido a Irlanda a comprar caballos. Debía conformarse con eso. Sin embargo, no era un hombre que saliera contentarse con poco.

Se había retrasado a propósito. Erin paró la bicicleta delante de la puerta de la posada y la aparcó. Sabía que era un exceso de orgullo por su parte, pero no quería que Dee supiera que trabajaba allí. Llevar el papeleo y la contabilidad no le molestaba. Más bien, la hacía sentirse realizada. Pero deseaba mantener en secreto que ayudaba también en la cocina.

La señora Malloy prometió no decir nada al respecto, aunque había chasqueado la lengua tras prometerlo. Erin se había encogido de hombros. Podía chasquear la lengua todo lo que quisiera, mientras mantuviese la boca cerrada.

Dee y su familia habían ido a visitar el pueblo aquella mañana. Erin había podido hacer las tareas de su casa e ir luego a la posada con tiempo suficiente para fregar los platos del desayuno y hacer la limpieza diaria. Dado que llevaba al día la contabilidad, podría tomarse unas horas libres por la tarde, para visitar la granja en la que había crecido su prima.

Aquello no era mentir, se dijo mientras llenaba de agua el enorme fregadero. Y, aunque lo fuera, no podía remediarlo. No deseaba que Dee sintiera lástima de ella. Trabajaba porque necesitaba el dinero; era así de sencillo. Cuando hubiera ahorrado lo bastante, se trasladaría a Cork o a Dublín para trabajar de secretaria. Y, por todos los santos, los únicos platos que tendría que fregar serían los suyos.

Empezó a tararear una canción mientras restregaba los platos. Había aprendido, desde pequeña, que el trabajo había que hacerlo lo mejor posible, porque era la forma más segura de conservarlo.

Miró por la ventana mientras trabajaba, hacia el campo por donde había paseado con Burke la noche anterior. El campo donde había bailado con él. A la luz de la luna, pensó, antes de recobrar la compostura. Bobadas. Solo era un hombre deseoso de coquetear con cualquier mujer disponible. Quizá ella no hubiera viajado ni visto las grandes ciudades, pero no era ninguna tonta.

Si sintió algo en los minutos que pasó a solas con él, se había debido a la novedad. Burke era diferente, pero eso no lo hacía especial. Ni, desde luego, se merecía que fantaseara con él a plena luz del día, con los brazos hasta los codos de espuma.

Oyó que la puerta de la cocina se abrió tras ella, y empezó a frotar más deprisa.

-Sé que he llegado tarde, señora Malloy, pero lo habré fregado todo para antes del almuerzo.

-Ha ido al mercado, a comprar las verduras.

Al oír la voz de Burke, Erin simplemente cerró los ojos. A continuación, cuando él atravesó la cocina y le puso una mano en el hombro, siguió frotando como si la vida le fuera en ello.

-¿Qué estás haciendo?

-Tiene ojos, mírelo por usted mismo -Erin soltó un plato en el escurridor y la emprendió con otro-. Disculpe, pero voy con retraso.

Sin decir nada, Burke se acercó a la cocina y se sirvió una taza de café. Erin llevaba puesto un mono con peto que, por lo ancho que le quedaba, podía pertenecer a uno de sus hermanos. Tenía el cabello suelto y más largo de lo que él había imaginado. Se lo había recogido con una horquilla para apartárselo de la cara, pero caía espeso y rizado sobre sus hombros.

Burke saboreó el café mientras la contemplaba. No sabía cuáles habían sido sus propios sentimientos al encontrarla allí, delante del fregadero, pero estaba muy claro lo que sentía ella. Vergüenza.

-No habías dicho que trabajabas aquí.

-No -Erin dejó otro plato en el escurridor-. Y le agradecería que usted tampoco dijera nada.

-¿Por qué? Es un trabajo honrado, ¿no?

-Prefiero que Dee no sepa que estoy fregando los platos que ella utiliza.

El orgullo era una emoción que Burke comprendía bien.

-De acuerdo.

Erin lo miró cautelosamente por encima del hombro.

-¿No se lo dirá?

-Ya te he dicho que no -Burke pudo oler el detergente diluido en el agua caliente.

A pesar de los años transcurridos, era un olor que aún le molestaba.

Los hombros de Erin se relajaron un poco.

-Gracias.

-¿Quieres un café?

Ella no había esperado que se lo pusiera tan fácil. Aún cautelosa, pero con menos reserva, le sonrió.

-No, no tengo tiempo -volvió a girarse, porque le gustaba más mirarlo de lo que deseaba admitir-. Pensé que, eh, estaba usted fuera.

-Ya he vuelto -se limitó a contestar Burke. Había tenido la intención de tomar una rápida taza de café, y luego dar un paseo o acercarse a la taberna a charlar un rato. La estudió mientras se hallaba delante del fregadero, con la espalda muy recta y los brazos sumergidos en la jabonosa agua-. ¿Quieres que te eche una mano?

Erin se quedó mirándolo, con una expresión que oscilaba entre el asombro y el horror.

-No, no, tómese el café. Creo que hay magdalenas en la despensa, si le apetecen.. O a lo mejor prefiere salir a dar un paseo. Hace un día precioso.

-¿Otra vez intentas desembarazarte de mí? -Burke se acercó y recogió un paño de cocina.

-Por favor. La señora Malloy...

-Está en el mercado -él tomó un plato y empezó a secarlo.

Estaba muy cerca de ella, casi cadera con cadera. Erin resistió el impulso de retirarse un poco. ¿O quizá de acercarse más? Volvió a sumergir las manos en el agua

caliente.

-No necesito que me ayude.

Burke soltó el primer plato y agarró otro.

-No tengo nada que hacer.

Con el ceño fruncido, Erin sacó un plato del agua.

-No me gusta cuando se muestra amable.

-Tranquila, no suelo hacerlo a menudo. Bueno, ¿y qué más haces, aparte de fregar platos y bailar?

Era una cuestión de orgullo, y ella lo sabía, pero se giró hacia él con los ojos echando chispas.

-Llevo la contabilidad de varios sitios, por si le interesa saberlo. De la posada, la mercería y la granja.

-Parece que no te falta trabajo -murmuró Burke, y luego pareció meditar-. ¿Eres buena?

-Nunca he recibido quejas. El año que viene buscaré trabajo en Dublín. En una oficina.

-No te imagino allí.

Erin tenía una sartén de hierro en la mano, y se sintió tentada.

-Nadie le ha preguntado.

-Hay demasiadas paredes en una oficina -explicó él, al tiempo que introducía la sartén en el agua-. Te volverías loca.

-Eso es cosa mía -Erin agarró el estropajo como si de un arma se tratara-. Me equivoqué al decir que no me gustaba cuando se muestra amable. No me gusta nunca.

-¿Sabes? Dee te llevaría con ella a América si se lo pidieras.

Erin arrojó el estropajo en el agua, y la espuma salpicó los bordes del fregadero.

-¿Para qué? ¿Para vivir de su caridad? ¿Cree que eso es lo que quiero? ¿Conformarme con lo que alguien esté dispuesto a darme?

-No -Burke guardó el siguiente plato-. Pero quería verte enfadada de nuevo.

-Es usted un bastardo, señor Logan.

-Cierto. Y ahora que ya nos conocemos mejor, puedes tutearme y llamarme Burke.

-Me gustaría llamarte otras muchas cosas. ¿Por qué no te largas y me dejas terminar? No tengo tiempo que perder con tipos como tú.

-Pues tendrás que sacarlo de donde sea.

La pilló desprevenida, aunque, más tarde, Erin se dijo que había estado esperando aquello. Burke le deslizó una mano alrededor del cuello y la besó.

Un beso rápido, que constituía una amenaza más que una promesa. Sus labios le parecieron duros y firmes, pero asombrosamente cálidos, conforme se apretaban contra los suyos. Durante un segundo, o quizá dos, Erin no tuvo tiempo de reaccionar ni, desde luego, de pensar en nada, antes de que Burke la soltara y procediera a secar otro plato.

Ella tragó saliva y apretó los puños, aún sumergidos en la espumosa agua.

-Eres un fresco.

-Todo hombre ha de serlo para llegar lejos. Y toda mujer.

-Cuando quiera que me toques, te lo diré. Que no se te olvide.

-Tus ojos dicen lo suficiente, irlandesa. Es un placer contemplarlos.

Erin se negó a proseguir la discusión, a rebajarse dándole importancia a lo sucedido. En lugar de eso, retiró el tapón del fregadero.

-He de fregar el suelo, así que tendrás que quitarte de en medio.

-En ese caso, más vale que dé ese paseo -Burke soltó el paño, extendiéndolo para que se secara. Sin una sola palabra o mirada más, salió por la puerta trasera. Erin esperó diez segundos completos, y luego se dio el gusto de arrojarle el trapo empapado de agua.

Dos horas más tarde, tras cambiarse rápidamente y ponerse una falda y un jersey, Erin se reunió con los Grant en el comedor de la posada. Había dejado el mono de Joe en la cesta de la bicicleta, y se había aplicado un poco de la valiosa crema de la señora Malloy, para paliar en parte el daño diario que suman sus manos.

Burke estaba allí.

Pues claro, se dijo Erin, y deliberadamente hizo como si no lo viera, mientras hacía trotar al pequeño Brady sobre su rodilla.

-Mi madre te manda esto -Erin entregó a Dee un plato envuelto en un paño-. Es su tarta de pasas. No quiere que penséis que la señora Malloy cocina mejor que ella.

-Me acuerdo de las tartas de pasas de tu madre -Dee levantó un pico del paño para olerla-. De vez en cuando, hacía una de más y nos la enviaba a la granja con alguno de vosotros -el aroma le evocó muchos recuerdos... algunos buenos, otros malos. Tapó la tarta de nuevo-. Me alegra que estés con nosotros hoy.

-Recuerda que ha sido a condición de que vayáis a visitar la granja. Mi madre cuenta con ello.

-Entonces, más vale que empecemos a reunir a la camada. Burke, te mereces esa mancha en la camisa, por haberle dado al niño chocolate. Brendon, Keeley, a la furgoneta. Vamos a dar una vuelta.

No tuvo que decirlo dos veces.

Primero fueron al cementerio, donde la hierba crecía verde y alta, moteada de lápidas grises y desgastadas. Las flores silvestres abundaban por doquier, añadiendo la promesa de la nueva vida. Algunos parientes de Erin estaban enterrados allí; a la mayoría, apenas los recordaba. Nunca había perdido a nadie cercano ni sentido el dolor del luto. Pero amaba profundamente a su familia, y podía entender el sufrimiento que entrañaba perder a alguien querido.

No obstante, de aquello hacía ya mucho tiempo, se dijo Erin mientras observaba a su prima, situada entre las tumbas de sus padres. ¿Acaso no se atenuaba con el tiempo la sensación de pérdida? Cuando sus padres fallecieron, Adelia era apenas una niña de nueve o diez años. ¿Se habrían difuminado los recuerdos que conservaba de ellos? Sin embargo, aunque Erin pudiera imaginarse lejos de su familia, no concebía el

mundo sin su existencia.

-Aún duele -murmuró Dee contemplando las lápidas con los nombres de sus padres.

-Lo sé -Travis le pasó una mano por el cabello.

-Recuerdo que, después del accidente, el padre Finnegan me dijo que había sido la voluntad de Dios, pero a mí me pareció injusto. Todavía me lo parece -Adelia suspiró y miró a su marido-. Nunca me haré a la idea, ¿verdad?

-No -Travis tomó la mano de su esposa entre las suyas. Una parte de él deseaba tomarla en brazos y alejarla del dolor. Pero otra parte comprendía que Adelia había tenido la fortaleza necesaria para asumir ese dolor, años antes de que se conocieran-. Desearía haberlos conocido.

-Te habrían adorado -Adelia dejó fluir ras lágrimas, pero las acompañó de una sonrisa-. Ya los niños. Los hubieran mimado, más todavía que Hannah. Me consuela saber que, al menos, están juntos. Porque estoy convencida de ello, ¿sabes? Pero lamento que no os conocieran a ti y a los niños.

-No llores, mami -Keeley deslizó la manita sobre la de Adelia-. Mira, he hecho una flor. Me ha enseñado Burke. Dijo que les gustaría a los abuelos, aunque estén en el cielo.

Dee observó la pequeña flor, hecha con un par de ramitas y briznas de hierba silvestre.

-Es preciosa. Vamos a ponerla aquí, en el centro -agachándose, la colocó en medio de las dos tumbas-. Sí, seguro que les gustará.

Qué hombre tan extraño, se dijo Erin mientras permanecía sentada junto a Burke, en la furgoneta, escuchando los parloteos de Brendon. Lo había visto sentado en la hierba, mientras le hacía la flor a Keeley. Aunque se había mantenido alejada y no pudo oír lo que decía, había visto cómo la pequeña lo escuchaba atentamente, mirándolo con total confianza.

No parecía un hombre que inspirase tal sentimiento.

Erin conocía la carretera que llevaba a la antigua granja de los Cunnane. Sus recuerdos de los padres de Dee eran vagos y difusos, pero sí se acordaba perfectamente de Lettie Cunnane, la tía de Dee, con quien esta había vivido después de quedarse huérfana. Era una mujer dura y severa, y por su culpa, Erin había dejado de visitar la granja con la asiduidad de antaño.

Pero todo eso quedaba ya atrás, se dijo mientras señalaba por la ventanilla.

-Mira, Brendon. Encima de esa colina está el lugar donde creció tu madre.

-Sí, en una granja -dijo el pequeño con conocimiento de causa. Las franjas de verde hierba y amarillentos rastrojos significaban poco para él-. Nosotros también tenemos una granja. La mejor de Maryland -sonrió burlón a Burke, como si se tratara de un viejo chiste.

-Será la segunda mejor cuando yo haya terminado -respondió Burke, dispuesto a morder el anzuelo.

-Royal Meadows existe desde hace gene... gene...

-Generaciones -lo ayudó Burke.

-Eso. Y tú aún eres un novato, porque me lo ha dicho tío Paddy.

-Brendon Patrick Grant -fue el único aviso que necesitó lanzar Hannah. Luego miró a Burke con severidad-. Y tú no deberías soliviantarlo así.

Burke se limitó a sonreír y revolvió el pelo del niño.

-Se solivianta fácilmente.

-Burke ganó su granja en una partida de póquer -explicó Brendon mientras el vehículo se detenía-. Me está enseñando a jugar.

-Para poder ganarte también Royal Meadows cuando esté a tu nombre -Burke abrió la portezuela corrediza y alzó al pequeño por la cintura.

-¿Es cierto eso? -inquirió Erin en voz baja mientras Hannah tomaba a Keeley de la mano-. ¿Obtuvo la granja jugando?

-Eso me han dicho -Hannah se bajó de la furgoneta con cautela-. Se rumorea que ha ganado y perdido mucho más aún -miró de soslayo a Burke, que llevaba a Brendon sentado sobre los hombros-. Pero resulta difícil tener un mal concepto de él.

No sería su caso, se dijo Erin mientras se reunía con los demás. Era demasiado irlandesa como para mirar con desprecio a un jugador, máxime si tenía éxito. Siguió a Dee y vio la granja, en el fondo de la colina.

No había cambiado mucho, según la recordaba ella. El establo de ordeño era nuevo, y habían dado una capa nueva de pintura al cobertizo. Era la única granja a la vista. Al este, las colinas se alzaban y bloqueaban el horizonte. El huerto ya había sido labrado y plantado, y unas cuantas vacas podían divisarse en los terrenos de pasto. Una espiral de humo salía de la chimenea de la pequeña casa de piedra, muy parecida a la de Erin. Con el viento les llegó el rico olor de la turba.

-Los Sweeney son una familia encantadora -explicó Erin al cabo de un rato, al ver que su prima seguía mirando fijamente la casa, sin hablar-. No les importará que bajemos a echar un vistazo, si quieres.

-No -se apresuró a contestar Adelia, y luego suavizó la negativa acariciándole la mano-. No me importa verla desde aquí -en realidad, no soportaba acercarse más a algo que había sido suyo y ya no le pertenecía-. ¿Te acuerdas de cuando tía Lettie se puso muy enferma, y tu madre y tú vinisteis a visitarnos, Erin?

-Sí, le diste a mamá una rosa de ese rosal de ahí -el rosal había pertenecido a la madre de Adelia, recordó Erin, y entrelazó brevemente los dedos con los de su prima-. Las rosas aún florecen todos los veranos.

Adelia sonrió al oírlo.

-Es tan pequeñita. Mucho más pequeña de lo que yo recordaba. Mira, Keeley, fíjate en esa ventana de ahí -se acuclilló para mostrársela a su hija-. Ese era mi cuarto cuando yo tenía tu edad.

Adelia volvió a incorporarse. Solo Travis permanecía a su lado, pues los demás seguían caminando por el borde de la carretera.

-Dee, ya te he dicho que puedes recuperar la granja, si quieres. Podemos hacerles a los Sweeney una buena oferta.

Adelia siguió contemplando la casa y recordando. Luego, con un leve suspiro, rodeó la cintura de Travis con el brazo.

-¿Sabes? Cuando me marché de aquí, hace ya tantos años, creí que lo había perdido todo -echó la cabeza hacia atrás y lo besó-. Pero me equivocaba. Demos un paseo. Hace un día espléndido.

Erin los observó. Al frente había un pequeño prado cubierto de verde hierba, que se cuajaría de flores en cuestión de semanas. Oyó a Burke tras ella y habló sin pensar.

-Si tuviera que irme, abandonar este sitio por otro, no miraría nunca atrás.

-Si uno no mira hacia atrás de vez en cuando, la vida puede pasarle factura antes de lo que imagina.

-No te comprendo -Erin se dio media vuelta, y su cabello revoloteó en torno a su cara y sus hombros, libre de ataduras-. Primero te muestras como un hombre carente de raíces, y luego hablas como si acabaran de transplantártelas.

-Pero no muy profundas -Burke tomó las puntas de su cabello entre los dedos. Cada vez le fascinaba más. No era sedoso, sino salvaje e indomable-. Quizá ahí esté la clave, irlandesa. En no dejar que arraiguen demasiado profundamente. Puedes arrancar tus raíces, porque te estrangularán si no lo haces, pero siempre te llevarás una parte contigo -se agachó y tomó un puñado de tierra-. Parece muy buena.

-¿Y la tuya?

Él se quedó mirando la rica tierra que tenía en la mano.

-¿Has visto alguna vez la arena del desierto, irlandesa? No, seguro que no. Es muy fina. Se te escapa por entre los dedos, por mucho que intentes sujetarla.

-La arena tiende a quedarse pegada en la piel.

-Pero se quita con facilidad -Burke miró en torno mientras Brady soltaba un risueño chillido al divisar una gaviota.

-¿Por qué me besaste antes? -Erin no había querido preguntárselo. No deseaba que él supiera que le importaba. Burke volvió a sonreírle, lentamente, con un leve brillo de diversión en los ojos.

-Una mujer nunca debe extrañarse de que un hombre la bese.

Irritada consigo misma, Erin se encogió de hombros y se dio media vuelta.

-No fue un beso correcto, al fin y al cabo.

-¿Quieres uno correcto?

-No -ella siguió andando, pero, de repente, sintió un impulso diabólico. Miró a Burke de soslayo, con una media sonrisa, y añadió-: Cuando lo quiera, ya te enterarás.

3

Se acercaba una tormenta. Erin podía sentirla gestándose en su interior, tal como podía verla en las nubes que ocultaban el sol y se cernían sobre las colinas.

Trabajó deprisa, retirando las pinzas del tendedero y arrojando la ropa seca en el cesto que tenía a sus pies.

No le importaba realizar aquellas labores monótonas y mecánicas. Al menos, su cerebro quedaba libre para pensar, recordar y planear. Además, en aquellas circunstancias, con el viento agitando las sábanas y el cielo revuelto, le gustaba

trabajar a la intemperie. Quería ver cómo estallaba la tormenta, formar parte de ella cuando el viento y la lluvia descargaran toda su furia. Luego, cuando hubiese pasado, todo volvería a la tranquila rutina que poco a poco estaba volviéndola loca.

¿Qué le pasaba? Erin retiró del tendedero una de las camisas de trabajo de sus hermanos y, por puro hábito, la dobló para evitar que se le formaran arrugas. Amaba a su familia, tenía amigos y un trabajo que le daba de comer. ¿Por qué, entonces, se sentía tan inquieta? ¿Tan nerviosa? No podía achacarlo totalmente a la visita de su prima, ni a la aparición inesperada de Burke Logan. Ya se había sentido intranquila antes de que llegaran. Pero, por algún motivo, su presencia, la presencia de Logan, había intensificado su inquietud.

No podía hablarle de ello a su madre. Erin recogió un delantal de su madre y enterró el rostro en el fresco y fragante tejido. Ella no entendería su descontento, su anhelo de ser algo más, mientras tuvieran un techo donde cobijarse y no faltara la comida. Muchas veces, Erin había deseado poseer su serenidad de carácter, pero no era así.

Tampoco podía acudir a su padre, aunque Erin estaba segura de que comprendería sus sentimientos. No era un hombre tranquilo ni de carácter fácil. Por las historias que Erin había oído, fue un gran rebelde en su juventud, y solo después de casarse con Mary y tener dos hijos empezó a sentar la cabeza. No obstante, aunque su padre la comprendiera, también sufriría. Pensaría que, si su hija necesitaba algo más en la vida, era porque él no le había dado lo suficiente.

Quedaba Cullen. Siempre había podido hablar con él. Pero estaba muy ocupado, y los sentimientos de Erin eran tan confusos, sus anhelos tan imprecisos, que no estaba segura de poder expresarlos con exactitud.

De modo que esperaría, dejaría que llegase la tormenta y arreciase el viento.

Llevaba ya un rato observándola. A Burke nunca le pareció de mala educación mirar a los demás sin que estos lo supieran. Uno descubría más cosas de las personas cuando creían estar solas.

Se movía bien. Incluso realizando una tarea tan sencilla, sus movimientos dejaban traslucir una sensualidad innata. Tenía en su interior más fuego aún que en su cabello. Una llama ardiente y abrasadora. Burke la reconocía, porque también él la poseía. Aquel calor intenso, aquella pasión, podía y debía salir a la superficie. Solo se necesitaban los elementos adecuados. La ocasión, el lugar, la circunstancia.

Erin había dejado de tararear mientras trabajaba, pero de vez en cuando miraba hacia el cielo, como desafiándolo a descargar su furia sobre ella. Su cabello volaba, mecido por el viento, pugnando con la goma que lo sujetaba.

-Hace mucho tiempo que no veía a una mujer haciendo eso.

Erin se giró rápidamente, con los talones enterrados en la blanda tierra y una funda de almohada en la mano. Burke parecía tan cómodo, se dijo, con el cuello de la chaqueta alzado contra el viento y los botones contradictoriamente desabrochados. Llevaba los pulgares metidos en los bolsillos de los vaqueros y una risa diabólica en el rostro. Erin nunca había visto a un hombre con mejor aspecto, que armonizara tanto

con el furioso viento y el revuelto cielo. Se giró para recoger otra pinza, porque sabía que su reacción ante su presencia solo podía acarrearle problemas.

-¿Las mujeres no recogen la colada en tu país?

-El progreso suele acabar con la tradición -Burke se acercó hasta ella con fáciles zancadas, propias de un hombre acostumbrado a ir directamente por aquello que deseaba. Retiró del tendedero un camisón, el camisón de Erin, y lo soltó en el cesto. Ella apretó los dientes, diciéndose que solo una tonta remilgada sentiría vergüenza.

-No hace falta que pongas las manos en la ropa.

-Tranquila, las tengo limpias -para demostrarlo, Burke las extendió. Por primera vez, ella vio la fina cicatriz que le recorría los nudillos.

-¿Qué haces aquí?

-He venido a verte.

Erin se quedó callada un momento. No se lo ponía fácil cuando no se inventaba excusas cómodas.

-¿Por qué?

-Porque me apetecía -Burke recogió unas braguitas blancas del tendedero y, sin inmutarse, las dobló y las dejó encima del camisón.

Erin notó un lento e incómodo hormigueo en el estómago.

-¿No deberías estar con Travis y Dee?

-Creo que sobrevivirán sin mí por esta tarde. Me gustó tu granja cuando la visitamos ayer -Burke paseó la mirada por las impecables dependencias. La casa era la mitad de grande que aquella en la había crecido Adelia Grant, pero tenía un techo de paja similar y recios muros de piedra. También allí había flores. Los irlandeses parecían felices de dejarlas crecer a su aire... alegres, indómitas, fuertes. Un seto de fucsias silvestres ya había empezado a florecer. A Burke le evocó recuerdos de su hogar, de los campos alfombrados de nieve.

El techo del cobertizo parecía recién pintado. La pintura del silo estaba descascarillada y había perdido el color blanco original, pero las gallinas del corral estaban gordas y cloqueaban alegres. Supuso que los McKinnon trabajaban los siete días de la semana para mantener aquel lugar. Tal era la vida del granjero.

-Una buena extensión de tierra. Y, al parecer, tu padre sabe sacarle partido.

-Es su vida -se limitó a responder Erin al tiempo que recogía la última prenda de ropa.

-¿Y la tuya?

-No sé a qué te refieres.

Burke recogió el cesto antes que ella.

-Tenéis una buena granja. y hay quien se siente satisfecho con este tipo de vida. Pero no es para ti.

-No me conoces lo suficiente para decir qué es o deja de ser para mí -Erin le arrebató el cesto y se dirigió hacia la puerta de la cocina-. Pero ya te he dicho que pienso trasladarme al norte y trabajar de secretaria, dentro de un año o así -respirando hondo, abrió la puerta. Su madre se sentiría horrorizada si no lo invitaba a

entrar y le ofrecía una taza de té. Erin se giró hacia Burke, pero, antes de que pudiera hacerle la invitación, él ya había tomado la iniciativa.

-Demos un paseo. Tengo que proponerte algo.

Erin se recostó en la puerta y lo observó fríamente.

-Oh, ya me lo imagino.

Burke volvió a quitarle el cesto de las manos y, tras dejarlo en el interior de la cocina, empujó levemente a Erin.

-Te estás adelantando a los acontecimientos, irlandesa. Digamos que, cuando quiera acostarme contigo, no te lo pediré.

Seguro que no, se dijo ella mientras se observaban mutuamente. No era de esos hombres que cortejaban a una mujer con flores y palabras bonitas.

-¿Qué es lo que quieres, Burke?

-Demos un paseo -insistió él, pero esta vez le tomó ambas manos.

Erin podía negarse, pero, en ese caso, se quedaría con las ganas de saber lo que quería decirle. Decidió, además, que si le cerraba las puertas en las narices, él se metería las manos en los bolsillos y se iría tan tranquilo, dejándola hecha una furia.

No tenía nada de malo dar un paseo con él, se dijo mientras salía de la cocina. Su madre estaba en la casa, así como su padre y dos de sus hermanos. Por lo demás, Erin se sentía perfectamente capaz de cuidar de sí misma.

-No dispongo de mucho tiempo -aseguró bruscamente-. Hoy hay mucho que hacer.

-Será solo un rato -Burke no dijo nada más mientras se alejaban de la casa. No parecía mirar, pero lo veía todo... el esmero, el esfuerzo, las largas horas invertidas en la granja, la esperanza. Contó treinta vacas. Se podía vivir con mucho menos, supuso. No hacía tantos años que él mismo había trabajado a destajo para ganarse el pan. No lo había olvidado, como tampoco olvidaba que el destino podía arrebatarse lo que con tanta facilidad le había dado.

-Si lo que querías era ver la granja... -empezó a decir Erin.

-La vi ayer, ¿no te acuerdas? -Burke se detuvo un momento para contemplar uno de los campos. Sabía lo que era trabajar y sudar sobre la tierra, maldecirla además de venerarla.

-¿Ahí plantáis grano para el ganado?

-Sí. Pronto llegará la época del arado.

-¿Trabajas la tierra?

-Así es.

Burke tomó su mano y le dio la vuelta. No tenía grietas ni cicatrices, pero estaba levemente encallecida. Llevaba las uñas muy cortas, sin pintar.

-No te las cuidas mucho.

-¿Por qué iba a hacerlo? No me avergüenzo del trabajo que hago.

-No, eres demasiado sensata para eso -Burke volvió a ponerle la mano boca abajo y la miró a la cara-. No eres de esas mujeres que sueñan despiertas con caballeros de brillante armadura.

Erin sonrió, aunque la intensidad de sus ojos la turbaban.

-Siempre he creído que los caballeros de brillante armadura son muy aburridos. y no quiero ser una dama en apuros. Prefiero matar yo misma a los dragones.

-Bien. No quiero para nada una mujer que desee que la cuiden -sin soltarle la mano, Burke contempló su cabello revuelto por el viento-. ¿Por qué no te vienes a América conmigo, Erin?

Ella se quedó mirándolo, sin habla. El cielo se abrió de pronto. Estarían empapados en cuestión de segundos. Erin podía haberse quedado allí, boquiabierta y con los ojos redondos como platos, pero Burke la agarró del brazo y la condujo a un cobertizo.

El interior estaba en penumbra, y olía a tierra y a humedad. Había utensilios de labranza colgados en las paredes. La lluvia repiqueteaba en el tejado de latón y el viento serpenteaba por entre las rendijas de los tablones, aullando.

Erin permaneció temblando junto a la puerta, con el pelo pegado a la cara y el jersey chorreando. No obstante, su capacidad de reacción regresó, y con toda su fuerza.

-Estás loco, Burke Logan. Por todos los santos, estás más loco que una cabra. ¿Crees que estoy dispuesta a echarme un hatillo al hombro y atravesar el océano contigo? -seguía tiritando, pero, cuanto más hablaba, más se inflamaba su genio-. Claro, y eres un bruto presuntuoso si crees que solo has de mover un dedo para que yo te siga como un perrito. Ni siquiera te conozco -se pasó una mano por la cara para enjugársela. A continuación, tuvo una idea mejor y le dio un empujón en el pecho con el puño cerrado-. Y bien sabe Dios que no tengo ningún deseo de irme contigo.

Se giró hacia la puerta del cobertizo, y la habría abierto de no haberla sujetado Burke por los hombros.

-Quítame las manos de encima, serpiente rastrera -movidita por un impulso, Erin agarró un rastrillo y se giró hacia él-. Como vuelvas a tocarme, te cortaré en pedazos, tan pequeños que nunca podrán recomponerte de nuevo.

De modo que pensaba matar al dragón con un rastrillo, se dijo Burke al tiempo que alzaba ambas manos, en un gesto de paz.

-No hace falta que defiendas tu honor, irlandesa. No es eso lo que busco... todavía. Estoy hablando de negocios.

-¿Qué negocios puedo yo tener contigo? -al ver que Burke avanzaba un paso, lo amenazó con el rastrillo-. Acércate, y te prometo que perderás una oreja, corno mínimo.

-Bien -él hizo ademán de dar un paso atrás. Luego actuó rápidamente. Erin lo maldijo cuando le arrebató el rastrillo de las manos. La herramienta cayó en el suelo, y ella quedó de espaldas contra la pared.

-Tienes que aprender a no bajar la guardia -el rostro de Burke estaba cerca, tan cerca que Erin pudo ver sus ojos, oscuros y neblinosos, en la penumbra. Se retorció, pero sus dedos se clavaron en ella con más fuerza-. Quédate quieta un momento, ¿quieres? Estás haciendo el ridículo.

No podía haber dicho otra cosa que la enfureciese más. Prácticamente, mostró los dientes y rugió.

-Esto me lo vas pagar. Cuando sea y donde sea.

-Todo el mundo paga, irlandesa. Ahora, respira hondo, cierra la boca y escúchame. Te estoy ofreciendo un empleo, eso es todo -ella dejó de debatirse y lo miró de nuevo con fijeza-. Necesito a alguien inteligente que me lleve la contabilidad.

-¿La contabilidad?

-Sí, de la granja, los gastos, las nóminas y demás. El tipo que se ocupaba de ello hasta ahora era... demasiado listo. Dado que pasará los próximos años en la cárcel, necesito a alguien que lo sustituya. Prefiero que sea una persona conocida, con la que pueda verme y hablar, en vez de una de esas grandes gestorías a las que le importamos un comino yo y mi granja.

Puesto que la cabeza le daba vueltas, Erin respiró hondo antes de volver a hablar.

-¿Quieres que vaya a América y lleve la contabilidad de tu granja?

Burke sonrió. Casi parecía decepcionada.

-No te estoy ofreciendo un viaje gratis. Mirarte resulta muy agradable, Erin, pero de momento solo tengo intención de pagar por tu cerebro.

-Quita -ordenó ella en tono súbitamente firme-. No puedo respirar si me aprietas así contra la pared.

-¿No volverás a atacarme con utensilios de labranza?

Erin irguió el mentón.

-De acuerdo. Retírate.

Cuando Burke así lo hizo, ella respiró hondo un par de veces. Debía pensar con claridad. No le importaba emprender un nuevo camino; de hecho, era lo que había estado deseando. Pero antes debía estudiar todos los ángulos y las curvas.

-¿Quieres contratarme?

-Así es.

-¿Por qué?

-Ya te lo he dicho.

Erin movió la cabeza, cautelosa.

-Me has dicho que necesitas un contable. Supongo que en América los haya centenares.

-Digamos que me gusta tu estilo -Burke se agachó para recoger el rastrillo y lo colocó en su sitio. Se preguntó, brevemente, si Erin habría sido capaz de utilizarlo. Desde luego, se dijo, sonriendo para sus adentros. Oh, desde luego que sí.

-Por lo que tú sabes, puedo no ser capaz de sumar dos y dos.

-La señora Malloy y O'Donnelly, de la mercería, piensan de otro modo -Burke se apoyó en un banco de trabajo. Al contemplarla desde allí, decidió que no se había equivocado. Aun empapada y goteando, resultaba todo un placer mirarla.

-La señora Malloy. ¿Has hablado con ella? ¿Has ido a hacerle al señor O'Donnelly preguntas sobre mi?

-Solo quise comprobar tus referencias.

-Nadie te dijo que fueras por el pueblo interrogando a la gente sobre mí.

-Negocios, irlandesa. Negocios, estrictamente. Descubrí que eres lista como el hambre y totalmente digna de confianza. Con eso me basta.

-Todo esto es una locura -luchando por reprimir una súbita oleada de excitación, Erin se pasó una mano por el cabello empapado-. Nadie contrata a una persona a la que acaba de conocer.

-La gente suele contratarse después de una entrevista de diez minutos.

-No me refiero a eso. No se trata de entregar un currículum y luego tomar el autobús para ir a trabajar al otro extremo de la ciudad. Me estás pidiendo que vaya a América y lleve la contabilidad de un sitio mayor que la posada, la mercería y la granja juntas.

Burke se limitó a encogerse de hombros.

-Solo son más cifras, ¿no? Hablaste de ir al norte dentro de un año. Pues yo te ofrezco la oportunidad de venir a América. Ahora.

-No es tan sencillo -además de una gran excitación, Erin experimentó pánico. ¿No era lo que siempre había deseado? y ahora que lo tenía al alcance de la mano, se sentía aterrorizada.

-Considéralo una apuesta -Burke volvía a observarla de aquella manera silenciosa e intensa-. Siempre hay que arriesgarse para ganar cosas importantes. Te pagaré el billete como muestra de mi buena fe. Empezarás cobrando un salario semanal -se lo pensó un momento, y luego dijo una cifra que la dejó boquiabierta-. Si todo va bien, te haré una subida del diez por ciento al cabo de los seis meses. A cambio, deberás ocuparte de todos los detalles, los números y las facturas. Te pediré un informe cada semana. Nos iremos dentro de dos días.

-¿Dos días? -Erin se sentía tan aturdida que solo podía mirarlo con cara de boba-. Pero, aun en el caso de que aceptara, no tendría tiempo de hacer los preparativos necesarios.

-Solo tienes que hacer las maletas y despedirte. Yo me ocuparé de lo demás.

-Pero...

-Tienes que decidirte, Erin. O te quedas o te vienes -Burke avanzó nuevamente hacia ella-. Si te quedas, no correrás ningún peligro. Pero siempre te preguntarás cómo pudo haber sido.

Tenía razón. La pregunta ya empezaba a acosarla.

-Si voy, ¿dónde viviré?

-Tengo sitio de sobra.

-No -en aquel punto, Erin debería mostrarse firme desde el principio-. Por ahí no paso. Quizá acepte trabajar para ti, pero no viviré en tu casa.

-Como prefieras -Burke volvió a encogerse de hombros, como si el detalle careciera de importancia. Ya había imaginado que se opondría a la idea-. No creo que Adelia tenga ningún inconveniente en acogerte. Es más, creo que estará encantada de tenerte en su casa. No sería un acto de caridad -dijo adelantándose a ella-. Pagarías el

alojamiento. Podrías buscarte una casa propia, desde luego, pero creo que estarías más cómoda viviendo con tu prima al principio. Además, las dos granjas quedan bastante cerca.

-Hablaré con ella -en algún momento, durante los dos minutos previos, Erin se había decidido. Iría a América-. Tendré que decírselo a mi familia también, pero me gustaría aceptar tu oferta.

Extendió la mano. Burke se la estrechó casi displicentemente, aunque sintió extrañeza ante la oleada de alivio que lo recorrió de pronto.

-Siempre espero que mis empleados se ganen el sueldo. Y no dudo que así será en tu caso.

-Descuida. Te agradezco mucho esta oportunidad.

-No sé si seguirás pensando lo mismo cuando lleves unos días intentando arreglar el lío que dejó el último contable.

Erin permaneció callada unos instantes, digiriéndolo todo poco a poco. Luego, finalmente, empezó a dar vueltas y se echó a reír.

-No puedo creerlo. ¡América! Es como un sueño hecho realidad. Apenas me había alejado de Skibbereen más de cincuenta kilómetros, y ahora voy a recorrer millares en un abrir y cerrar de ojos.

A Burke le gustaba verla así, con el rostro sonrosado de placer y los ojos iluminados. La lluvia aún tamborileaba en el tejado.

-Se tarda un poco más en atravesar el Atlántico.

-No seas tan literal -no obstante, Erin estaba demasiado emocionada como para ofenderse-. En cuestión de días, estaré en otro país, en otra casa, en otro trabajo. Ganando más dinero.

-Lo del dinero hace que te brillen los ojos.

-A cualquiera que haya sido pobre le brillan los ojos cuando tiene bastante dinero.

Burke convino con un gesto de asentimiento. Él había sido pobre, aunque dudaba que Erin comprendiera aquel grado de pobreza. Apreciaba el dinero, pero si lo perdía, como ya le había sucedido otras veces, se limitaba a sacudirse el polvo de los zapatos y a ganar más.

-Tendrás que ganártelo.

-No lo aceptaría de otro modo -Erin se detuvo, cuando empezó a ser consciente de la realidad-.

Pero necesitaré un pasaporte y un permiso de trabajo. Seguro que habrá mucho papeleo que solventar.

-Ya te he dicho que yo me ocuparé de todo -Burke se sacó una hoja de papel del bolsillo-. Ten, rellena esto y déjalo en la posada esta noche. Es una solicitud -explicó mientras ella le echaba un vistazo-. Ya he hecho gestiones para que sea tramitada mañana mismo. Tu pasaporte y los demás documentos necesarios nos estarán esperando en Cork.

Erin se dio golpecitos con la hoja en la palma de la mano.

-Estabas muy seguro de que aceptaría, ¿verdad?

-La seguridad suele dar buenos resultados. Necesitarás una foto reciente para el pasaporte.

-¿Y si me hubiera negado?

Burke se limitó a sonreír.

-Habrías sido una toma, y yo hubiera tirado la solicitud.

-Me desconciertas -Erin se guardó la solicitud en el bolsillo del pantalón, meneando la cabeza-. Me has hecho una oferta muy generosa. Me das la oportunidad de hacer algo que he deseado desde siempre. Pero, por tu forma de actuar, parece que te da igual una cosa u otra.

Burke recordó la oleada de alivio que había sentido, pero prefirió pasarla por alto.

-La gente le da demasiada importancia a las cosas. Por eso sufren siempre.

-¿Insinúas que a ti nada te importa en la vida? ¿Y la granja?

Burke se removió un poco, sorprendido por la súbita incomodidad que experimentó al oír la pregunta.

-Es un sitio como otro cualquiera. Cómodo y rentable, de momento. Pero nada más. No me atan a ella los vínculos que tú compartes con tu tierra, Erin. Por eso, cuando me marche, lo haré sin mirar atrás. Cuando tú salgas de Irlanda, sufrirás, por mucho que desees marcharte.

-Eso no tiene nada de malo -murmuró ella-. Es mi hogar. Y una persona tiene derecho a añorar su hogar.

-Hay personas que no tienen hogar. Viven en cualquier parte, sin pretender nada más.

Erin podía ver ahora con mayor claridad, pese a que la luz seguía siendo escasa. Y, aunque se había dicho a sí misma que no le importaba, vio lugares dentro de Burke a los que nadie podría acceder nunca.

-Es una forma de vivir fría y triste.

-Una alternativa -corrigió él. Luego dejó a un lado la cuestión-. Procura darme la solicitud esta noche. Saldré para Cork a primera hora de la mañana.

-Pero dijiste que nos iríamos dentro de un par de días.

-Nos reuniremos allí.

-Está bien. Debo irme ya. Tengo mucho que hacer.

-Hay otra cosa que creo que deberíamos dejar zanjada -Burke la sorprendió, agarrándola por los brazos y atrayéndola hacia sí-. Esto no tiene nada que ver con los negocios.

Furiosa, Erin le colocó ambas manos en el pecho y trató de empujarlo, pero él no cedió ni un centímetro. Luego Burke reclamó su boca, con movimientos duros e impacientes.

Erin le habría golpeado y arañado, habría forcejeado y maldecido a voz en grito. Eso habría hecho, se dijo, de no hallarse tan aturdida por el repentino calor. Sus labios eran firmes.. Eso ya lo sabía. Pero no había imaginado que pudieran ser tan

tórridos, tan apasionados, tan tentadores.

La mente de Erin se llenó de sonidos... Sonidos más fuertes y profundos que el furioso repiqueteo de la lluvia en el tejado. Sus manos estaban atrapadas entre los cuerpos de ambos, de modo que sentía los fuertes latidos de un corazón, aunque ignoraba a quién pertenecía.

Así debió de saber la manzana cuando Eva tomó el primer bocado prohibido, se dijo despreocupadamente. Suculenta, ácida, insoportablemente deliciosa. Jamás había probado nada que supiera tan bien. Perdida en el sabor, Erin separó los labios y dejó que él tomara aún más.

Burke sabía que había deseado besarla, pero no qué había esperado encontrar. Si ella se hubiera resistido, habría hecho caso omiso de sus forcejeos y hubiera conquistado sus labios igualmente, disfrutando con su furia. Siempre, durante toda su vida, lo había conseguido todo peleando o apostando. Y llevaba días intentando convencerse de que Erin McKiimon no era una excepción. Pero lo era.

Ella se dio a él. Después del primer instante de perplejidad, se dio a él por completo, con una desesperación que lo dejó trastornado y ansioso de obtener más. Su boca era ávida y suave, su cuerpo tenso y tembloroso. Burke podía percibir la pura necesidad que bullía en su interior, aumentando hasta equipararse a la suya propia.

Deseó poseerla allí y entonces, en el húmedo suelo, con el aroma de la tierra mojada rodeándolos. Deseó que ella lo tocara, y sentir aquellas manos capaces en su piel. Ver cómo sus ojos se volvían oscuros como la medianoche a medida que él cubría su cuerpo. Podría hacerlo. Lo sentía en la presión del cuerpo de Erin sobre el suyo, en la entrega total de su boca.

Podría hacerlo, sí. En otras circunstancias, y tratándose de otra mujer, Burke ni siquiera habría dudado. Por qué dudaba ahora era algo que no sabía con seguridad. La apartó de sí, aunque sin retirar las manos de sus hombros, y contempló sus ojos mientras se abrían lentamente.

Erin no podía hablar. Las emociones que la embargaban eran tan intensas, que no dejaban lugar para las palabras. Nunca había imaginado que un cuerpo pudiera llenarse tan completamente de sensaciones, o que una mente pudiera vaciarse de todo pensamiento en cuestión de segundos. Pero ahora lo sabía. Si alguien le hubiera dicho que su mundo podía cambiar en el espacio de un solo latido, se habría echado a reír. Ahora, comprendía que era posible.

Burke permaneció callado. Erin se esforzó por recuperar el equilibrio mientras él la observaba en silencio. No podía permitir que aquella locura se repitiera. Si iba a cruzar el océano con él, y trabajar en su granja, aquello no debía volver a ocurrir. Respiró hondo para recobrar la compostura. Si algo había descubierto en los segundos previos, era que Burke conocía a las mujeres y comprendía sus debilidades a la perfección.

-No tenías ningún derecho -Erin no dio rienda suelta a su genio, sabiendo que carecía de las fuerzas necesarias.

Burke se sentía completamente alterado, pero no era el momento propicio para

reflexionar sobre ello.

-No era una cuestión de derecho, sino de necesidad. Ha sido un beso «correcto», irlandesa, y necesitábamos sacarnos la espina, tanto si aceptabas mi oferta como si no.

Erin asintió, esperando mostrarse tan indiferente como él. Preferiría morir antes que confesar su inexperiencia.

-Pues ahora que nos hemos sacado la espina, no
hará falta que se repita.

-No me pidas promesas. Te llevarás una decepción -Burke se dirigió hacia la puerta y la abrió para dejar que entraran el viento y la lluvia. Eso le ayudó a aclarar su mente y a calmar el ritmo de su corazón-. Podrás hablar con Dee y Travis cuando vayas a la posada a dejar la solicitud. Dale a tu familia recuerdos de mi parte.

Dicho esto, desapareció, adentrándose en la tormenta. Aunque Erin se apresuró hacia la puerta, solo acertó a ver su borrosa silueta desvaneciéndose en la oscuridad.

Una sombra, se dijo, de la que apenas sabía nada.

Y se iría con él a América.

4

América. Erin no era tan ingenua como para pensar que allí las calles estaban empedradas de oro, pero estaba decidida a considerarlo el país de las oportunidades.

Al principio, lo que más le chocó fue la vertiginosidad de las cosas, la prisa con la que parecía moverse todo el mundo. Bueno, también ella tenía un poco de prisa, se dijo mientras permanecía sentada en la parte trasera de la furgoneta de su prima, tratando de no mirarlo todo como una tonta.

También le había sorprendido el frío, un frío intenso y penetrante que nunca había experimentado en el benévolo clima de Irlanda. Pero la novedad de la nieve contribuyó a hacer del frío un inconveniente menor. Había nieve a montones, como ella jamás había visto, cubriendo las suaves colinas y apilada en los márgenes de la carretera. El cielo era diferente, así como el aire. ¿Acaso tenía algo de malo mirar como una tonta?, se dijo con una sonrisa mientras intentaba verlo todo al mismo tiempo.

Burke había cumplido su palabra. La cuestión del papeleo se había resuelto con tal facilidad, y pocos días después de recibir la oferta de trabajo, Erin había atravesado el Atlántico. Burke la había dejado con la familia de su prima, en el aeropuerto de Virginia, comentando con despreocupación que volverían a verse en un par de días. Así, sin más. Erin aún trataba de recobrar el aliento.

Había esperado que le dijese algo más. Había esperado, quizá con cierta ingenuidad, que se mostrara más complacido de verla allí. Incluso había esperado ver su característica media sonrisa, el oscuro brillo de diversión de sus ojos, o sentir la caricia de sus dedos en la mejilla. Pero Burke se había limitado a despedirse de ella como se habría despedido de cualquier empleado. Erin se dijo que eso era exactamente, una empleada. Ya no habría más vales ni más abrazos apasionados.

¿Deseaba que los hubiera? Lo malo era que había pensado tanto en Burke Logan como en su viaje a América. Algo le decía que tanto el país como el hombre conllevaban

un riesgo considerable. Sin embargo, Erin había descubierto que los deseaba a ambos. Sabía que estaba pensando de nuevo como una estúpida, de modo que se concentró en el paisaje.

Era hermoso. Las montañas, que se erguían oscuras a lo lejos, le recordaban a las de su hogar, mientras que el estrépito de los coches, que circulaban por los tres carriles de la autopista, añadía un toque de emoción. A Erin la combinación le resultaba agradable, y deseaba ver más.

Adelia se removió en el asiento para poder sonreír a su prima.

-Recuerdo mi primer día aquí, cuando tío Paddy fue a recogerme al aeropuerto. Me sentía como si acabaran de soltarme en medio de un circo.

-Me acostumbraré -Erin sonrió y echó otro largo vistazo por la ventanilla-. Me acostumbraré enseguida, en cuanto me convenza de que estoy aquí de verdad.

-Le estoy muy agradecida a Burke -momentáneamente distraída, Dee le murmuró algo a Brady, que empezaba a inquietarse en su pequeño asiento, y luego lo tranquilizó con un perrito de peluche-. Nunca pensé que, cuando volviéramos de Irlanda, nos acompañaría un miembro de la familia.

Erin sintió una leve punzada de culpa que ensombreció su alegría.

-Sé que ha sido todo muy repentino, Dee, y estoy en deuda contigo.

-Oh, qué tontería. Me siento como una jovencita que invita a su mejor amiga a quedarse en su casa. Daremos una fiesta -Adelia pareció entusiasmarse enseguida con aquella idea repentina-. Una fiesta por todo lo alto, ¿no te parece, Travis?

-Creo que podremos arreglarlo.

-No quiero que os toméis tantas molestias por mí -terció Erin.

-Si no dejas a Dee tomarse molestias, le partirás el corazón -dijo Travis sin ambages. Por fin cruzaron la frontera de Maryland-. Ya casi estamos en casa, cariño.

-Estoy tan emocionada al volver como lo estuve al marcharme. Brendon, como no dejes de meterte con tu hermana, lo único que verás hasta mañana serán las cuatro paredes de tu cuarto -Dee suspiró y cambió de postura.

-¿Te encuentras bien? -Travis le dirigió una rápida mirada de preocupación.

-Se están moviendo, nada más -Adelia le dio una palmadita en la mano para tranquilizarlo-. Probablemente ya se están peleando.

-Me gustaría ayudarte con los niños -cuanto más se acercaban, más nerviosa se sentía Erin-. O hacer lo que sea para compensaros por haberme traído.

-Eres de la familia -se limitó a contestar Adelia. Luego se enderezó en el asiento conforme traspasaban las columnas de piedra de la entrada-. Bienvenida a Royal Meadows, prima. Sé feliz.

Erin no sabía qué había esperado encontrar. Algo esplendoroso, sin duda, y no se vio decepcionada. El sol brillaba sobre la nieve de febrero, haciendo que la fina capa blanca centelleara y resplandeciera. Acres de nieve, se dijo Erin. Allí, el mundo era blanco y reluciente. Hasta los árboles estaban cubiertos de nieve, y de las ramas desnudas caían gélidas gotas de hielo. Como en un cuento de hadas, pensó, y luego se dijo que era una tonta.

Cuando la casa apareció a la vista, Erin solo pudo mirarla boquiabierta. Nunca había visto un edificio tan grande y hermoso. La piedra se alzaba, tan recia como majestuosa, desde el blanco lecho de nieve. Las balconadas de hierro forjado que adornaban las ventanas aportaban un toque especial de encanto al conjunto.

-Es preciosa -murmuró Erin-. La casa más bonita que he visto en mi vida.

-Yo siempre he pensado lo mismo -Dee alargó los brazos para desabrochar las correíllas de Brady mientras Travis detenía el vehículo-. y me alegra mucho volver a verla. Vamos, pequeño, ya estamos en casa.

-¡Tío Paddy! -en el asiento trasero, Brendon y Keeley empezaron a gritar. Enseguida se habían apeado de la furgoneta y brincaban sobre la nieve. Un hombre, bajo y fornido, con el pelo cano y cara de duende, les abrió los brazos de par en par.

-Deje que yo lleve al niño, señora -le dijo Hannah a Dee-. Usted ya lleva a dos. y que los hombres se ocupen del equipaje mientras usted se toma una taza de té caliente y pone los pies en alto.

-No me mimes tanto -dijo Dee. Luego se echó a reír mientras su tío la abrazaba con fuerza.

-¿Cómo está mi chica favorita?

-Sana como una pera y contenta de haber vuelto. Mira lo que nos hemos traído de Skibbereen -sin dejar de reír, alargó la mano hacia Erin-. Seguro que te acuerdas de Erin McKinnon, tío Paddy. La hija de Mary y Matthew McKinnon.

-¿Erin McKinnon? -el rostro de Paddy se arrugó mientras intentaba hacer memoria. Finalmente, emitió un silbido y sonrió de oreja a oreja-. Por Dios bendito, muchacha, la última que te vi eras una criatura. Solía tomar una copa con tu padre de vez en cuando, pero seguramente tú no te acordarás.

-No, pero aún se habla de Paddy Cunnane en el pueblo.

-¿En serio? -Paddy sonrió burlón, como si supiera qué se decía de él-. Bueno, entremos y resguardémonos del frío.

-Puedo ayudar con las maletas -dijo Erin mientras Adelia empezaba a llamar a los niños.

-Preferiría que entraras con Dee, para que te enseñe tu cuarto -dijo Travis al tiempo que sacaba la primera maleta. Mientras iba dejando el equipaje en el suelo, no retiró los ojos de su esposa-. Nunca quiere admitir que está cansada y, al menos, mientras te dedica sus atenciones, no tendrá que esforzarse.

Erin permaneció inmóvil un momento, dudando si acarrear su propio equipaje o hacer lo que se le pedía.

-De acuerdo. Como quieras.

-Además, conviene que se siente y se tome un té caliente.

Un hombre discretamente dominante, se dijo Erin de nuevo. Movida por un impulso, se inclinó sobre él y le besó la mejilla.

-Tu esposa es una mujer afortunada. Procuraré que descanse sin que se dé cuenta del ardid -aun así, Erin agarró una maleta y se la llevó consigo.

Una sensación de calidez la asaltó de inmediato. No solo se debía al cambio de

temperatura, sino a los colores y el ambiente de la casa en sí. Los niños ya estaban correteando por las habitaciones, como queriendo asegurarse de que nada había cambiado.

-Lo primero que haremos será subir a tu cuarto -Dee ya se estaba quitando los guantes y colocándolos en la pequeña mesa del vestíbulo. Tras tomar a Erin del brazo, empezó a subir las escaleras-. Ya me dirás si te gusta o no, o si echas algo en falta. En cuanto te hayas instalado, te enseñaré el resto.

Erin se limitó a asentir con la cabeza. La amplitud de la casa bastaba para dejarla sin habla.

-Esta es la habitación de invitados. Ojalá hubiéramos tenido tiempo de poner flores -Adelia paseó la mirada por el cuarto, lamentando no haber podido añadir más toques personales-. El baño está al final del pasillo, y lamento decirte que los niños siempre lo dejan hecho un desastre.

El dormitorio estaba decorado con tonos rosas y grises, y tenía una enorme cama con armazón de hierro y una gruesa moqueta. Los muebles eran de rica caoba, con tiradores de brillante metal, y sobre la cómoda se alzaba un gran espejo. Había adornos aquí y allá, un perro de porcelana, un jarrón rosa, un león de bronce. Por los ventanales de la terraza, a través de las vaporosas cortinas, se veía la blanca extensión de nieve. Incapaz de articular palabra, Erin agarró la maleta con ambas manos y se limitó a mirar.

-¿Te gusta? Puedes cambiar lo que quieras.

-No -Erin consiguió deshacer el nudo que tenía en la garganta, pero sus manos no se relajaron sobre el asa de la maleta-. Es el dormitorio más bonito que he visto nunca. No sé qué decir.

-Di que te gusta -con suavidad, Dee le quitó la maleta de las manos-. Quiero que te sientas cómoda, Erin. Como en tu casa. Sé lo que es dejarlo todo atrás y venir a un sitio extraño.

Erin respiró hondo. Ya no podía soportarlo ni un segundo más.

-No me merezco esto.

-Tonterías -con ademanes prácticos, Dee dejó la maleta encima de la cama, con la intención de ayudar a su prima a deshacer el equipaje.

-No, por favor -Erin puso la mano sobre la de Adelia, y luego se sentó. No quería que su prima se agotase, ni que viera el pobre vestuario que había llevado consigo-. Tengo que hacer una confesión.

Divertida, Dee se sentó junto a ella.

-¿Quieres que llamemos a un sacerdote?

Erin negó con la cabeza, emitiendo una risita desganada que la avergonzó.

-He sentido envidia de ti -ya estaba dicho.

Dee reflexionó un momento sobre ello.

-Pero si eres mucho más guapa que yo.

-Eso no es cierto. Además, se trata de otra cosa -Erin exhaló un largo soplo de aliento-. Dios, cómo odio las confesiones.

-Yo también. Para algunos de nosotros, pecar es algo natural.

Erin la miró de soslayo, reparando en su calidez y su desenfado, y se relajó.

-En mi caso, es cierto. Tenía envidia de ti. Todavía la tengo -corrigió, decidida a soltarlo todo-. Pensaba en cómo debías de vivir aquí, en una casa espléndida, rodeada de lujos, con tu familia, y casi me moría de envidia. El día que nos reunimos en el aeropuerto, estaba resentida y nerviosa.

-¿Nerviosa? -Adelia obvió con facilidad la cuestión del resentimiento-. ¿Por verme? Pero, Erin, si prácticamente crecimos juntas.

-Sí, pero luego te trasladaste aquí. y eres rica -Erin cerró los ojos-. Tengo unas ansias tremendas de dinero.

Una sonrisa hizo temblar los labios de Dee, pero consiguió reprimirla.

-Bueno, a mí eso no me parece un pecado grave. Un par de días en el purgatorio, tal vez. Erin, sé lo que es la necesidad, el deseo de tener más. No veo con malos ojos que me tengas envidia. Si acaso, me siento halagada. Supongo que eso también es un pecado -añadió tras pensárselo un momento.

-Y el hecho de que seas tan amable conmigo lo empeora todo. Siento como si me estuviera sirviendo de ti.

-Quizá sea así. Pero yo también me estoy sirviendo de ti. Para sentir Irlanda un poco más cerca, para tener una amiga. Ya tengo una hermana... la hermana de Travis. Pero se trasladó a otra ciudad hace un par de años. No sabes cuánto la he echado de menos. Supongo que esperaba que tú ocuparas su lugar.

Con la conciencia algo más tranquila, Erin acarició la mano de su prima.

-Entonces, si nos aprovechamos la una de la otra, supongo que no es tan malo.

-Ya veremos lo que ocurre. Bueno, te ayudaré a deshacer la maleta.

-Dejémoslo para luego. Me gustaría bajar y tomar una taza de té.

Mientras Erin se levantaba, Adelia se quedó mirándola.

-¿Te ha dicho Travis que no me dejes trabajar?

-No sé de qué estás hablando.

-Mentir también es un pecado -le recordó Dee, pero sonrió mientras acompañaba a su prima abajo.

Aquella noche soñó con Irlanda, con las verdes colinas y el suave aroma del brezo. Vio las oscuras montañas y las nubes que surcaban velozmente el cielo, empujadas por el viento. Y su granja, con la rica tierra labrada y las vacas pasciendo en los prados. Soñó con su madre, de la que se despedía mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla. Con su padre, que la abrazaba con tanta fuerza que le aplastaba las costillas. Oyó cómo sus hermanos la provocaban con sus bromas, uno por uno.

Aquella noche lloró por Irlanda, lenta y callada- mente, por una tierra que había dejado atrás y que, al mismo tiempo, se había llevado consigo.

Pero, al despertar, tenía los ojos secos y la mente despejada. Había dado el salto, había elegido su camino, y debía ser consecuente con su decisión.

El sencillo vestido gris que eligió era sólido y se le ajustaba a la perfección. Su

madre nunca fallaba con la aguja.

Erin empezó a recogerse el cabello en un moño, pero luego cambió de idea y se hizo una coleta. Se contempló en el espejo con ojo crítico y objetivo. Tras decidir que su aspecto era el adecuado para el trabajo, bajó las escaleras.

Oyó el jaleo procedente de la cocina nada más llegar a la primera puerta.

-Tienes mucho que contarles a tus amiguitos del colegio -Hannah se hallaba delante de la cocina eléctrica, echándole un sermón a Brendon mientras servía los huevos revueltos.

-Ya has perdido dos semanas, hijo -sentada a la mesa de la cocina, Dee trataba de atarle a Keeley un lazo en el pelo-. No hay motivo para que no vayas hoy.

-Aún tengo jet-lag -el pequeño le hizo una mueca horrible a su hermana, y luego la emprendió con el plato de huevos que Hannah le había puesto delante.

-Conque jet-lag, ¿eh? -Dee se mantuvo seria sin tener que esforzarse. Tras darle un beso a Keeley, empujó a su hijita hacia el plato del desayuno-. Si eso es cierto, tendremos que olvidarnos de esas lecciones de vuelo que ibas a tomar cuando cumplieras los dieciséis. Los pilotos no pueden tener jet-lag.

-A lo mejor no es jet-lag -se corrigió Brendon sin perder comba-, Quizá sea una enfermedad rara que contrae mientras estábamos en Irlanda.

-Fiebre de los pantanos -dijo Erin desde la puerta. A continuación, chasqueando la lengua, se acercó a Brendon y le puso una mano en la frente-. Es la plaga más horrible de Irlanda.

-¿Fiebre de los pantanos? -Dee procuró que le temblara la voz-. Oh, no, Erin, no es posible. Mi pequeño, no.

-Los niños pequeños son los que más fácilmente se contagian, me temo. Solo hay una cura, ya lo sabes.

Dee se estremeció y cerró los ojos.

-Oh, eso no. Pobrecito mío. No creo que pueda soportarlo,

-Si el chico tiene fiebre de los pantanos, hay que hacerlo -Erin le puso la mano en el hombro para consolarla-. No debe comer nada salvo espinacas crudas y rábanos verdes durante diez días. Es lo único que puede curarlo.

-¿Espinacas crudas? -Brendon notó cómo se le revolvía el estómago. No estaba muy seguro de lo que eran los rábanos verdes, pero sonaba repugnante-. Me siento mucho mejor.

-¿Estás seguro? -Dee se inclinó sobre él para palparle la frente-. No parece muy caliente, pero quizá no debemos correr riesgos.

-Estoy bien -para demostrarlo, el pequeño se levantó de un salto y agarró su abrigo-. Vamos, Keeley, no debemos perder el autobús.

-Bueno, si estás seguro... -Dee se levantó para darle un beso en la mejilla, y luego besó a Keeley-. Tío Paddy os llevará hasta el final del camino. Hace frío, de modo que no os bajéis del coche hasta que llegue el autobús.

Dee esperó a que la puerta se cerrase tras ellos para sentarse de nuevo y prorrumpir en fuertes carcajadas.

-¿Fiebre de los pantanos? ¿De dónde demonios has sacado eso?

-Mi madre siempre solía utilizarlo con Joe. No fallaba nunca.

-Es usted muy lista -Hannah soltó una risita-. ¿Qué quiere que le prepare para desayunar?

-Oh, no...

-Si crees que la señora Malloy cocina bien, verás cuando pruebes las magdalenas de Hannah -comprendiendo el apuro de su prima, Dee retiró el paño de la pequeña cesta de mimbre-. ¿Por qué no las acompañas con unos huevos revueltos? Siempre tengo un hambre de lobo cuando estoy embarazada y detesto comer sola.

-¿Café? -Hannah se acercó a Erin con la cafetera en la mano.

-Sí, por favor. Gracias. ¿Travis aún no se ha levantado?

-Sí, ya se ha ido -explicó Dee-. Lleva más de una hora en los establos. Cuando sale en viaje de negocios, nunca sé a quién echa más de menos, si a mí o a los caballos -echó una ojeada a las magdalenas, se reprendió a sí misma y, finalmente, tomó otra-. Brendon ya está en preescolar, y Keeley va todas las mañanas a la guardería. Así que solo queda Brady -señaló la sillita alta donde permanecía sentado el niño, con la cara embadurnada de comida-. Es el niño más tranquilo del mundo. Bueno, ¿qué te gustaría hacer hoy?

-En realidad, había pensado en ir a la granja del señor Logan para empezar a trabajar.

-¿Ya? -Dee dio las gracias a Hannah con una sonrisa cuando el ama de llaves les puso delante los platos del desayuno-. Si acabas de llegar. Seguro que Burke está dispuesto a darte un par de días libres para que puedas habituarte.

-Lo sé, pero estoy deseando empezar. Ver lo que tendré que hacer. Y asegurarme de que seré capaz.

-No imagino a Burke Logan contratando a alguien que desconozca su oficio.

-Pero para mí es distinto. No es lo mismo pensar en dólares que en libras. Tengo miedo de meter la pata.

Dee recordó lo ansiosa que se había sentido ella misma de empezar a trabajar cuando llegó a América, de demostrarse que seguía siendo capaz de abrirse su propio camino.

-De acuerdo. Te llevaré en el coche cuando hayamos acabado de desayunar.

-Ni se le ocurra, señora -advirtió Hannah desde la encimera.

-Oh, por amor de Dios, aún quepo tras el volante de un coche.

-No irá a ningún sitio hasta que pase la próxima revisión y los médicos den el visto bueno. Paddy se ocupará de la señorita McKinnon.

Dee miró a Hannah, que se hallaba de espaldas, y arrugó la nariz.

-Estoy presa en mi propia casa. Si voy a los establos, Travis hace que me vigilen de cerca. Ni que fuera mi primer embarazo.

-Los gemelos suelen llegar con adelanto, como sabe usted bien.

-Cuanto antes, mejor -Adelia sonrió-. Bueno, me quedaré en casa y planificaré la fiesta. Además, jugaré con Brady a los rompecabezas, ¿verdad, cariño mío?

En respuesta, el niño emitió un chillido y dio una palmada en el plato de comida.

-Cuando lo haya bañado.

-¿Por qué no me dejas que lo haga yo? -levantándose, Erin se acercó a Brady para sacarlo de la sillita.

-No pensarás mimarme tú también. Me volveré loca.

-Ni mucho menos. Pero ya es hora de que este apuesto joven y yo nos vayamos conociendo mejor.

Para cuando hubo terminado, Erin tuvo que lavarse ella misma para quitarse los restos de comida. Embutida en un grueso jersey y un abrigo, fue con Paddy Cunnane a la granja vecina de Burke. Los nervios habían vuelto. Podía sentirlos en los dedos, tensos conforme los cerraba.

Era una pérdida de tiempo ponerse nerviosa por un hombre como él, se dijo. Lo sucedido en el cobertizo, en aquella mañana de tormenta, se había terminado y quedaba atrás. Ahora, no eran más que jefe y empleada. Burke dijo que siempre esperaba un gran rendimiento por parte de sus empleados, y ella tenían la intención de rendir al máximo.

Los demás sentimientos que había experimentado, fueran cuales fuesen, solo se habían debido al calor del momento. Puro deseo, se dijo, pensando que era ya lo bastante madura como para afrontarlo como un hecho más de la vida. Y tendría la fortaleza necesaria para reprimirlo.

Ahora era contable. De repente, sintió un hormigueo de excitación. Contable, repitió en silencio, con un buen empleo y un buen sueldo. Al cabo de un mes, podría empezar a enviar dinero a casa, después de reservar el necesario para comprar... Dios, aún no había decidido que sería lo primero que compraría.

Paddy condujo el jeep a través de un gran arco, con un gran rótulo de hierro forjado. Tres Ases. Erin se mordió el labio inferior. ¿Sería esa la mano con la que Burke había ganado la granja?

El terreno también estaba alfombrado de nieve, pero la elevación de la colina no era tan suave. Erin vio un sauce, viejo y nudoso, con las hojas tristes y amarillentas por el invierno. Quizá en el verano pareciera pacífico y hermoso, pero en aquel momento tenía un aspecto feroz.

Por fin vio la casa. Erin pensó que nada podía sorprenderla después de haber visto la de los Grant, pero estaba equivocada.

Tenía cúpulas, como las de un castillo, y la piedra de la fachada era apagada y gris. Las ventanas eran de arco, algunas con parapeto. Frente a las escaleras de la entrada, y rodeada por el camino, había una isla ovalada, cubierta ahora de nieve.

-¿De veras vive la gente en .lugares así? -dijo para sí misma.

-A Cunningham, el anterior propietario, le gustaba considerarse miembro de la realeza -explicó Paddy con cierto desdén, aunque Erin no sabía si iba dirigido al actual propietario o al anterior-. Invertió más dinero en decorar la casa que en los establos y el ganado. Hasta hay una piscina dentro.

-Me tomas el pelo.

-No, en absoluto. Dentro mismo de la casa. Bueno, cuando hayas acabado, solo tienes que llamar. Vendré a recogerte, o enviaré a alguno de los muchachos.

-Te estoy muy agradecida -no obstante, los dedos de Erin permanecieron petrificados en la manija de la portezuela.

-Buena suerte, chica. .

-Gracias -haciendo acopio de valor, Erin se bajó del coche. Agradeció que Paddy se hubiese detenido allí, delante de las escaleras de la puerta principal.

Y qué puerta, se dijo. Enorme como la de un cobertizo y labrada.

Pasó una mano por su superficie antes de llamar con la aldaba. Erin contó lentamente mientras esperaba. Le abrió una mujer morena de ojos grandes, menuda y muy recta. Erin tragó saliva y mantuvo el mentón erguido.

-Soy Erin McKinnon, la contable del señor Logan.

La mujer la observó en silencio, y luego dio un paso atrás. Erin consiguió dirigirle una sonrisa a Paddy antes de entrar.

Por todos los santos, se dijo, con la lengua trabada de nuevo mientras permanecía de pie en el recibidor. Jamás había visto nada comparable a aquella casa, con sus techos altos y sus ventanas inmensas. La luz del sol parecía penetrar por todas direcciones, bañando las hojas de las exuberantes plantas.

Los tacones de Erin repiquetearon en el suelo de baldosas. A continuación, se detuvo, sin saber qué hacer.

-Le diré al señor Logan que está usted aquí.

Erin se limitó a asentir. El acento de la mujer parecía hispano, lo cual la hacía sentirse aún más fuera de lugar, si cabía. Erin se pasó las manos por la falda y comprendió lo que había sentido Alicia al atravesar el espejo.

-¿Tienes muchas ganas de trabajar, o simplemente me echabas de menos?

Ella se giró, sabiendo que la había sorprendido boquiabierta. Burke llevaba pantalones vaqueros y botas, y su sonrisa era la misma de siempre. La confianza que Erin había perdido al entrar en la casa empezó a regresar en fuertes oleadas. Era su mejor defensa.

-Muchas ganas de trabajar y de cobrar el sueldo. El frío y la excitación habían teñido sus mejillas y oscurecido sus ojos. Mientras la contemplaba allí, de pie en medio de la enorme habitación, Burke se dijo que parecía dispuesta a comerse el mundo.

-Podías haberte tomado un par de días libres, para instalarte.

-Sí, pero no he querido. Estoy acostumbrada a ganarme el salario.

-Bien. Aquí tendrás que ganártelo, desde luego -Burke alzó la mano y le hizo un gesto para que lo siguiera-. Morita, el último contable, consiguió desfalcar treinta mil dólares antes de ser descubierto. Para colmo, dejó los libros de cuentas hechos un desastre. Tu primer cometido será ordenarlos. Y, de paso, tendrás que ocuparte de las nóminas y las facturas.

-Desde luego -«desde luego», repitió una voccecita burlona en la mente de Erin.

Burke abrió una puerta y la condujo al interior de una habitación.

-Trabajarás aquí. Con suerte, no tendrás que hacerme un sinfín de fastidiosas

consultas. Pero, si tienes alguna duda, puedes llamar a Rosa por el intercomunicador, y ella me la hará llegar. Haz una lista con todo aquello que crees que vas a necesitar, y lo tendrás cuanto antes.

Erin se aclaró la garganta y asintió. El despacho era casi tan grande como la tienda de O'Donnelly. El mobiliario era antiguo y lustroso, y la moqueta parecía sacada de un palacio. Decidida a no quedarse mirando como una boba, Erin se acercó al escritorio. Burke había tenido razón en una cosa. Estaba hecho un desastre. Por primera vez desde que llegó a la enorme casa de piedra, sintió alivio. Por fin veía algo que le resultaba familiar.

Había libros de cuentas, documentos y carpetas apilados en un gran montón, junto a una calculadora, que no tenía nada que ver con la que Erin había utilizado con anterioridad, manual y más tosca. El conjunto se completaba con un teléfono, un cubilete de cerámica lleno de lápices y un cesto con los rótulos «Entrantes» y «Salientes».

Burke se situó detrás del escritorio y empezó a abrir y cerrar cajones.

-Aquí tienes sellos, folios, talonarios... Desde lo sucedido con Morita, ningún documento sale de este despacho sin mi firma.

-Si hubieras tomado esa precaución antes, ahora serías treinta mil dólares más rico.

-Eso es cierto -Burke no mencionó que Morita había trabajado para él durante más de diez años, en épocas malas y otras mejores-. Establece tu propio ritmo de trabajo, siempre y cuando no sea excesivamente lento. Rosa te traerá el almuerzo. Puedes tomarlo aquí o en el comedor. Te acompañaré siempre que me sea posible.

-¿Pasas aquí la mayor parte del día?

-En los alrededores -Burke se sentó en una esquina de la mesa-. No has dormido bien.

-No, yo... -los dedos de Erin se elevaron automáticamente hacia sus leves ojeras-. La diferencia horaria, supongo.

-¿Te sientes cómoda con los Grant?

-Sí, se están portando maravillosamente bien conmigo. Todos.

-Son una gente extraordinaria. No conocerás a muchas personas como ellos.

-Tú no lo eres -Erin no había pretendido decirlo, pero se dijo que ya era demasiado tarde para lamentarlo-. Hay algo... cortante en ti.

-Pues procura no acercarte demasiado. Podrías lastimarte.

-Eso ya lo sé -respondió Erin con desenfado mientras alargaba la mano hacia el montón de folios.

Burke le agarró lenta y firmemente la muñeca.

-¿Estás intentando provocarme, irlandesa?

-No, aunque no creo que cueste mucho.

-En eso tienes razón. Creo necesario decirte que tengo un pronto rápido y muy peligroso.

-Me doy por avisada -Erin parecía divertida, pero, cuando intentó soltarse, él la

sujetó con más fuerza.

-Un último aviso. Dado que acabas de integrarte en nuestra pequeña comunidad, lo oirás de labios de otra gente. Cuando veo a una mujer que me atrae, siempre la consigo. Por medios lícitos o ilícitos, eso me importa un bledo.

Erin comprendió que no se trataba de un aviso. Era una amenaza. Bajo los dedos de Burke, su pulso empezó a acelerarse, aunque siguió mirándolo fijamente a los ojos.

-No hacía falta que me dijeras eso, ni tengo intención ninguna de «atraerte».

-Demasiado tarde -Burke sonrió burlón, pero le soltó la mano-. Me resultas lo bastante fascinante como para bailar contigo a la luz de la luna. Lo bastante atractiva como para besarte en un cobertizo. y lo bastante apasionada como para imaginarme haciendo el amor contigo.

Erin sintió en el estómago un nudo de miedo, de deseo.

-Cualquier mujer perdería la cabeza ante tanto halago. Dígame, señor Logan, ¿me ha traído a América para que me acueste con usted, o para que le lleve la contabilidad?

-Para ambas cosas -se limitó a contestar él-, pero nos ocuparemos de los negocios primero.

-Será de lo único de lo que tengamos que ocuparnos. Y me gustarla empezar ya.

-Bien -pero, en vez de marcharse, Burke le pasó las manos por los brazos. Erin se puso rígida, pero no retrocedió. Se negaba a ponerse en ridículo forcejeando. Y, aunque se preparó para experimentar la tórrida pasión que ya había sentido con anterioridad, él se limitó a posarle un beso en la mejilla.

Burke solo había pensado en ella desde que regresó a casa. Había pensado en cómo la sentiría entre sus brazos; en cómo reaccionaba su cuerpo cuando ella le sonreía; en cómo fluía su voz, cálida y dulce, de tal manera que solo importaba su sonido, y no las palabras.

Sabía que podía ser suya. La reacción de Erin había sido demasiado rápida y apasionada como para que ninguno de los dos pretendiera lo contrario. Sabía que ella lo deseaba, muy a su pesar. Incluso en aquel momento, mientras la besaba suavemente, su respiración había empezado a volverse temblorosa. Nunca había conocido a una mujer que llevara la pasión tan a flor de piel. Y ahora que Erin estaba allí, en su casa, Burke sabía que no descansaría hasta poseerla por completo.

Pero sería ella la que acudiera a él. Su orgullo así lo exigía. De modo que jugueteó con sus labios, excitándola y, a la vez, torturándose lentamente a sí mismo.

-Por medios lícitos o ilícitos -murmuró, mordisqueándole con suavidad el lóbulo de la oreja-. Te deseo.

Erin tenía los ojos cerrados. ¿Cómo era posible que hubiera sucumbido con tanta rapidez, que deseara tan desesperadamente algo que no debía desear? Le colocó una mano en el pecho, deseando mantener su pulso firme.

-Estás acostumbrado a conseguir todo aquello que desees. Lo comprendo. No negaré que me atraes, pero no he venido a que hagas conmigo lo que te apetezca, Burke.

-Tal vez no -murmuró él-. Pero puedo ser paciente, irlandesa. Cuando un hombre

tiene todas las cartas, ha de saber cuándo guardarlas y cuándo ponerlas sobre la mesa -le pasó el dedo pensativamente por la trenza-. Juguemos esa mano más pronto o más tarde. Y te dejaré empezar a ti.

Erin esperó a que se hubiera marchado para exhalar una larga bocanada de aliento. ¿Cómo podía mostrarse tan arrogante y, al mismo tiempo, inspirarle una sonrisa? Moviendo la cabeza, se sentó detrás del escritorio en una mullida silla de piel que la hizo suspirar.

Burke tenía razón en una cosa, se dijo. Jugarían aquella mano más pronto o más tarde. Lo malo, se temía Erin, era que, aunque la ganara, acabaría perdiendo.

5

Al cabo de una semana, Erin ya había establecido una rutina diaria que la complacía. Por las mañanas se levantaba temprano para ayudar a Dee a preparar a los niños para la escuela, y luego iba a los Tres Ases en un coche prestado para ponerse a trabajar.

Burke se había quedado corto al mencionar el desbarajuste de la contabilidad. Igual que ella al calcular su fortuna. Conforme barajaba las cifras y repasaba los libros de cuentas, Erin trató de pensar en ello en términos simples y prácticos. Al fin y al cabo, tan solo eran números.

Pocas veces la interrumpían, y tomaba en el despacho el almuerzo que le llevaba a diario la silenciosa Rosa. Al final de la primera semana, había avanzado lo suficiente como para sentirse satisfecha consigo misma. Solo en un par de ocasiones se había sentido como una tonta. Había tenido que solicitarle a Burke el manual de instrucciones de la calculadora. Y, poco después, le pidió un sacapuntas. Él se limitó a agarrar una especie de cilindro, con un agujero en medio, y se lo puso en la mano.

-¿Y qué hago yo con esto? -preguntó Erin-. Ni siquiera tiene una manivela.

Burke tomó un lápiz y lo introdujo en el agujero. A continuación, maldito fuera, se echó a reír cuando ella se sobresaltó al ver que el lápiz se aguzaba solo.

-Son pilas -explicó él-, no magia.

Erin había superado aquella pequeña humillación enterrando el rostro en los libros de cuentas. Quizá no estuviera habituada a aquellos artilugios modernos, pero, por todos los santos, pondría en orden la contabilidad.

Redactó el informe semanal con la pequeña máquina de escribir eléctrica y, tras ordenar la mesa, fue en busca de Burke para entregárselo.

Para ella, la casa seguía siendo un territorio inexplorado. En la entrada, Erin titubeó. Pudo haber llamado a Rosa por el intercomunicador, pero hablarle a aquel maldito trasto siempre la hacía sentirse como una idiota. Así pues, emprendió un camino que esperaba que la llevase hasta la cocina.

La casa no parecía tener fin, se dijo, y le resultó extremadamente difícil no ir abriendo puertas para asomarse al interior mientras avanzaba. Oyó un zumbido y se giró. Un lavavajillas, pensó, o una lavadora. Encogiéndose de hombros, se dijo que, tarde o temprano, acabaría encontrando a Rosa.

Aquella mujer era un misterio. Hablaba muy poco, y siempre sabía dónde localizar

a Burke. Aunque el ama de llaves lo llamaba siempre «señor Logan»), Erin percibía un vínculo menos formal entre ambos. Se había preguntado, no sin cierta consternación, si eran o habrían sido amantes. Dejando aquel pensamiento de lado, avanzó hacia el ala sudoeste de la casa.

Pero no halló la cocina ni la lavandería. Al abrir las dobles puertas, Erin se encontró en los trópicos. La piscina era de un azul invitador, y relucía con el sol que se filtraba por el techo y las paredes de vidrio. Había allí árboles desconocidos para ella, plantados en enormes tiestos de barro, y flores. Erin se adentró un poco más, abrumada por aquel intenso aroma mientras veía la nieve a través del vidrio. Las flores tenían colores variados, rojo, naranja brillante, amarillo, azules exóticos. Imaginó que, si cerraba los ojos, podría oír el parloteo de los loros.

El paraíso, se dijo Erin al tiempo que avanzaba. Con los ojos medio cerrados y su cuerpo empezando a relajarse, Burke la observó. El sol le bañaba el cabello, arrancándole destellos de fuego. Lo llevaba recogido en una coleta, tal y como él se lo había visto en Irlanda. Y Burke recordaba bien, demasiado bien, la sensación de pasar los dedos por entre sus espesos mechones.

Vio cómo alargaba la mano hacia una flor, como si sus dedos sintieran el deseo irreprimible de tomarla, pero Erin retiró la mano y acercó la nariz para olerla. Emitió una risita serena, satisfecha, y Burke comprendió que creía estar sola allí.

De modo que la rosa irlandesa sentía debilidad por las flores, se dijo, y a continuación vio que Erin sacudía la cabeza y miraba en torno con expresión de asombro y de anhelo.

Y por el dinero. Al pensar en esto último, Burke se encogió de hombros. Para alguien en su situación era difícil reprochárselo.

Sí podía reprocharle, en cambio, que su cuerpo aún no empezara a mostrar síntomas de relajación.

-¿Te apetece nadar un poco, irlandesa?

Erin se giró rápidamente al oír su voz. Se había olvidado del zumbido que oyó poco antes. Ahora veía dónde se originaba. Burke estaba en otra piscina... No, no era una piscina, se corrigió. Había visto fotografías de bañeras Jacuzzi, con sus surtidores, sus burbujas y sus aguas humeantes. Por un momento, no pudo evitar preguntarse cómo sería sumergirse en una de ellas.

-¿Quieres acompañarme?

Burke sonrió burlón mientras se lo preguntaba, y ella se encogió de hombros.

-Gracias, pero me iré a casa dentro de pocos minutos. He acabado por hoy y te traía el primer informe.

Él asintió y señaló una mecedora blanca situada junto a la bañera.

-Siéntate.

Reprimiendo un suspiro, Erin hizo lo que se le pedía.

-Puede que seas un hombre con mucho tiempo libre, pero yo tengo cosas que hacer.

Burke colocó los brazos sobre los bordes de la bañera. No explicó que había

estado trabajando en los establos desde el amanecer, ni que había forzado al máximo todos los músculos de su cuerpo supervisando el apareamiento de un semental y una yegua particularmente nerviosa.

-Aún dispones de unos cuantos minutos, irlandesa. Bueno, ¿cómo van mis finanzas?

-Eres un hombre muy rico, Burke, aunque, viendo el caos de tus cuentas, me asombra que puedas serlo. He estudiado un nuevo sistema y lo he puesto práctica -lo cierto era que se había pasado un par de noches en vela leyendo libros de contabilidad-. Si quieres, esperaré a que termines para repasar el informe contigo.

-Seguro que es correcto.

-Como quieras. Creo que, para finales de la semana que viene, habré logrado ponerlo todo en orden.

-Me alegra saberlo. ¿Por qué no me cuentas cómo?

Burke flexionó los hombros. Erin observó cómo los músculos se tensaban bajo la húmeda piel, y deliberadamente alzó la mirada. No debía estar allí, se dijo. y menos cuando sus pensamientos empezaban a derivar hacia derroteros ajenos a la contabilidad.

-Está todo en el informe. Si no te importa salir un momento de la bañera, puedes echarle un vistazo.

-Muy bien, te has salido con la tuya -Burke desconectó los surtidores y se puso en pie. Erin sintió que sus miembros flaqueaban al ver que no llevaba puesto absolutamente nada encima. Agradeció que no se le ruborizaran las mejillas.

Burke agarró una toalla y se la puso en torno a las caderas conforme salía de la bañera.

-No tienes vergüenza, Burke Logan.

-Ninguna en absoluto.

-Si pretendías escandalizarme, siento haberte decepcionado. Tengo cuatro hermanos, como recordarás, y... -Erin volvió a mirar de reojo, preparada para observarlo sin ningún interés. Fue entonces cuando vio el oscuro cardenal que tenía debajo de las costillas-. Te has lastimado -se levantó rápidamente y acercó los dedos con suavidad-. Oh, y tiene un aspecto muy feo -sin pensar, le recorrió las costillas con los dedos, inspeccionándolas con sumo cuidado-. No te has roto nada.

-De momento, no -murmuró él. Estaba de pie, muy quieto. El humor de unos momentos antes había desaparecido por completo. Los dedos de Erin tenían un tacto tan frío y suave sobre su piel... Lo acarició como si le importara realmente. Yeso era algo sin lo cual él había aprendido a vivir.

-Tendrá un aspecto aún peor mañana -dijo ella chasqueando la lengua-. Deberías ponerte un poco de linimento -entonces, reparó en que tenía la mano extendida sobre su pecho, duro, suave y húmedo. Erin retiró la mano rápidamente y se la colocó detrás de la espalda-. ¿Cómo te lo has hecho?

-Con el potro nuevo que compré en Irlanda.

Erin apretó el puño. Aún tenía la mano mojada.

-Tendrás que darle más libertad la próxima vez -el estremecimiento que sintió de pronto no la sorprendió, y fue rápidamente controlado.

-Eso pretendo hacer. Siento un gran respeto por el temperamento irlandés.

-Deberías sentirlo. Si quieres echar un vistazo al informe, te disiparé cualquier duda antes de irme.

Burke recogió los folios pulcramente mecanografiados. Erin creyó necesario carraspear mientras se giraba para mirar por la pared de vidrio, levemente empañado por el vapor de la bañera. Pero no vio la nieve. Aún podía verlo a él... los largos brazos llenos de músculos, el duro pecho mojado y reluciente, las estrechas caderas y los fuertes muslos.

Un buen espécimen, hubieran dicho muchas, ella incluida. y a Erin le daban ganas de matarlo por provocarle un deseo tan intenso.

-Parece lo bastante claro y correcto -ella se sobresaltó un poco, y luego se maldijo-. Conoces tu trabajo, Erin. Pero, claro, yo no te habría contratado de no haberlo creído así -no, pero habría encontrado alguna otra forma de llevársela a América consigo-. ¿Ya has decidido qué vas a hacer con tu primer salario?

-Tengo un par de ideas -Erin se relajó lo bastante como para sonreírle, esforzándose por no mirarlo del cuello para abajo. La mitad del dinero iría camino de Irlanda por la mañana. Y el resto... Bueno, aún no lo había pensado-. Si estás satisfecho, me iré ya.

-Aún disto mucho de estar satisfecho -dijo Burke entre dientes-. Escucha, ¿has pensado que la contabilidad te resultaría más entretenida si supieras más acerca de los establos y las carreras?

-No -Erin enderezó los hombros mientras reflexionaba sobre ello-. Aunque es posible que tengas razón.

-Mañana compite uno de mis caballos. ¿Por qué no vienes, para que veas de dónde viene el dinero y a dónde va?

-¿Que vaya a las carreras? -Erin se mordió el labio mientras se lo pensaba-. ¿Y podré apostar?

-He aquí una mujer que me gusta. Iré a recogerte a las ocho. Primero, te enseñaré los establos y el corral.

-Muy bien. Que tengas un buen día -Erin se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se giró y dijo-: Yo me pondría algo de olmo escocés en ese cardenal.

Erin se paseó por la sala de estar. Era su primer día libre, e iba a pasarlo en las carreras. Habría allí muchedumbres de gente a quien no conocía. Oiría docenas de voces por primera vez. Se pasó una mano por el cabello y esperó ofrecer un buen aspecto. No por Burke, se dijo rápidamente, sino por ella misma. Quería estar guapa y sentirse atractiva cuando se viera en medio de toda aquella gente.

Salió disparada hacia la puerta de la casa en cuanto oyó el coche de Burke. Titubeó en las escaleras, mientras contemplaba el deportivo rojo fuego con su enorme y aerodinámico capó. Tomó nota mentalmente para contárselo a Brian cuando

escribiera a su familia.

-Te has adelantado a la hora -comentó Burke mientras ella se acomodaba en el asiento del pasajero.

-Estoy muy excitada -a Erin no le parecía ninguna estupidez admitirlo-. Nunca he ido a las carreras. Cullen sí, y me ha hablado de lo bonitos que son los caballos y lo fascinante que es la gente. Cielo santo, cuántos botones -dijo mientras estudiaba el salpicadero-. Hay que ser ingeniero para conducir este cacharro.

-¿Quieres probar?

Al mirarlo y ver su expresión seria, Erin se sintió fuertemente tentada. Pero recordó la gran cantidad de coches que había visto en la autopista al volver del aeropuerto.

-De momento, prefiero mirar. ¿Cuándo empieza la carrera?

-Aún tenemos mucho tiempo. ¿Cómo está Dee?

-Bien. Ha pasado la revisión sin problemas, pero el médico le ha dicho que debe descansar más. Se queja de no poder pasar tanto tiempo como antes en los establos, pero procuramos distraerla. La nieve ya empieza a derretirse.

-Unos cuantos días más como los que acabamos de tener, y habrá desaparecido por completo.

-Espero que no. Me gusta mirarla -Erin se reclinó en el asiento, pensando que viajar en un coche deportivo era como ir en alas del viento-. ¿No tendrás frío? -inquirió mirando la chaqueta ligera y los vaqueros que llevaba puestos.

-No te preocupes. Bueno, ¿y qué es lo que más te ha gustado de América, aparte de la nieve?

-Vuestra forma de hablar.

-¿De hablar?

-Ya sabes, el acento. Es encantador.

-Encantador -Burke la miró de soslayo, y luego se echó a reír hasta que el cardenal empezó a dolerle. Sin dejar de reír, se lo palpó distraídamente.

-¿Te molesta mucho?

-¿Que, esto? No.

-¿No te has puesto el olmo escocés?

Burke era lo bastante inteligente como para no echarse a reír otra vez.

-No he podido encontrar ninguno.

-Creí que tendríais linimento para los caballos en los establos. Oh, mira esos aviones pequeños -cuando Burke giró hacia el aeropuerto, ella lo miró-. ¿Adónde vamos?

-A dar un paseo en uno de esos aviones pequeños.

Erin notó que el estómago le daba un vuelco.

-Pero, ¿no íbamos a las carreras?

-Sí. Mi caballo compite en Hialeah. Eso está en Florida.

-¿Qué es Florida?

Burke hizo una pausa mientras cerraba la portezuela. En el interior del coche,

Erin lo miraba embobada.

-El sur -explicó al tiempo que le extendía la mano.

Demasiado excitada para pensar, y demasiado aterrada para poner objeciones, ella se dejó introducir en el avión. La cabina era tan pequeña, que incluso tuvo que agacharse un poco. Sin embargo, al llegar al asiento, comprobó que era cómodo y espacioso. Burke se sentó frente a ella y le indicó que se pusiera el cinturón. A continuación, pulsó el botón de un intercomunicador.

-Estamos listos, Tom.

-Muy bien, señor Logan. Parece que el viaje transcurrirá sin contratiempos. El cielo está muy despejado, salvo por un pequeño frente nuboso sobre Carolina. Podremos evitarlo con facilidad.

Al oír y notar cómo los motores se ponían en marcha, Erin se aferró a los brazos del asiento.

-¿Seguro que este cacharro es seguro?

-La vida es una lotería, irlandesa.

Ella estuvo a punto de balbucir algo antes de reparar en el brillo divertido de sus ojos. Deliberadamente se obligó a relajar las manos.

-Es cierto -mientras el avión empezaba a moverse, Erin se asomó por la ventanilla. En pocos segundos, el suelo empezó a ladearse y a alejarse de ellos-. Qué vista tan preciosa -sonrió y se acercó más al cristal-. Mientras tomabais tierra en Cork, yo contemplé vuestro avión y me pregunté qué se sentiría yendo dentro. Ahora ya lo sé.

-¿Qué se siente?

Erin le dirigió una sonrisa sesgada.

-Bueno, no hay champán.

-Puede haberlo.

-¿A las ocho y media de la mañana? -con una risotada, ella volvió a reclinarse en el asiento-. Mejor no. Debo darte las gracias por esta invitación. Los Grant han sido muy amables conmigo, así que celebro mucho poder dejarles el día para ellos solos.

-¿Solo por eso me lo agradeces? -Burke se levantó y se acercó a un pequeño armario.

-No. Te agradezco mucho la oportunidad de ir.

-¿Quieres leche en el café?

-Sí -podía haberle dicho «de nada», pensó Erin, pero lo dejó pasar. Nada iba a amargar su buen humor. Cuando Burke se hubo sentado, ella tomó la taza, pero estaba demasiado nerviosa para beber.

-¿Querrás contestarme si te pregunto algo que no es de mi incumbencia?

Burke sacó un cigarrillo y lo encendió.

-Te contestaré, aunque no necesariamente la verdad.

Extendió las piernas y descansó los tobillos sobre el asiento situado junto a Erin.

-¿De veras ganaste los Tres Ases en una partida de póquer?

El exhaló una bocanada de humo.

-Sí y no.

-Eso no es una respuesta.

-Sí, jugué al póquer con Cunningham, y perdió. Cuando juegas, has de saber cuándo seguir y cuándo retirarte. El no supo.

-De modo que le ganaste la granja.

A Erin le gustaba la idea, se dijo Burke mientras contemplaba sus ojos. La imaginaba viendo una habitación llena de humo y de olor a licor, con los dos hombres inclinados sobre cinco cartas cada uno y la escritura de la granja en medio.

-En cierto modo. Le gané dinero, más dinero del que podía perder. No tenía dinero en metálico para pagarme. Al final, acabé comprándole la granja por un bajo precio.

-Oh -aquello no resultaba tan romántico-. Entonces, debías de ser rico antes de eso.

-Podría decirse que, en esa época, mi suerte estaba en alza.

-Jugar no es manera de ganarse la vida.

-Mucho mejor que fregar suelos.

Dado que estaba de acuerdo, Erin se quedó callada unos instantes.

-¿Y antes sabías algo de caballos?

-Sabía que tenían cuatro patas. Pero cuando apuestas tu dinero por algo, aprendes muy deprisa. ¿Dónde aprendiste tú a llevar la contabilidad?

-Siempre tuve facilidad para la aritmética. Tomé algunos cursos en la escuela, y luego empecé a llevar la contabilidad de la granja. Me resultaba mucho más gratificante que ordeñar. Y luego, como en el pueblo todo el mundo sabe a qué se dedica el vecino, me encontré trabajando para la señora Malloy, y después para el señor O'Donnelly. Trabajé una temporada para Francis Duggan, del mercado, pero su hijo Donald creía que debía casarme con él y tener diez hijos, así que lo dejé.

-¿No querías casarte con Donald Duggan?

-¿Y pasarme el resto de la vida contando patatas y rábanos? No, gracias. La cosa llegó hasta tal extremo, que decidí que o le ponía los dos ojos morados o dejaba el trabajo. ¿Por qué sonríes?

-Donald Duggan tuvo mucha suerte de que no llevaras en la mano un rastrillo.

Erin ladeó la cabeza, como si lo estudiara.

-Fuiste tú quien tuvo suerte de que me contuviera -sintiéndose ya cómoda, recogió las piernas y bebió el café, que empezaba a enfriarse-. Háblame del caballo que compite hoy.

-Se llama Double Bluffy tiene dos años. Es temperamental y nervioso a menos que esté corriendo. Mostró su valía desde la primera carrera, y se clasificó para el Derby de Florida el fin de semana pasado. Es la competición más importante del estado.

-Sí, he oído a Travis hablar de ella. Al parecer, piensa que ese caballo es el mejor que ha visto en la última década. ¿Lo es?

-Tal vez. En cualquier caso, será mi primera incursión en el Derby. El padre de

Double Bluff ganó más de un millón de dólares en premios, y su madre era hija de un ganador de la Triple Corona. Lo lleva en la sangre -Burke dio otra calada al cigarro, y de nuevo Erin se fijó en la cicatriz de sus nudillos.

-Parece que le tienes mucho cariño.

Así era, y eso no dejaba de sorprender al propio Burke.

Se encogió de hombros.

-Es un ganador.

-¿Qué hay del que compraste en Irlanda, el que te dio una coza?

-Empezaré por llevarlo a carreras locales... Charles Town, Pimlico, Laurel, para poder observarlo de cerca. Si mi corazonada es cierta, en un año me habrá dado el doble de lo que pagué por él.

-¿Y si tu corazonada es errónea?

-No suelen serlo. En cualquier caso, seguiría dando por bien empleado mi viaje a Irlanda.

Erin no se sentía del todo cómoda ante su forma de mirarla.

-Siendo como eres un jugador -dijo con tranquilidad-, seguramente sabrás perder.

-Se me da mejor ganar.

Ella soltó la taza de café.

-¿Cómo te hiciste la cicatriz que tienes en la mano?

Él no se miró la cicatriz, como hubiera hecho la mayoría, sino que sacudió la ceniza del cigarrillo mientras seguía observándola.

-Con una botella rota, en una pelea en un bar de El Paso. Hubo cierto desacuerdo sobre una partida de cartas y una rubia atractiva.

-¿Ganaste?

-La partida, sí. La rubia no merecía la pena.

-Supongo que tiene más sentido lastimarse la mano por una partida de cartas que por una mujer.

-Eso depende.

-¿De qué? ¿De la mujer?

-Del juego, irlandesa. Siempre depende del juego.

Al llegar, Erin se bajó del avión y entró en otro mundo. Burke le había dicho que dejara el abrigo en el avión, pero, aun así, la pillaron de sorpresa el calor y el brillo del sol.

-Palmeras -consiguió decir, y luego se echó a reír al tiempo que tomaba las manos de Burke-. Son palmeras.

-¿En serio? -antes de que Erin tuviera tiempo de irritarse, él le echó un brazo por los hombros y se dirigió hacia el coche que los aguardaba. Erin se subió en él, deseando poder fingir que hacía tales cosas a diario.

-No hay manivela para bajar la ventanilla -empezó a decir. Burke se inclinó y pulsó un botón para bajarla. Al cabo de diez minutos, Erin renunció a sus intentos de parecer poco impresionada-. No puedo creerlo. Hace tanto calor... y las flores, Dios, mi

madre se moriría por ver esas flores. Es como esa sala de tu casa, la que tiene las paredes de cristal. Hace un par de semanas, fregaba el suelo de la señora Mallar, y ahora estoy viendo palmeras.

Burke condujo con eficiencia, sin pedir señas ni consultar mapa alguno. Erin comprendió que aquella vida no era nada nuevo para él. y ella, en cambio, no dejaba de balbucir y hablar como una tonta. Hizo otro intento de contenerse, pero finalmente se dio por vencida. No le importaba parecer una estúpida.

Burke no había imaginado que disfrutaría tanto oyendo a alguien hablar de cosas sencillas y haciéndolas parecer especiales. Por un momento, deseó seguir conduciendo sin parar para que Erin continuara hablando, riéndose y haciendo preguntas. Había olvidado que aún había personas capaces de ver el lado novedoso y fascinante de las cosas.

Para él, viajar era una profesión. Y, como la mayoría de los viajeros profesionales, hacía tiempo que había dejado de contemplar aquello que lo rodeaba. Ahora, sin embargo, mientras Erin señalaba la blanca arena, los jóvenes monopatines y los imponentes hoteles, empezó a recordar cómo era ver algo por primera vez.

Era muy conocido en el circuito. Mientras recorrían la verde explanada de hierba que llevaba a las cuerdas, Erin se dio cuenta de que la gente asentía al verlo o lo saludaba llamándolo «Señor Logan». Los jinetes, entrenadores y mozos de cuerda ya se estaban preparando para las carreras de la tarde.

-Logan.

Erin miró de soslayo y vio a un hombre corpulento y tripudo con un sombrero de paja. Reparó en el brillo del diamante que lucía en el dedo y en la ligera capa de sudor que empezaba a perlar su rostro.

-Durnam.

-No sabía que ibas a venir.

-Me gusta supervisar las cosas personalmente. Tu caballo hizo una buena carrera la semana pasada.

-En Charles Town. Ignoraba que estuvieses allí. -No estuve. Erin McKinnon, te presento a Charlie Durnam, propietario de Caballerizas Durnam, en Lexington.

-Es un placer conocerla, señorita -Durnam le tomó la mano y esbozó una deslumbrante sonrisa-. Un gran placer. Nadie sabe escoger las yeguas como Logan.

-No voy a correr en ninguna carrera, señor Durnam -repuso Erin, pero sonrió, juzgándolo inofensivo.

-¿Es usted de Irlanda?

-Sí, es prima de Adelia Grant -terció Burke, mirando a Durnam con cara de póquer hasta que hubo soltado la mano de Erin.

-Vaya, ¿qué te parece? Le aseguro, señorita, que cualquiera que sea amigo de los Grant es amigo mío. Son una gente estupenda.

-Gracias, señor Durnam.

-Quiero echarle un vistazo a mi caballo, Charlie. Te veremos luego.

-Bien. Y, de paso, échale también un vistazo a mi Orgullo -les dijo Durnam en voz alta-. Eso sí que es un caballo.

-Un hombre curioso -murmuró Erin.

-Ese hombre «curioso» posee una de las mejores caballerizas del país. y se le van los ojos detrás de las mujeres.

Erin miró hacia atrás y emitió una risita.

-Por mí, puede mirar cuanto quiera. No creo que tenga mucho éxito.

-Te sorprendería saber el éxito que puede tenerse con diez o quince millones de dólares -Burke saludó a un mozo de cuadra asintiendo con la cabeza-. Hoy compito contra él.

-¿De veras? -Erin se echó el cabello hacia atrás, pensando que el sol jamás había calentado tanto-. Entonces, tendrás que ganarle, ¿no?

Con una sonrisa burlona, Burke volvió a echarle el brazo por los hombros.

-Eso pretendo -pasó junto a unos cuantos establos.

Erin se mantuvo a su lado, cautelosamente. El olor del heno y los caballos le resultaba familiar, igual que el ligero nudo que sentía en el estómago. «Olvídalo», se dijo, situándose al lado de Burke cuando este se detuvo delante de un establo.

-Este es Double Bluff.

Erin calculó que aquel bayo oscuro mediría unos quince palmos. Poseía un pecho poderoso y un cuerpo esbelto ideal para correr. Su belleza la sorprendió al principio; luego se quedó petrificada al ver cómo sacudía la cabeza.

-Es enorme -la garganta se le había quedado seca, pero se obligó a acercarse un poco más.

-¿Estás listo para ganar? -con una risotada, Burke alargó la mano para acariciarle el hocico. El potro irguió las orejas, reconociéndolo, pero no dejó de agitarse-. Impaciente. Odia esperar. Es un diablo arrogante, y creo que podrá darle a los Tres Ases su primera Triple Corona. ¿Qué te parece?

-Es precioso -Erin había dado un paso atrás la primera vez que el potro había girado la cabeza hacia ella-. Estoy segura de que hará que te sientas orgulloso.

-Echemos un vistazo de cerca. Quiero asegurarme de que el mozo de cuadra ha hecho bien su trabajo -Burke abrió la puerta del establo y entró. Erin hizo acopio de valor y, con el corazón en un puño, lo siguió-. Tienes buen aspecto, amigo -Burke pasó la mano por el costado del caballo, y a continuación se agachó para examinarle las pezuñas, asintiendo aprobatoriamente-. Impecable. Ya verás cuando le pongan la silla de montar. En cuanto lo hagan, estará listo. Incluso hay que sujetarlo para que no salga corriendo hacia la parrilla de salida.

Como si lo entendiera, Double Bluff golpeó el suelo con la pezuña. Irguió la cabeza y relinchó mientras Burke se reía. Erin se desmayó en el acto.

Cuando volvió en sí, notó que un brazo la sujetaba. Un líquido frío penetraba por entre sus labios. Tragó instintivamente y luego abrió los ojos.

-¿Qué ha pasado?

-Dímelo tú -la voz de Burke era áspera, pero la mano que le acariciaba la mejilla

se movía con ternura.

-Un exceso de sol, probablemente.

Erin oyó el comentario, hecho con voz arrastrada, y miró por encima del hombro de Burke. Vio un rostro joven y una mata de cabello pelirrojo.

-Eso habrá sido -dijo, aferrándose a la excusa-. Ya me siento mejor.

-No te muevas -Burke la sujetó al ver que intentaba levantarse-. Está bien, Bobby. Yo me ocuparé.

-Sí, señor Logan. No haga ningún esfuerzo, se- ñorita, y manténgase en la sombra.

-Gracias. Oh... -Erin cerró los ojos y se maldijo cien veces por estúpida-. Siento haber montado una escena así. No sé qué ha podido pasarme.

-Estabas bien, y de repente te derrumbaste -y nunca, en ningún momento de su vida, se había sentido Burke tan asustado-. Sigues un poco pálida. ¿Por qué no seguimos el consejo de Bobby y te pones en la sombra?

-Sí -Erin emitió un suspiro de alivio. Justo cuando Burke se disponía a ayudarla, Double Bluff volvió a sacar la cabeza e hizo temblar la puerta del establo. Con un grito ahogado, Erin rodeó el cuello de Burke con los brazos y se aferró a él.

Fue cosa de un momento sumar dos y dos.

-Por amor de Dios, Erin, ¿por qué no me dijiste que te dan miedo los caballos?

-No me dan miedo.

-Y un cuerno -musitó él al tiempo que la tomaba en brazos.

-No hace falta que me lleves. Ya he sufrido bastante humillación.

-Cállate -cuando pensó que se habían alejado lo bastante de las cuadras, Burke la soltó debajo de una palmera-. De habérmelo dicho, no me habrías quitado diez años de vida asustándome así -profiriendo otra maldición, se arrodilló a su lado. Su corazón aún no había recuperado el ritmo normal.

-Lo último que deseo es que me eches un sermón -Erin se habría levantado y se habría ido hecha una furia, pero sabía que sus piernas se negaban a moverse-. Además, no había nada que decir. Creí que lo había superado.

-Pues creíste mal-al ver que seguía pálida, Burke cedió y le tomó la mano-. ¿Por qué no me hablaste de ello?

-Es una chiquillada.

-Quiero oírlo, de todos modos.

-Teníamos dos caballos de labranza -Erin exhaló una larga bocanada de aliento. Al fin y al cabo, era imposible que Burke la considerara aún más estúpida-. Los habíamos llevado al campo, y de pronto se formó una tormenta. Brian desenganchó a uno para llevarlo al cobertizo. Había muchos truenos y relámpagos, de modo que los caballos estaban nerviosos. Joe estaba desenganchando al segundo y yo sujetaba la rienda, tratando de calmarlo. No sé, ocurrió muy deprisa. Se asustó con un relámpago y se encabritó. Dios santo, qué grandes parecen esas pezuñas cuando las tienes sobre ti -se estremeció-. Me caí y el caballo me pasó por encima.

-Dios mío -Burke le apretó la mano.

-Tuve suerte y no fue nada grave. Un par de costillas rotas y algunas contusiones. Pero, desde entonces, nunca he podido acercarme a un caballo sin sentir pánico.

-Si me lo hubieras dicho, no te habría traído.

-Creí haberlo superado. Ocurrió hace más de cinco años. Estúpida -Erin se pasó la mano por la cara y luego se retiró el cabello-. Llevo toda la semana dándoles excusas a Travis y a Dee para no ir a las cuadras.

-¿Por qué no se lo cuentas? -al ver que Erin se limitaba a encogerse de hombros, Burke se acercó más a ella-. Lo estúpido no es tener miedo de los caballos, sino avergonzarse de ello.

Erin alzó el mentón; luego suspiró.

-Tal vez -evitando sus ojos, arrancó una brizna de hierba-. No les digas nada.

-¿Más secretos? -con paciencia, Burke le tomó la barbilla y la obligó a mirarlo. Le resultó difícil resistirse viéndola así, con la tez pálida, los ojos humedecidos y el halo de vulnerabilidad que envolvía su piel-. No debe preocuparte tanto lo que los demás piensen de ti. Sé que friegas platos y que te desmayas al ver un caballo, pero me sigues gustando igual.

-¿De veras? -una sonrisa reluciente curvó los labios de Erin-. ¿Lo dices en serio?

-Muy en serio -al no estar habituado a reprimir sus deseos por mucho tiempo, Burke agachó la cabeza y reclamó su boca para saborearla y explorarla. Ella le colocó una mano en el pecho, como si deseara detenerlo, pero sus dedos se aferraron a su camisa y permanecieron allí.

Ninguno de los otros besos la había hecho sentirse tan en paz, tan segura. A pesar de la excitación que caldeaba su estómago, se sentía segura. Quizá fuese por el modo en que la mano de Burke se cerraba en torno a su cuello, con dedos suaves y confortadores. O quizá se debiera al hormigueo y la sensación de suavidad que los labios de él producían en los suyos.

Burke deseaba atraerla hacia sí, acunarla en su regazo y musitarle tonterías dulces. Nunca había sentido tal impulso con ninguna otra mujer. Era una sensación extraña e inquietante, pero, al mismo tiempo... agradable.

Se retiró de ella ligeramente, sin alejarse del todo.

-Te llevaré a casa.

-¿A casa? Pero quiero ver las carreras -por algún motivo, Erin se sentía capaz de enfrentarse a todo en aquellos momentos-. Estoy bien, te lo prometo. Además, a lo mejor, si aprendo a observarlos desde lejos, no me asustaré cuando me acerque a uno -se puso en pie, agradeciendo que sus piernas hubieran recuperado de nuevo la fortaleza-. Vamos, Burke, no hemos viajado hasta... ¿Dónde estamos?

-En Florida -respondió él incorporándose.

-Sí, no hemos viajado hasta Florida solo para volver a casa nada más llegar. Esa gran bestia de ahí dentro va a ganar, ¿no es así?

-He apostado mi dinero por él.

-Y yo también apostaré diez del ala.

Con una carcajada, Burke le tomó la mano. -Vamos a buscar un buen sitio.

Las gradas se habían llenado por fin. Erin vio multitud de caras, bronceadas y tostadas por el sol, caras con patas de gallo y otras de piel tan lisa como la de un bebé. Algunos leían los programas, otros fumaban enormes puros y bebían en vasos de plástico.

Pero en los palcos imperaba la elegancia, la clase de gente que rebosaba seguridad y saber estar. Los vestidos de verano en tonos pasteles se combinaban bien con los trajes ligeros de algodón y los sombreros de paja. Erin vio cómo más de una mujer esbelta y bronceada se fijaba en Burke. De vez en cuando, él alzaba una mano para saludarlas, pero no hacía ningún intento de mezclarse con ellas.

Desde el palco de Burke, en la parte frontal, Erin divisó el amplio circuito oval en el que competirían los caballos, y el exuberante campo interior, lleno de flores y de flamencos rosa. Más allá, había otra serie de gradas con más gente. E iban llenándose conforme transcurrían los minutos.

-Nunca había visto tanta gente en un solo lugar. y todos han venido a ver la carrera.

-¿Quieres una cerveza?

Erin asintió distraídamente y siguió observándolo todo mientras Burke se ausentaba. Vio a Durnam no muy lejos, hablando con dos mujeres con los pantalones más cortos que Erin había visto en su vida. Pasó de largo y se fijó en el tablero electrónico que empezaba a brillar con los números y las apuestas de la carrera.

-Quiero que me expliques qué significa todo eso -empezó a decir Erin antes de que Burke tuviera tiempo de sentarse-. Así sabré mejor cómo apostar.

-Si quieres un consejo, yo esperaré a la tercera carrera y apostaré por el número cinco.

-¿Por qué?

-Es el caballo de Royal Meadows. Simpatías aparte, es un corredor poderoso. Su historial es algo irregular, pero hoy parece en buena forma.

-¿Tú vas a apostar?

-No.

-Creí que eras un jugador nato.

-Me gusta elegir mis propios juegos.

Erin se recostó en el asiento y oyó cómo se anunciaba la primera carrera.

-Doncella de Cristal es un nombre muy bonito.

-Los nombres bonitos no ganan las carreras. Guarda tu dinero, irlandesa.

Erin se puso cómoda y se conformó con absorber todos los sonidos y las vistas que la rodeaban. Cuando los caballos se colocaron en la parrilla de salida, se inclinó hacia delante en la silla.

-Son preciosos -dijo, pero se sintió mucho mejor cuando Burke posó la mano sobre la suya.

Tenía el pulso muy acelerado. Burke lo achacó tanto a la excitación como a los nervios. Había tenido razón con respecto a las contradicciones que se daban en ella.

Cuando las compuertas se abrieron, Erin entrelazó los dedos con los suyos, pero no se amedrentó.

-Qué estruendo -murmuró, los latidos de su corazón casi tan audibles como los cascos que repiqueteaban en la pista. Cuando el grupo de caballos dio la primera vuelta, Erin se estiró para seguirlos. Aquello era fuerza, se dijo, fuerza bruta y controlada. Quizá se hubiera convertido en un negocio, pero Erin comprendía por qué había sido y seguía siendo un deporte de reyes.

Cuando acabó la carrera, se colocó una mano en el pecho.

-El corazón aún me late como un tambor. No sonrías así -advirtió, pero se echó a reír-. Es lo más maravilloso que he contemplado nunca. Todos esos colores, toda esa fuerza... ¿Te imaginas, hacer algo así a diario?

-Hay muchos que lo hacen.

Pero ella se limitó a menear la cabeza. Aquel día era especial, una experiencia única en la vida.

-Quiero apostar en la siguiente.

-Mejor en la tercera -repitió Burke mientras probaba la cerveza.

Cuando llegó la hora, Erin insistió en hacer la apuesta personalmente. Se guardó el resguardo en el bolsillo de la camisa, y luego cambió de parecer y lo metió con cuidado en su cartera. De nuevo sentada junto a Burke, se impacientó hasta que los caballos fueron conducidos a la parrilla de salida.

-No me importa perder -dijo con una rápida sonrisa-, pero preferiría ganar -al salir los caballos, se levantó y se apoyó en la barandilla-. ¿Cuál es? -inquirió, agarrando la mano de Burke para atraerlo hacia sí.

-El cuarto contando desde la izquierda. El jinete va vestido de rojo y oro.

-Sí -ella lo observó, animándolo-. Corre bien, ¿verdad?

-Sí.

-Oh, mira, empieza a adelantarse.

-Más vale que no te entusiasmes, irlandesa. Aún les queda casi un kilómetro que recorrer.

-Pero está adelantándose -Erin soltó una carcajada al tiempo que señalaba con el dedo-. Ya se ha puesto en segundo lugar.

Los gritos a su alrededor competían con la voz del comentarista y con el estruendo de los cascos de los caballos. Erin se esforzó en oír las tres cosas mientras agarraba a Burke de la camisa y tiraba.

-Se ha puesto en cabeza. ¡Fíjate! -se separó de la baranda y se lanzó hacia los brazos de Burke cuando el caballo llegó a la meta-. ¡Ha ganado! ¡He ganado! -entre risas, besó a Burke con fuerza-. ¿Cuánto?

-Brujita mercenaria.

-Eso es lo de menos. Lo principal es que he ganado. Cuando vuelva a casa, le diré a Dee que aposté por su caballo y gané. ¿Cuánto?

-Los puntos de ventaja eran de 5 a 1.

-¿Cincuenta dólares? -Erin emitió otra serie de carcajadas-. Yo pago la próxima

cerveza -lo tomó de la mano-. ¿Cuándo corre tu caballo?

-En la quinta.

-Gracias a Dios. Tendré tiempo para recuperarme.

Erin compró una cerveza para Burke y, pensándose mejor, pidió también dos perritos calientes. La única vez que recordaba haber pasado una velada tan frívola había sido en una feria. De hecho, le parecía estar en una, con todos aquellos ruidos, olores y colores. Cuando se anunció la quinta carrera, tenía otro resguardo en el bolsillo y las gafas de sol de Burke puestas.

-Espero de veras que gane -dijo con la boca llena-. Y no solo porque haya apostado por él.

-Ya somos dos.

-¿Qué sensación produce ser su dueño? -inquirió Erin-. No solo de un caballo, sino de un ejemplar de semejante linaje.

-Por lo general, es como tener una amante cara. Has de tenerla satisfecha y derrochar en ella tu dinero para que te proporcione momentos de intensa satisfacción.

Erin se giró hacia él y lo miró por encima de las gafas.

-Qué cuentista eres.

-Ya lo creo -Burke se dio la vuelta y observó a su caballo mientras avanzaba hacia la parrilla de salida. ¿Qué sensación producía?, se preguntó. ¿Qué sentía un pobre bastardo de Nuevo México al ver cómo su caballo de miles de dólares volaba por el circuito? Algo increíble. Tan increíble, que no acertaba a describirlo, ni estaba seguro de querer hacerlo. Porque todo podía desaparecer de un día para otro.

¿Y qué?

Había aprendido, desde hacía mucho tiempo, que cuando uno se aferraba demasiado a algo, acababa escapándosele por entre los dedos. Estaba aportando a los Tres Ases lo mejor de sí mismo, aunque nunca había tenido intención de encariñarse con la granja. Estaba acostumbrado a trabajar sobre la marcha e ir de un lado para otro. Aun así, ya llevaba cuatro años estabilizado.. .

Últimamente había estado pensando que quizá fuese hora de contratar a un capataz para la granja y tomarse unas largas vacaciones. Montecarlo, San Juan, Tahoe. Si un hombre se centraba en algo durante demasiado tiempo, ¿no acababa estancándose? Pero, luego, había ido a Irlanda. Y había vuelto con Erin.

Lo peor de todo era que, desde entonces, no había vuelto a pensar en Montecarlo ni en jugar a la ruleta. Le estaba resultando cada vez más fácil quedarse en un solo sitio. Y pensar en una sola mujer.

-¡Has ganado! -de repente, Erin se estaba riendo y le había rodeado el cuello con los brazos-. Has ganado por dos cuerpos, o quizá tres, no sabría decirlo. Oh, Burke, me alegro tanto por ti...

-¿De veras? -él se había olvidado de la carrera, del caballo y de la apuesta.

-Claro que sí. Es maravilloso que tu caballo haya ganado. y también me alegro por mí -Erin sonrió burlona-. Los puntos de ventaja eran de 8 a 5.

Burke la sorprendió atrayéndola hacia sí y besándola con una intensidad y una

pasión que la dejaron sin fuerzas. Ella no protestó, sino que, prisionera entre sus brazos, se dejó zarandear por la tormenta.

-Al diablo con los puntos de ventaja -murmuró Burke antes de volver a besarla.

6

Erin no sabía qué pensar. Nadie podía haberse mostrado más amable que Burke el día que pasaron juntos. Ella había visto las carreras, la fuerza y la belleza de los caballos mientras competían. Había visto a mujeres vestidas con ropas elegantes y a los jinetes con sus vistosas indumentarias. Había oído el estruendo producido por miles de personas concentradas en un mismo lugar. Había contemplado aves exóticas y flores, había bebido champán en un avión privado. Pero lo que recordaba con más claridad de aquel día era haber estado sentada en la hierba, entre los brazos de Burke.

No sabía qué pensar.

Desde entonces, los días habían pasado de forma rutinaria. Erin tuvo que recordarse a sí misma que estaba haciendo lo que se había propuesto hacer... Ganar un buen sueldo, iniciar una nueva vida, ver otras cosas. Pero las visitas de Burke a su despacho se habían vuelto cada vez más distanciadas y escasas. Erin había empezado a encontrarse mirando la puerta y deseando que se abriera.

Se dijo que lo que sentía por él era algo puramente superficial. Burke la hacía reír, le mostraba cosas interesantes y podía ser muy amable cuando se lo proponía. A una mujer podía gustarle un hombre como él sin arriesgarse a ver destrozado su corazón. ¿Verdad? Una mujer incluso podía besar a un hombre como él sin enamorarse perdidamente. ¿No era cierto?

Sin embargo, Erin sabía que había llegado a un punto en que no dejaba de pensar en él constantemente.

Ya había permanecido alejado de ella el tiempo suficiente. Eso se decía Burke mientras entraba por la puerta trasera, procedente de los establos. Se había alejado de ella desde el viaje a Florida, porque sus sentimientos eran confusos. Estaba acostumbrado a pensar con claridad y a albergar emociones identificables e inequívocas.

No podía dejar de pensar en el aspecto que había ofrecido Erin en el circuito, mientras veía correr a los caballos. Se había mostrado viva, emocionada, excitada. La clase de mujer a la que él podía manejar sin problemas. Pero tampoco podía dejar de pensar en el aspecto que tenía cuando se desmayó a sus pies. Pálida e indefensa, aterrorizada. Había sentido la necesidad de protegerla y confortarla.

Burke nunca había deseado cargar con la responsabilidad de una mujer que necesitara protección y cariño. Pero deseaba a Erin. No era la clase de mujer a la que uno se llevaba a la cama una noche, para compartir un rato de placer mutuo y olvidarla luego.

Pero la deseaba. Y ya había permanecido lejos de ella el tiempo suficiente.

Cuando entró en el despacho, Erin estaba anotando algo en el libro de contabilidad con su letra clara y cuidadosa. Enseguida supo que era él, sin alzar

siquiera la vista, pero se obligó a terminar antes de mirarlo.

-Hola. No te he visto mucho últimamente.

-He estado ocupado.

-Eso es evidente, por la cantidad de documentos que se han acumulado en mi mesa. Acabo de pagar la factura del veterinario. El doctor Harrigan, de mi pueblo, podría vivir un año entero con lo que tú le pagas al veterinario mensualmente. ¿Están bien los potrillos nuevos?

-Saldrán adelante.

-Veo que has contratado a otro mozo de cuadra.

-Mi entrenador se ocupa de los contratos.

Erin enarcó una ceja. ¿De modo que quería desempeñar el papel de señor de la hacienda, eh?

-He visto que Ante Up hizo una buena carrera en Santa Anita.

-¿Ahora lees la sección de deportes del periódico?

-Pensé que, viviendo con los Grant y trabajando para ti, debía mantenerme al día

-Erin volvió a agarrar el lápiz-. Bueno, y después de esta charla tan agradable, tengo que seguir trabajando. A no ser que quieras algo.

-Ven conmigo.

-¿Qué?

-He dicho que vengas conmigo -antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo para pensárselo, Burke la agarró del brazo y la puso de pie-. ¿Dónde tienes el abrigo?

-¿Por qué? ¿Adónde vamos?

En lugar de responder, él paseó la mirada por el despacho y vio el abrigo doblado en una silla.

-Póntelo -le dijo. A continuación, mientras se lo arrojaba, echó a andar.

-Muy bonito -empezó a decir Erin sin resuello mientras él la arrastraba por el vestíbulo-. Interrumpir mi trabajo y sacarme del despacho sin dar ninguna explicación. Que seas mi jefe, Burke Logan, no quiere decir que tenga que cumplir todos tus caprichos. Un trabajador tiene sus derechos en este país. Eso me recuerda que quería preguntarte acerca de las vacaciones pagadas...

-Aprendes deprisa -musitó él mientras abría la puerta.

-Si no me sueltas el brazo, no podré ponerme el abrigo -cuando Burke la soltó, Erin coló el brazo por la manga, pero se dejó el abrigo desabrochado-. Pues sí, un día precioso. El suelo está un poco embarrado con la nieve derretida, pero eso es señal del avance de la primavera. En fin, si eso era lo que querías enseñarme, volveré ya al despacho.

Consiguió sisear una protesta cuando Burke la agarró del brazo y echó a andar de nuevo.

-¿Qué mosca te ha picado, Burke? Si hay algo que quieres que vea o haga, me parece muy bien. Pero no tienes por qué empujarme de esta manera.

-¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mí?

-Tres semanas -dándose por vencida, Erin intentó seguir sus zancadas.

-Y en estas tres semanas apenas has salido del despacho.

-Es que trabajo allí -le recordó ella.

-¿No se te ha ocurrido que, para entender mejor ese trabajo, has de ver de dónde sale y a dónde va el dinero?

-Creí que para eso fuimos a las carreras.

-En la granja hay mucho más, aparte de las carreras.

-¿y qué necesidad tengo de «entender» nada, mientras las cifras cuadren?

El propio Burke no estaba seguro de la respuesta, pero deseaba que Erin viera sus propiedades, que las comprendiera y se sintiera más cercana a ellas.

Retirándose el cabello de los ojos, ella alzó la cabeza para mirarlo. Su perfil parecía tenso, y creyó detectar una sombra en sus ojos.

-¿Estás preocupado por algo?

-No -respondió él secamente, casi a la defensiva, y luego se obligó a relajarse-. No, nada -salvo la necesidad que sentía por dentro, y que se intensificaba con su aroma. ¿Qué diablos le ocurría, que solo podía pensar en una mujer, en una voz, en el sabor de unos labios?

Erin siguió caminando junto a él en silencio, pero se fijó en las onduladas colinas, y en cómo las bañaba la luz del sol. Y vio las cuadras, con sus relucientes fachadas de madera blanca. Divisó los corrales y el largo circuito oval por donde cabalgaba un caballo.

-Vaya, es precioso -murmuró-. Como algo sacado de un libro. Debes de sentirte orgulloso de que todo esto sea tuyo.

Burke no estaba seguro, pero se detuvo y contempló la granja junto a ella. La había ganado justamente, pero eran muchas las cosas que había ganado y perdido a lo largo de su vida. Nunca había tenido la intención de quedarse, sino solamente de sacarle partido a la ganancia. Se había metido en aquel negocio sin saber mucho de caballos, y absolutamente nada de su crianza o de las carreras, y se había propuesto aprender para obtener el mayor beneficio posible.

Sin soltar la mano de Erin, empezó a caminar de nuevo.

-Tenemos treinta caballos, entre ellos dos sementales cuya única misión es satisfacer a las damas.

-Y a sí mismos -añadió Erin.

-Dos de las yeguas acaban de parir, y tenemos otras dos cumplidas. El resto está siendo entrenado con miras al año que viene. De momento, tengo cinco ejemplares de dos años y unos cuantos veteranos que aún aguantarán una temporada o dos, antes de retirarse o dedicarse solo a la reproducción. Mira, ¿ves el caballo que está entrenándose en el circuito? Es uno de los dos que compré en Irlanda.

Erin miró hacia el circuito. Apenas se detuvo en el jinete, encorvado sobre el animal y con los pies en las espuelas. Pero el caballo era magnífico, castaño, con una veta blanca en la cara semejante a un relámpago. Sus patas ya empezaban a estirarse rítmicamente, cobrando velocidad y batiendo sobre el empapado suelo.

-Es rápido.

-Y tiene mucho genio.

-Debe de ser el que te dio la coza -Erin lo miró de nuevo. Quizá fuera precioso, pero ella se mantendría a distancia-. Si tiene mal carácter, ¿por qué lo compraste?

-Me gustó su estilo -Burke hizo ademán de re- emprender la caminata, pero Erin se quedó parada.

-Preferiría no conocerlo de cerca.

-Quiero enseñarte otra cosa.

Erin se obligó a tranquilizarse mientras seguía a Burke.

-Si me hubieras dicho que íbamos a corretear por el campo, me habría puesto unas botas.

Él bajó la mirada, pero sin dejar de andar.

-De todos modos, te irán bien unos zapatos nuevos.

-Vaya, muchas gracias.

-Creí que, habiendo cobrado un par de veces, habrías ido ya de compras.

-Me lo estoy pensando -dejaron atrás las cuerdas y el fuerte olor del heno y de los caballos. Erin oyó a los hombres que hablaban en el interior. Por fin, vio el corral, donde una yegua amamantaba a un potrillo de color beige.

-Ese es uno de los nuevos residentes de Tres Ases. Erin se aproximó a la cerca con cautela.

-Qué dulces son de pequeños, ¿verdad? -se relajó lo suficiente como para agarrarse al travesaño superior e inclinarse para mirar un poco más de cerca. El aire era tibio, con un leve atisbo de primavera. No era el olor ni el verde de Irlanda, pero se sintió repentinamente satisfecha-. Nosotros nunca tuvimos tiempo de pensar en un animal como en algo más que un medio para lograr un fin -sonrió mientras el potrillo se amamantaba-. Joe era el que más amaba a los animales. Siempre solía mimarlos y acariciarlos. Le hubiera encantado ver esto.

-Echas de menos a tu familia.

-Me resulta extraño no verlos a diario. No me había dado cuenta de... -Erin dejó la frase en suspenso-. Todos están bien. Cullen ha vuelto a Dublín, a tocar en un club, y Brian se ha encaprichado de Mary Margaret Shannessy. Mi madre dice que está haciendo el tonto, pero eso era de esperar.

El potrillo, una vez satisfecho, empezó a corretear por el corral. Erin lo observó distraídamente, mientras pensaba en su hogar.

-La mujer de Frank está fuera de cuentas. Puede que ya me haya hecho tía. Tiene gracia. Todas las mañanas, al despertarme, pienso que ya es la hora de bajar al gallinero. Solo que aquí no hay gallinero.

El potrillo se acercó a la valla para olfatearla. Sin pensar, Erin alargó la mano y le acarició entre las orejas.

-¿Te gustaría que lo hubiera?

-Supongo que podré vivir felizmente sin tener que recolectar huevos otra vez

-Erin agachó la mirada y, al fijarse en el potrillo, empezó a retirar la mano automáticamente. Burke la cubrió con la suya y la mantuvo en la cabeza del potro.

-Una criaturilla inocente, ¿eh?

-Sí, pero su madre...

-Probablemente agradece que el pequeño se haya distraído un momento. A veces, si se tiene miedo de algo, es mejor hacerle frente poco a poco.

-Supongo que sí -el potrillo, suave como la seda, acercó el hocico para olerle el abrigo-. Eh, búscate otra cosa que puedas morder -dijo Erin entre risas. Al no encontrar nada de interés, el potro se alejó para corretear junto a su madre-. ¿Será un campeón?

-Tal vez.

Erin se alejó de la valla y, metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo, lo miró.

-¿Para qué me has traído aquí?

-No lo sé -Burke no se fijó en los hombres que entraban y salían de las cuadras. Solo podía pensar en ella, mientras alzaba la mano para acariciarle la mejilla-. ¿Acaso importa?

¿Hasta tal punto había llegado, que solo bastaba el roce de sus dedos para hacer que el corazón le latiera desbocadamente? Erin notó que las palmas de las manos se le humedecían dentro de los bolsillos.

-Creo que sí importa. Debo volver al despacho.

-Hoy te has enfrentado a uno de tus temores. ¿Por qué no te enfrentas a otro?

-No te tengo miedo -aquello era cierto, y Erin notó un intenso alivio al comprenderlo. Quizá su corazón martilleara como un tambor, pero no era por miedo.

-Puede que no -Burke le deslizó la mano hasta la nuca y la atrajo hacia sí. Él sí tenía miedo, miedo de lo que Erin le estaba haciendo sin que él lo hubiera planeado o calculado.

Ella ansiaba su contacto, pero se retiró.

-No creo que sea prudente que vuelvas a besarme de esa manera.

-De acuerdo. Probaremos otra.

Burke le mordisqueó los labios, atormentándola, provocándola, tentándola. Ella notó el roce de sus dientes, y luego el rastro húmedo que dejaba su lengua. Él le puso la mano en la mejilla mientras Erin se abría a un ataque emocional como jamás había experimentado en toda su existencia.

Así que Burke podía ser dulce, paciente y tentador. Ella no lo había sabido hasta aquel momento. Le hundió los dedos en el pelo mientras sus labios se entreabrían, invitadores. No, no tenía miedo de él. Si Burke iba a proporcionarle más de lo que ella había esperado, lo aceptaría con ansiedad. Suspirando, ladeó la cabeza para permitir su invasión.

Pero Burke se contuvo. Cuanto más generosa se mostraba ella, más receloso se sentía él a la hora de aceptarlo. En su interior ardía un deseo que lo impulsaba a llevar a Erin a algún sitio íntimo donde ambos pudieran saciarse. Deseaba acariciarla. Apretó los labios contra los suyos e imaginó cómo sería poder explorarla con las manos, sin barreras. Mientras los dientes de Erin le mordisqueaban suavemente, Burke imaginó

cómo sería sentir su cálido cuerpo bajo el suyo.

Captó su sabor, su ardor y su deseo. Pero ansiaba algo más que su boca. Conforme oía sus susurrantes gemidos, comprendió que necesitaba mucho más.

Burke le posó la mano en el cabello y la apretó contra sí.

-Quiero que te quedes conmigo esta noche.

-¿Que me quede? -Erin emergió del brumoso ensueño y se sorprendió al percibir el calor y la pasión que habían ensombrecido sus ojos.

-Sí, que te quedes conmigo -repitió él-. Esta noche. Maldita sea, no solo esta noche. Ve a recoger tus cosas y tráelas aquí.

Una oleada de emoción recorrió a Erin. Había algo en aquella orden, en la expresión de sus ojos, que la conmovió a la par que la encolerizaba.

-¿Quieres que me venga a vivir contigo? -le colocó las manos en el pecho y se esforzó por mantener un tono sereno-. ¿Que viva en tu casa, coma a tu mesa y duerma en tu cama?

-Te quiero a mi lado. Sabes perfectamente que lo he querido desde la primera vez que te toqué.

-Sí, quizá lo he sabido siempre. Pero solo accedí a trabajar para ti -Erin volvió a ladear la cabeza, pero esta vez no en señal de entrega.. Sí, estaba dispuesta a aceptar los sentimientos que se agitaban en su interior, pero no a costa de comprometer sus principios-. ¿Crees que estaría dispuesta a ser tu querida? ¿A permitir que me mantengas en tu bonita casa?

-No he dicho nada de «mantenerte».

-No, eres un hombre acostumbrado a tomar aquello que desea, pasarlo bien y luego olvidarte de todo. Pues voy a decírtelo bien claro. Por mucho que me atraigas, por mucho que te desee, no pienso ser la querida de nadie.

Era una estupidez sentirse dolida, una necedad sentirse insultada, pero Erin no podía remediarlo. Se zafó de Burke bruscamente y permaneció en su sitio, con los pies clavados en el suelo.

-Si te beso, es porque me satisface hacerlo, nada más. No pienso vivir en tu casa, para vergüenza de mi familia, hasta que te canses de mí -se retiró el cabello y cruzó los brazos-. Ahora volveré a mi trabajo. y será mejor que no vuelvas a molestarme, a menos que quieras explicarles a tus hombres por qué no están aún las nóminas de la semana.

Dicho esto, se giró sobre sus talones y se alejó dando grandes zancadas. Un hombre prudente habría recogido sus cartas y se habría retirado de la mesa. Pero Burke decidió jugar la siguiente mano, para ver qué le deparaba la suerte.

A pesar de su humor poco festivo, Erin se vio inmersa en los planes de su prima para la inminente fiesta. ¿Y qué mejor fecha para celebrarla que en el día de San Patricio? Erin decidió que, de haber habido un perro cerca, le habría propinado un puntapié.

Nada de ser la amante de un tipo como Burke Logan, se dijo. Atacó la bandeja de

plata con el paño con ahínco suficiente como para traspasar el metal. Que trasladara sus cosas y lo hiciera cuanto antes. ¡Ja!

Como si ella hubiese esperado palabras bonitas de un cerdo semejante. Lo cierto era que Erin McKinnon no necesitaba palabras bonitas de nadie. Solo quería que la dejaran en paz con su nueva carrera.

En seis meses, dispondría de una vivienda propia y de otro empleo. Buscaría un trabajo donde no tuviera que soportar a un hombre capaz de hacerla reír y echar chispas dos segundos después. «Chispas» en más de un sentido, añadió mentalmente mientras soltaba el paño. Al darle la vuelta a la bandeja, observó su reflejo. Burke estaba jugando con ella, se dijo. ¿Y acaso no lo había sabido desde el principio? Bueno, pues ella también podía jugar. Y aquella noche sería el momento idóneo para empezar. Por lo que Dee le había dicho, asistirían montones de hombres a la fiesta. Entre ellos, cierta serpiente rastrera.

-¿Has acabado ya de hacer muecas? -sentada en el otro extremo de la mesa, Dee dejó a un lado otra bandeja.

-Casi.

-Bien, porque solo disponemos de un par de horas más -levantándose, Dee colocó los platos y las bandejas junto a las copas. Hannah y el servicio de comidas que habían contratado se ocuparían sin problemas de lo demás-. ¿Hay algo de lo que quieras hablar conmigo?

-No.

-Entonces, ¿por qué llevas una semana entera refunfuñando y murmurando entre dientes?

Erin apretó la mandíbula y luego se apoyó la barbilla en la mano.

-Creo que los hombres americanos son todavía más rudos y arrogantes que los irlandeses.

-Siempre he pensado que andan a la par -Adelia se acercó y le puso la mano en el hombro-. ¿Te ha dado problemas Burke?

-Eso es decir poco.

Algo en el tono de Erin hizo sonreír a Dee.

-Tiene algo irresistible.

-Para mí, no.

-Bueno, en ese caso, no debemos seguir preocupándonos por él. Tenemos que prepararnos para la fiesta.

Erin asintió al tiempo que se levantaba. Había comprendido que se hallaba en un aprieto en cuanto vio la plata y las copas. La situación solo había empeorado desde que vio llegar al equipo del servicio de comidas. Luego había visto llegar las cajas de champán. Cajas, por Dios bendito. También estaba el caviar negro que había conseguido probar cuando nadie miraba. Y las flores, baldes y baldes de flores que estaban siendo colocadas mientras Dee y ella pasaban por el vestíbulo.

-Un manicomio, ¿eh? -empezó a decir Dee mientras subían las escaleras-. Más tarde, cuando te hayas cansado de oír hablar de caballos, circuitos de carreras y

precios de sementales, hazme una señal.

-Me gusta escuchar. Es un poco como aprender otro idioma.

-De eso se trata exactamente -Dee entró en su habitación y recogió una enorme caja de encima de la cama-. Feliz día de San Patricio.

Erin se colocó las manos en la espalda automáticamente.

-¿Qué es?

-Un regalo, por supuesto. ¿No piensas aceptarlo?

-No hace falta que me regales nada.

-No, pero no lo hago porque lo considere necesario -el orgullo era una cualidad que Adelia comprendía muy bien. También el suyo había resultado herido en infinidad de ocasiones-. Me gustaría que lo aceptaras, Erin. Es un regalo de la familia con el que queremos darte la bienvenida a tu nuevo hogar. Cuando yo llegué aquí, solo tenía a tío Paddy. Creo que ahora comprendo lo feliz que se sentía al compartirlo todo conmigo. Por favor.

-No es mi intención parecer desagradecida.

-Bien, pues entonces finge que te gusta aunque no sea así -Dee se sentó en la cama e hizo un gesto con ambas manos-. Vamos, ábrelo. La paciencia nunca ha sido mi fuerte.

Erin dudó un momento, y seguidamente colocó la caja encima de la cama para retirar la tapa. Debajo de una tira de papel de seda encontró un vestido de seda verde oscuro.

-Oh. Qué color tan bonito.

-El que se espera en el día de hoy. Bueno, sácalo -pidió Adelia-. Estoy deseando ver si te está bien.

Erin tocó cautelosamente la seda con la yema de los dedos, y luego sacó el vestido. Dee se levantó para sostenerlo delante de su prima.

-¡Lo sabía! -exclamó alzando la vista-. Estaba segura de que no me equivocaría. Oh, Erin, vas a estar deslumbrante.

-Es el vestido más bonito que he visto nunca -casi reverencialmente pasó los dedos por la tela de la falda-. Tiene un tacto suave como el pecado.

-Sí -con una risotada, Dee retrocedió para verlo mejor-. No habrá un solo hombre al que no se le salgan los ojos de las cuencas al verte.

-Eres más amable conmigo de lo que me merezco.

-Probablemente -Dee recogió la caja y se la pasó a Erin-. Ve y pónelo. Piropéate a ti misma un rato.

Erin le dio un beso en la mejilla. Luego, dando rienda suelta a sus sentimientos, abrazó a su prima con fuerza.

-Gracias. Estaré lista dentro de diez minutos.

-No te des mucha prisa.

Erin se detuvo en la puerta.

-No. Cuanto antes me lo ponga, más tiempo lo llevaré puesto.

La fiesta ya había empezado cuando Burke detuvo el coche frente a la casa. Había estado a punto de pasar de largo. Inquieto y nervioso, se había planteado seguir conduciendo hasta Atlantic City, para hacer unas cuantas apuestas y jugar a la ruleta. Aquel era su ambiente, se dijo. Casinos de luces brillantes y habitaciones traseras sumidas en la penumbra. Una fiesta de ganaderos, con su rancio dinero y sus círculos cerrados, no casaba con su estilo.

Se dijo que estaba allí solo por los Grant. El hecho de que Erin estuviera presente no había influido, pensó. Desde su último encuentro, casi se había convencido a sí mismo de que no existía nada entre ambos. Oh, sí, cierta chispa, cierta fricción, pero eso era todo. Aquella sensación, abrumadora e indeseable, de que existía algo más profundo, más sincero, había sido solo producto de su imaginación.

Y no había acudido a la fiesta para demostrarlo, se dijo.

Fue Travis quien lo recibió en la puerta. Burke pudo oír la algarabía de voces procedentes del comedor y la sala de estar, así como la suave música irlandesa de fondo.

-Dee estaba preocupada por ti -Travis cerró la puerta y dejó fuera el cortante aire de mediados de marzo.

-Tenía unas cuantas cosas que hacer.

-¿Algún problema?

-No, ninguno -le aseguró Burke. Pero, si aquello era cierto, se preguntó por qué entonces tenía los hombros tensos, por qué se sentía preparado para saltar en cualquier dirección.

-Seguro que conoces a casi todo el mundo -dijo Travis mientras lo acompañaba hasta la sala de estar.

-Una verdadera multitud -murmuró Burke, buscando ya entre la gente antes incluso de traspasar la puerta.

-Como podrás comprobar, Dee se ha superado a sí misma en más de un aspecto -con un leve gesto, Travis hizo que Burke mirara hacia el extremo de la habitación, donde se encontraba Erin.

Nunca había imaginado que pudiera ofrecer aquel aspecto, fríamente atractivo, distinguido. Estaba bebiendo champán y riéndose sobre el borde de la copa con Lloyd Pentel, heredero de una de las granjas más antiguas y prestigiosas de Virginia. A su lado había otros dos hombres a los que Burke reconoció. Magnates del mundo de las carreras, educados en universidades y con mucho mundo a sus espaldas.

Burke notó que la sangre le hervía cuando uno de ellos se inclinó sobre Erin para murmurarle algo en el oído.

Con un gesto entre divertido y conmisericordioso, Travis le puso una mano en el hombro.

-¿Cerveza?

-Whisky.

Apuró el primero con facilidad, agradeciendo su estímulo. Pero no contribuyó a relajar sus músculos. Aceptó una segunda copa y se la tomó más lentamente.

Erin era perfectamente consciente de que Burke estaba allí. Estaba segura de que, cuando percibió su presencia, no llevaba en la sala más de diez segundos. Sonrió y coqueteó con Lloyd y los demás, y se dijo que se lo estaba pasando estupendamente. Pero no dejó de observar a Burke y a las mujeres que mariposeaban a su alrededor.

Adelia había tenido razón. Las conversaciones giraban principalmente en torno a los caballos. Se habló de compras cuya magnitud hizo zozobrar la mente de Erin, y de la política de las carreras. Erin se mantuvo atenta, decidida a aguantar el tipo, pero su mirada no dejó de vagar libremente mientras paladeaba el champán.

Ni siquiera había tenido el detalle de saludarla, pensó. Pero, claro, parecía más interesado en cierta rubia de piernas largas que en los modales. Erin aceptó bailar con Lloyd y, si este se acercó demasiado, ella lo pasó por alto. Observó a Burke.

No parecía molestarle el hecho de que el cachorro de los Pentella estuviera manoseando, se dijo Burke mientras removía el whisky. ¿Y de dónde diablos había sacado aquel vestido? Soltó la copa y encendió un cigarrillo. No merecía la pena pelearse por ella, pensó. Si se ponía un vestido poco discreto y tonteaba con Pentel, era asunto suyo.

Y un cuerno. Burke apagó el cigarro y, dejando boquiabierta a la rubia que se había pegado a él, caminó hacia Erin.

-Pentel.

Molesto, pero tan bien educado como el mejor potro de su padre, Lloyd asintió.

-Logan.

-Tengo que hablar con Erin un momento. De negocios.

Antes de que ninguno pudiera poner objeciones, Burke se había interpuesto entre ambos y tenía a Erin entre sus brazos.

-Eres un maleducado y un sinvergüenza, Burke Logan -Erin estaba encantada.

-Yo no hablaría de poca vergüenza con ese vestido puesto.

-¿Te gusta?

-Me gustaría saber qué diría tu padre al respecto.

-Tú no eres mi padre -Erin sonrió, pero había más desafío que humor en la curva de sus labios-. ¿Acaso a un hombre como tú no le preocupa la suerte, Burke? ¿No llevas nada verde en el día de San Patricio?

-¿Quién ha dicho que no? -los ojos de él devolvieron el desafío.

-El dinero no cuenta.

-Me refiero a algo mucho más personal que el dinero. Si me acompañas a un sitio más íntimo, te enseñaré gustoso qué prenda verde llevo puesta.

-No me cabe duda -murmuró ella, tratando de no reírse-. Bueno, ¿de qué negocios teníamos que hablar? -Burke no se acercaba demasiado; al menos, no tanto como Lloyd, pero Erin podía sentir su atracción.

-Has llegado muy alto desde que bailamos a la luz de la luna, irlandesa.

-Sí -Erin lo observó, notando cómo parte del placer que la embargaba desaparecía-. ¿Qué quieres decir con eso?

-Eres una mujer ambiciosa. Una mujer que busca grandes cosas -Dios santo, se

estaba volviendo loco sintiéndose tan cerca de ella, oliendo su aroma, como en aquel oscuro cobertizo, con la lluvia repiqueteando en el tejado.

-¿Y qué?

-Lloyd Pentel no es un mal candidato. Es joven, rico y no tan inteligente como su padre. De esos hombres a los que una mujer puede manipular a su antojo.

-Eres muy amable al avisarme -respondió Erin en tono bajo y muy frío. Ignoraba qué la hacía seguir adelante, pero estaba segura de que no lo lamentaría-. Pero, ¿por qué voy a conformarme con el potro, cuando puedo tener al padre? Es viudo.

Burke sonrió, sus labios formando una fina línea.

-Trabajas muy deprisa.

-Tú también. La rubia aún está haciendo pucheros por ti. Debe de ser muy gratificante entrar en una habitación y que seis mujeres tropiecen unas con otras para llegar hasta ti.

-Tiene sus compensaciones.

-Bueno, ¿y por qué no vuelves con ellas? -Erin hizo ademán de retirarse, pero él le oprimió la espalda con la mano, de forma que sus cuerpos se tocaron. El fuego que ya existía entre ambos se incrementó con el roce-. Maldito seas -dijo ella con el corazón mientras Burke le apretaba las manos con más fuerza.

-Ya me he cansado de jugar -Burke la arrastró hasta el vestíbulo antes de que ella encontrara aliento para hablar.

-¿Qué estás haciendo?

-Nos vamos. ¿Dónde está tu abrigo?

-No pienso ir a ninguna parte, y...

Él se limitó a quitarse la chaqueta y se la echó sobre los hombros antes de arrastrarla al exterior.

-Súbete en el coche.

-Vete al infierno.

Burke la agarró rápidamente, con fuerza.

-Seguro que acabaré en él después de esta noche -cuando reclamó su boca, la primera reacción de ella fue forcejear para soltarse. Pero dicha reacción no tardó en verse eclipsada por el deseo, y Erin se apretó contra él.

-Sube en el coche, Erin.

Ella permaneció en la base de las escaleras un momento, sabiendo que, por muy fuerte y decidido que fuera Burke, la decisión última le correspondía a ella. Abrió la portezuela del coche y se subió, sin mirar atrás.

7

¿Acaso había perdido el juicio? Erin permanecía sentada en el coche de Burke, observando cómo la luz de los faros hendía la oscuridad de la noche, y no oía nada salvo el martilleo de su corazón en los oídos. Debía de estar loca al mandar al diablo toda precaución, todo sentido común. ¿Por qué nunca le había dicho nadie que la locura sabía a libertad?

Nunca había sido tan autodestructiva. ¿O sí?, se preguntó, mareada por la

velocidad, la noche y el hombre que tenía al lado. Quizá se trataba de otro rasgo de su carácter que no había identificado hasta entonces. La necesidad de asumir los riesgos sin pensar en las consecuencias. De lo contrario, ¿por qué no le pedía que parase y diese media vuelta?

Erin apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. No estaba segura de que Burke la escuchara, aunque no era eso lo que le impedía hablar. No, el motivo era que no solo había perdido el juicio. También había perdido el corazón.

Quizá ambas cosas fuesen la misma, se dijo Erin.

Era una locura amar a Burke. Pero lo amaba, como jamás imaginó que podría amar a alguien. Dicho amor iba acompañado de una suerte de ferocidad, de una desesperación que, en lugar de llenarle el corazón, se lo oprimía. Era como si se le hubiera formado un nudo fuerte y ardiente en el pecho.

¿Esa sensación producía el amor? ¿No debía ser una mezcla de dulzura, calidez y sosiego... en lugar de una salvaje combinación de fuerza y de terror? Por mucho que lo intentara, no conseguía detectar un atisbo de ternura en sus sentimientos. Quizá fuesen un reflejo de los del propio Burke. Lo miró de soslayo, sin apreciar ningún signo de amabilidad en él. Tenía las manos aferradas al volante y miraba fijamente hacia la carretera.

Erin apretó los labios y se dijo que no debía ser una tonta romántica. El amor no tenía que ser tierno para ser auténtico. ¿Acaso no había sabido desde el principio que, en lo referente a Burke, sus emociones nunca serían simples ni corrientes? Tampoco deseaba que lo fueran. Aun así, le habría gustado poner la mano sobre la suya, oír alguna palabra que le diera pie a confesar la profundidad de sus sentimientos y cuánto estaba dispuesta a darle. Pero no solo contaba su corazón. También contaban su orgullo y su carácter. Debía ser realista y comprender que porque lo amase, él no tenía por qué amarla igualmente.

De modo que Erin siguió callada mientras traspasaban la entrada de la granja.

¿Por qué sentía como si su vida acabara de cambiar irremisiblemente? Burke vio las luces de la casa, a lo lejos, y se tensó como si se dispusiera a recibir un golpe. La deseaba. y si la necesidad que sentía era mayor de lo que estaba dispuesto a admitir, quedaría saciada, al menos por aquella noche.

Erin no había dicho una sola palabra. Los nervios de Burke estaban próximos al punto de ruptura mientras tomaba la primera curva del camino de entrada. ¿Tan poco significaba para ella? ¿Aceptaba lo que ocurría entre ellos con tanta displicencia, que ni siquiera se dignaba hablar?

La deseaba como jamás había deseado nada en toda su vida. Pero, ¿qué sentía ella? Maldición, ¿qué pensaría? ¿Acaso no se daba cuenta de que cada día, cada hora que pasaba con ella lo empujaba más y más hacia el límite? ¿El límite de qué?, se preguntó Burke. ¿Qué línea era aquella sobre la cual se tambaleaba, y que nunca había cruzado con anterioridad? ¿Cómo sería su vida, y la de ella, una vez que la hubiera cruzado?

Al diablo. Burke se detuvo junto a las escaleras de la casa y, sin mirar siquiera a

Erin, abrió bruscamente la portezuela y se apeó del coche.

Con piernas temblorosas, ella se bajó y empezó a subir los escalones. La puerta le pareció más inmensa, como un portal hacia otro mundo. Con un largo suspiro, la cruzó.

¿Siempre era todo tan silencioso y tenso cuando los amantes se unían?, se preguntó conforme subía las escaleras. Tenía las manos frías... frías y secas. Deseó que Burke las calentara con las suyas. Aquello era una tontería, se dijo. No era una niña a la que hubiera que mimar o proteger, sino una mujer.

Burke caminó hacia el dormitorio por delante de Erin, esperando que ella sonriera, que le ofreciera la mano, que le indicara de alguna forma que se sentía feliz de estar con él. Pero cuando la puerta se cerró, ella permaneció inmóvil, con el mentón erguido y una expresión desafiante en los ojos.

Al diablo, volvió a decirse Burke. Erin no necesitaba zalamerías, ni él tampoco. Ambos eran adultos, deseosos y dispuestos. Debía alegrarse de que ella no se hiciera de rogar ni le pidiera unas promesas que él pocas veces cumplía.

De modo que la atrajo hacia sí. Sus ojos se encontraron una vez. Luego Burke reclamó su boca y el momento de las palabras amables y las caricias tiernas quedó atrás.

Con aquello le bastaba, se dijo Erin mientras notaba cómo el calor subía hasta unos extremos gloriosos. Tenía que bastarle, porque nunca obtendría más de él. Aceptándolo, se apretó contra Burke, ofreciéndole su cuerpo, su alma y un corazón que él ignoraba que ya era suyo. No hubo ni un instante de duda mientras los labios de Erin se entreabrían, mientras las lenguas de ambos se unían en un tórrido y ansioso beso. Cuando las manos de Burke le recorrieron la espalda y se cerraron en torno a sus caderas, ella se pegó más a él. Estaba preparada para que le enseñara el arte de la intimidad. Estaba dispuesta a arriesgarse a la autodestrucción, con tal de que él formara parte del riesgo.

Los dedos le temblaron ligeramente conforme los hundía en sus brazos. Percibió en ellos una gran fuerza, una fuerza brutal que hizo que el corazón se le acelerara y el cuerpo le ardiera de deseo.

Dios santo, ninguna mujer lo había llevado al borde de la desesperación con tanta rapidez. Solo le había bastado una caricia, un beso. Por un momento, cuando Erin lo besó ávidamente, Burke sintió que se filtraba en su organismo como una droga, desbocándole el corazón y haciendo que la cabeza le diera vueltas.

Le tiró del vestido y ella se apretó contra su cuerpo, murmurando. Cuando su piel quedó desnuda y lista para su invasión, él le provocó con sus duras manos tanto deseo como pánico. Nunca la habían tocado así, nunca nadie le había producido aquel tenso nudo de necesidad que la atenazaba por dentro.

Erin se echó en la cama para que Burke la cubriera con su cuerpo. Él buscó las manos de ella, haciendo que arqueara la espalda para recibirlo, pese al miedo a lo desconocido. Contuvo el aliento ante la sensación de quedar aplastada bajo su cuerpo, vulnerable, aturdida por el deseo. Su propio cuerpo le parecía el de una extraña,

repleto de intensas emociones y placeres aterradores. Por un instante, por un único instante, deseó oír una palabra suave, sentir una caricia tierna. Pero le resultaba imposible pedir, y a él escuchar.

Con ansiedad e impaciencia, Burke reclamó sus labios mientras se despojaba de la camisa. Deseaba sentir el roce de la piel de Erin sobre la suya. ¿Cuántas veces se había imaginado uniéndose a ella de esa manera, con urgencia, sin hacer preguntas?

Erin murmuró su nombre entre suspiros desesperados que le hicieron perder el control. Se quitó el resto de la ropa frenéticamente, incapaz de respirar o de pensar.

El cuerpo de ella parecía un horno debajo del suyo, y cada movimiento fue alimentando aún más las llamas. Erin le clavó los dedos en los hombros; las bocas de ambos se fundieron. Y, perdida toda capacidad de raciocinio, Burke la penetró.

Erin estaba hecha un ovillo, temblando. Burke yacía tumbado en la oscuridad, intentando aclarar su cabeza.

Virgen. Dios santo, la había poseído con toda la pasión de que era capaz, sin cuidado alguno. Y había sido el primero.

Debió haberlo sospechado. Burke se pasó las manos por la cara con fuerza. No había sabido darse cuenta porque era un imbécil. La inocencia de Erin se reflejaba en sus ojos, evidente para cualquiera con un mínimo de cerebro. Él no lo había percibido, seguramente porque no había querido percibirlo. Y la había lastimado. Por muy duro, por muy frío que soliera ser con las mujeres, nunca había lastimado a ninguna. Porque las mujeres que había elegido hasta entonces conocían las reglas, recordó Burke. Erin, por el contrario, no. Nadie se las había enseñado.

Buscando un modo de disculparse, le acarició el cabello. Ella se encogió aún más.

No lloraría. Erin cerró los ojos fuertemente y se hizo ese juramento. Ya se sentía lo bastante humillada sin haber derramado lágrimas. El debía de pensar que era una tonta, al verla así.

Lo malo era que se le daban mal las palabras. Burke alargó la mano hasta el pie de la cama y tapó a Erin con la colcha.

-Erin, lo siento -dijo sin dejar de acariciarle el cabello. Dios, sí que se le daban mal las palabras.

-No te disculpes. No puedo soportarlo -ella enterró el rostro en la almohada y rogó que no volviera a decir que lo sentía.

-Está bien. Solo quiero decir que no he debido... -¿qué? ¿Desearla? ¿Poseerla?-. No he debido ser tan poco cuidadoso contigo -precioso, se dijo Burke, detestándose a sí mismo-. Ignoraba que nunca habías... Que esta era tu primera vez. De haberlo sabido, habría...

-¿Habrías salido huyendo? -sugirió Erin incorporándose.

Antes de que pudiera salir de la cama, él le agarró el brazo. Su retirada le sentó como si le clavarán un cuchillo en el vientre.

-Tienes todo el derecho a estar enojada conmigo.

-¿Contigo? -ella giró la cabeza y se obligó a mirarlo. Era poco más que una silueta en la oscuridad. Habían hecho el amor a oscuras, se dijo, incapaces de verse

mutuamente, de compartir el momento. Aunque quizá fuera mejor estar así, inmersa en la oscuridad, de manera que Burke no pudiese ver su desolación-. «Por qué iba a estar enojada contigo? Estoy enojada conmigo misma.

-Si me hubieras dicho...

-«Si te hubiera dicho? -Erin volvió a sorber por la nariz, aunque esta vez fue un gesto de desprecio-. Naturalmente, debí habértelo dicho mientras estábamos revolcándonos en la cama, como Dios nos trajo al mundo. Podía haber dicho: «A propósito, Burke, quizá te interese saber que es la primera vez que lo hago». Así se hubiera acabado todo.

Burke se sorprendió a sí mismo sonriendo, incluso cuando alargó la mano para acariciarle el cabello y ella se retiró con brusquedad.

-Quizá pudo haber sido en un momento más idóneo.

-Ya está hecho, así que no tiene sentido darle vueltas. Quiero volver a casa, antes de que haga aún más el ridículo.

-No.

-¿No qué?

-No te vayas -se trataba de una petición seria. Burke no había sabido que poseía el valor necesario para hacerla-. Lo ocurrido no fue nada malo, solo que no lo hicimos correctamente -le tomó la barbilla con la mano cuando ella hizo ademán de alejarse-. Mira, no se me da bien pedir, pero me gustaría que me dieras la oportunidad de compensarte.

-No hace falta -Erin no sabía con seguridad si era la ternura de su voz lo que empezaba a calmarla-. Ya te he dicho que no estoy enfadada contigo. Sí, ha sido mi primera vez, pero no soy ninguna niña. Vine aquí por mi propia voluntad.

-Y ahora te pido que te quedes -Burke le tomó la mano y, poniéndola boca arriba, le posó un beso en la palma. Cuando alzó la vista de nuevo, ella lo miraba fijamente, con los labios entreabiertos de sorpresa. Volvió a maldecirse-. Te prepararé el baño.

-¿Qué?

-El baño -repitió él marcando las palabras-. Así te sentirás mejor.

Cuando desapareció en la habitación contigua, Erin simplemente se quedó mirando. ¿Qué mosca le había picado?, se preguntó.

Se rodeó con la manta y se levantó al regresar Burke. Llevaba puesta una bata, y la luz del cuarto de baño iluminaba el suelo en diagonal. Erin podía oír el ruido del agua corriendo y percibió, aunque seguramente sería una impresión errónea, cierta vacilación en él.

-Adelante, procura relajarte. Seguro que no te apetece tomar algo. ¿Un té? .

Ella negó con la cabeza, sin articular palabra.

-Entonces, tómate tu tiempo. Volveré dentro de unos cuantos minutos.

Confundida, Erin entró en el cuarto de baño y se introdujo en la bañera. El agua caliente hizo que la tensión y el dolor que sentía empezaran a disminuir de inmediato. Se hundió del todo y cerró los ojos.

Deseaba tener a otra mujer con quien hablar, para preguntarle si hacer el amor

no implicaba nada más. Deseaba poder hablar con alguien de sus sentimientos. Amaba a Burke, pero no se sentía completa después de haber estado con él. Había sido excitante, sí. El modo en que la había tocado, la sensación de sentir su cuerpo contra el suyo, la habían hecho estremecerse y agonizar de deseo. Pero no había visto ningún resplandor glorioso ni colores bellos, ni había experimentado emoción alguna de gozo o felicidad verdadera.

Probablemente era una estúpida por haberlo esperado. Al fin y al cabo, eran los soñadores y los poetas quienes prometían más. Palabras bonitas, imágenes bellas. y ella era una mujer pragmática, a fin de cuentas.

Pero Burke tenía razón. El baño la ayudó a sentirse mejor. No tenía por qué sentirse humillada ni arrepentirse de lo sucedido. Ya no era virgen, pero había buscado aquel cambio por propia voluntad, dispuesta a experimentarlo. Sus padres siempre le habían dicho que debía seguir los designios de su corazón, y no culpar a nadie luego.

Más relajada, Erin salió de la bañera. Se enfrentaría a Burke de inmediato, sin lágrimas, sonrojos ni recriminaciones.

Al no ver ninguna otra prenda con la que cubrirse, se envolvió en la toalla y salió al dormitorio.

Había encendido velas. Docenas de velas. Erin se detuvo en la puerta, contemplando la suave luz. También había música, una melodía serena y romántica que parecía realzar el aroma de la cera y las flores. Las sábanas de la cama habían sido sustituidas por otras limpias. Erin se quedó mirándolas, mientras toda la confianza que había reunido empezaba a desmoronarse de nuevo.

Él vio cómo observaba la cama, con un rápido e inconfundible destello de miedo en la mirada. A Burke dicho miedo le produjo una punzada de culpa y un deseo decidido de enmendar las cosas. Había otras formas mejores. Y, aquella noche, se lo demostraría a ella y a sí mismo. Levantándose, se acercó a Erin y le ofreció una rosa que acababa de recoger del solarío.

-¿Te sientes mejor?

-Sí -Erin tomó la rosa, pero sus dedos casi partieron el tallo.

-Dijiste que no querías té, así que he traído vino.

-Muy amable, pero... -las palabras se le atascaron en la garganta cuando Burke la tomó en brazos-. Burke.

-Relájate -Burke le dio un beso en la sien-. No te haré ningún daño -la llevó hasta la cama y la colocó contra los almohadones. Luego recogió dos copas llenas de vino y le ofreció una-. Feliz día de San Patricio -con una media sonrisa, hizo chocar su copa con la de ella. Erin consiguió asentir antes de tomar un sorbo.

-Es una habitación muy bonita... -empezó a decir tímidamente-. No me había dado... cuenta.

-Estaba a oscuras -Burke le deslizó un brazo sobre los hombros y se recostó en la cama, mientras ella se ponía tensa.

-Sí. Tenía, eh, curiosidad por saber cómo serían las demás habitaciones.

-Podías haber echado un vistazo.

-No quería fisgonear -Erin tomó otro sorbo de vino e inconscientemente se pasó la rosa por la mejilla. Los pétalos eran sumamente suaves y estaban a punto de abrirse-. Parece una casa muy grande para un hombre solo.

-Solo utilizo un cuarto en cada ocasión.

Ella se humedeció los labios. ¿Qué música era aquella?, se preguntó. Cullen seguramente lo sabría. Era preciosa y muy romántica.

-He oído que Double Bluff ganó la última carrera. Travis dijo que le ganó al caballo de Durnam por un cuerpo de ventaja. Todo el mundo habla del Derby de Kentucky y se comenta que tu caballo es el favorito -al darse cuenta de que había apoyado la cabeza en su hombro, Erin carraspeó. Se habría retirado, pero él le estaba acariciando el cabello-. Debes de estar muy satisfecho..

-No es difícil sentirse satisfecho cuando se gana.

-Y esta noche, en la fiesta, Lloyd me dijo que Bluff era el caballo a batir.

-No te dije lo hermosa que estabas esta noche.

-Dee me regaló el vestido.

-Se me paró el corazón al verte.

Ella consiguió emitir una risita.

-Adulador.

-Pero, claro, también se me paró al verte con un mono de trabajo.

Ella alzó la cabeza para mirarlo.

-Sí, ahora estoy convencida de que tienes sangre irlandesa.

-Descubrí que sentía debilidad por las mujeres que recogen la colada.

-Yo diría que es, más bien, debilidad por las mujeres en general.

-Lo era. Pero últimamente las prefiero con pecas.

Erin se frotó la nariz con tristeza.

-Si estás intentando flirtear conmigo, deberías esforzarte un poco más.

-Lo mismo digo -alzándole la mano donde tenía la rosa, Burke le besó los dedos-.

Podrías decir algo bonito de mí.

Erin se mordió el labio y esperó a que él alzara la mirada.

-Estoy pensando -dijo, y luego se echó a reír cuando Burke le mordisqueó suavemente los nudillos-. Bueno, supongo que me gusta bastante tu cara.

-Me abrumas.

-Oh, soy muy exigente, de modo que deberías sentirte halagado. Y, aunque no tienes la constitución física de Travis, prefiero a los hombres más delgados.

-¿Sabe Dee que te has estado fijando en su marido?

Erin se rió mientras bebía.

-Mirar no tiene nada de malo.

-Pues, en ese caso, mírame -cuando ella alzó el rostro, Burke la besó con labios suaves como un susurro.

-También me gusta eso que me haces -murmuró Erin.

-¿Qué te hago?

-Haces que arda por dentro.

Sin separar los labios de los de ella, Burke le quitó la copa de la mano y la soltó.

-¿Y eso es bueno?

-No lo sé. Pero me gustaría que lo hicieras otra vez.

Él le acarició la mejilla, con una ternura cuya existencia había desconocido hasta entonces, y siguió besándola hasta que sus labios se volvieron cálidos y suaves contra los suyos. Erin le colocó una mano en el hombro, dubitativamente. Ahora conocía su fuerza, sabía de lo que era capaz, y, sin embargo... su boca parecía tan paciente, tan dulce, tan exquisitamente tierna. Cuando aumentó la presión, los dedos de Erin se tensaron. Inmediatamente, él se retiró para mordisquearle otra vez los labios con suavidad, hasta que sintió que empezaba a relajarse de nuevo.

Deseaba proceder con sumo cuidado, y no solo por ella, sino también por sí mismo. Deseaba saborear, explorar, abrir las puertas que se interponían entre ambos. Jamás le había interesado el romanticismo, pero se encontraba tan relajado y cautivado como ella por la música y el resplandor de las velas.

Erin aún tenía la fragancia del baño en la piel. En ella, el olor de su jabón resultaba femenino. Tenía la piel suave, pero no frágil. Debajo había firmes músculos, curtidos por una vida dura. A Burke jamás le había resultado tan atractiva la fragilidad. Decidió tratarla como si jamás la hubieran tocado. Donde había inocencia, habría compasión. Donde había confianza, habría respeto.

Sin embargo, por alguna razón, Burke sintió como si aquella fuera también su propia iniciación.

Erin oyó el ruido de las sábanas conforme él cambiaba de postura. En su interior martilleaba la necesidad, el deseo, aun cuando sus temores seguían constriñéndola. Era algo natural, se dijo. Y, ahora que ya no esperaba nada en concreto, no se sentiría defraudada. A continuación, contuvo la respiración al sentir un nuevo hormigueo en la piel. Confusa, alzó una mano y se la puso en el pecho.

-No volveré a lastimarte -Burke se retiró levemente de ella para retirar el cabello de la cara. Su pulso no era firme. Dios santo, debía mantener la serenidad más que nunca, se dijo. No podía perder el control por segunda vez-. Te prometo que no te haré daño.

Nunca había sido un amante egoísta, pero tampoco desprendido. Ahora, sin embargo, se dio cuenta de que pasaba por alto sus propias necesidades para satisfacer las de ella. Cuando la tocaba, no lo hacía para mitigar su propio :deseo, sino para transmitirle toda la pasión que pudiera. Notó cómo el cambio empezaba a producirse en Erin. Sus miembros fueron relajándose poco a poco, al tiempo que murmuraba ensoñadoramente su nombre.

Ella se preparó para experimentar de nuevo la velocidad, la presión, el dolor. Pero, en vez de eso, Burke la trató con suma ternura, proporcionándole un placer puro e intenso. Recorrió su cuerpo con las manos, como había hecho antes, aunque esta vez era diferente. La acarició suave y rítmicamente, hasta que Erin se sintió como si flotara. La sensación de vulnerabilidad regresó, pero no así el pánico. Con suavidad y dulzura, Burke acercó la boca a su seno para mordisquearlo y chuparlo, de manera que

Erin sintió la reacción en lo más profundo de su cuerpo, una especie de tensión, de calor intenso que se propagó hasta la yema de sus dedos.

Con un suspiro, rodeó a Burke con los brazos, no solo aceptándolo, sino dándole la bienvenida.

Dios bendito, qué dulce sabía. A medida que recorría su piel con los labios, Burke descubrió que su sabor era único, distinto de cualquier otro, y comprendió que ya no podría vivir sin paladearlo. Su cuerpo se mostraba tan dispuesto, que sabía que podría poseerla de inmediato y satisfacerlos a ambos. Pero, esta vez, lo embargaba un ansia diferente. El ansia de dar.

Alargó la mano y entrelazó los dedos con los de Erin. Ese gesto, en apariencia insignificante, era el más íntimo que había hecho en toda su vida. A la luz de las velas, vio cómo el rostro de ella se iluminaba de placer. Un placer suave y sedoso que podía prolongarse durante horas.

De modo que volvió a concentrarse en su boca para darles a ambos más tiempo.

Erin paladeó el sabor del vino en su lengua. Luego sintió cómo los labios de Burke se movían sobre los suyos, pronunciando palabras que solo podían oírse con el corazón.

Allí estaba el resplandor glorioso que había imaginado, los colores brillantes y hermosos que prometían los poetas. La música suave, la luz tenue semejante a la del cielo. Allí estaba todo lo que una mujer que hubiera entregado su corazón podía pedir a cambio.

Sí, lo había amado antes. Pero ahora, al experimentar su compasión, aquella sensación de plenitud absoluta, no pudo sino amarlo más todavía.

Lenta y cuidadosamente, Burke siguió explorándola, encontrando en su reacción todo el placer que necesitaba. El cuerpo de Erin se estremeció y se tensó, apretándose contra él, sin dudas ni trabas. Cuando la empujó hacia el primer orgasmo, vio cómo sus ojos se abrían, llenos de sorpresa y de intenso placer.

Sin resuello, Erin se aferró a Burke. Le parecía como si su mente se esforzara en seguir el ritmo frenético de su cuerpo. Y, aun así, él siguió urgiéndola con caricias cuya existencia ella ni siquiera había imaginado. La siguiente oleada de éxtasis la golpeó con tal fuerza, que la obligó a encorvarse. Era imposible que hubiera aún más. Los colores eran tan brillantes que apenas podía soportarlos, y la necesidad y el placer se habían mezclado hasta extremos a la vez dulces y dolorosos.

Erin se abrazó a Burke, gimiendo su nombre. Era imposible que hubiera aún más.

Pero él la penetró y le demostró que sí lo había.

Erin estaba temblando de nuevo, pero esta vez no se retiró de Burke. Esta vez se giró hacia él, enterrando el rostro en su hombro, y lo abrazó con fuerza. Al hallarse también un poco aturdido, él la atrajo hacia sí sin decir nada.

No era ningún novato en aquel juego, se dijo. Entonces, ¿por qué sentía como si alguien acabara de cambiar las reglas? La luz de las velas parpadeaba, proyectando sombras titilantes en el dormitorio, y Burke meneó la cabeza. Parecía como si también él hubiera cambiado. Luz, música, palabras suaves. Aquel no era su estilo. Pero se

sentía condenadamente bien.

Estaba acostumbrado a vivir deprisa, a amar deprisa y luego marcharse. Ganar, perder o empatar. Ahora, sin embargo, tenía la sensación de poder irse feliz a la tumba sin moverse de donde estaba. Siempre y cuando Erin siguiera a su lado.

Aquel pensamiento le produjo una repentina conmoción, que lo recorrió por dentro en pequeñas oleadas. ¿A su lado? ¿Desde cuándo había empezado a pensar de esa manera? Desde que conoció a Erin, se dijo, y exhaló un suspiro largo y entrecortado. Dios bendito, se había enamorado de ella. Siempre había vivido sin sentir algo más que un interés pasajero por cualquier mujer.

No tenía tiempo para una relación así. Su vida era inestable, tal como lo deseaba. Su tiempo, sus decisiones, sus actos... solo le incumbían a él. Tenía planes, sitios a los que ir. No tenía... nada, pensó. Absolutamente nada sin Erin.

Cerrando los ojos, trató de rechazar la idea. Era una locura. Había perdido el juicio. ¿Cómo podía saber lo que era amar a alguien? Solo había amado a una persona en toda su vida, y de eso hacía mucho tiempo. Era un vagabundo, un timador. Si permanecía en un sitio concreto mucho tiempo era porque... porque no tenía en perspectiva un juego mejor, simplemente.

Debía hacerles a ambos un favor e irse unos días a Montecarlo. Saldría a primera hora de la mañana. Al diablo con la granja y las responsabilidades. Se limitaría a irse, como había hecho siempre. Nada se lo impedía.

Pero sintió la mano de Erin posada sobre su pecho.

No iría a ningún sitio. Aunque tal vez iba siendo hora de que elevara las apuestas y jugara su mano.

-¿Estás bien? -le preguntó.

Ella asintió, y luego alzó la cabeza para mirarlo.

-Me siento... Seguramente pensarás que soy una tonta.

-Probablemente. ¿Cómo te sientes?

-Hermosa -Erin se echó a reír y le rodeó el cuello con los brazos-. Me siento la mujer más hermosa del mundo.

-Lo eres -murmuró Burke, y comprendió que, por mucho que intentara evitarlo, ya estaba atrapado.

-Quiero sentirme así siempre -Erin se acercó a él y le posó un reguero de besos por la mandíbula y el cuello.

-Siempre no, seguramente, pero sí lo harás a menudo. Te traerás tus cosas mañana mismo.

-¿Qué cosas? -sin dejar de sonreír, con los brazos aún alrededor de su cuello, Erin se retiró un poco.

-Todo lo que tengas. No hace falta que te mudes esta noche. Con que sea mañana, bastará.

-¿Mudarme? -lentamente, ella retiró los brazos-. Burke, ya te he dicho que no quiero vivir aquí, contigo.

-Las cosas han cambiado -se limitó a contestar él al tiempo que agarraba la copa

de vino. Deseó que fuera whisky.

-Sí, pero sigo pensando lo mismo. Lo que ha ocurrido esta noche... -había sido hermoso, la experiencia más hermosa de su vida, y no quería estropear- la hablando de una vida en común que, en realidad, no sería tal-. Quiero recordarlo siempre. Me gustaría pensar que, algún día, podremos amarnos así sin que tenga que renunciar a mis creencias y convertirme en tu querida.

-Amante.

-La etiqueta es lo de menos -Erin hizo ademán de retirarse, pero él la agarró por los hombros. La copa cayó en el suelo y se rompió.

-Te deseo, maldita sea, ¿es que no lo comprendes? No quiero tener que sacarte de la casa de los Grant cada vez que desee pasar una hora contigo.

-No me sacarás de ningún sitio -la sensación de bienestar que había experimentado Erin se convirtió en furia-. ¿Crees que me trasladaré aquí solo para que me tengas más a mano cuando te apetezca revolcarte conmigo en la cama? No seré un juguete para ti, ni para ningún hombre. Vete al infierno, Burke Logan.

Sacó las piernas de la cama y se sentó en el borde cuando, de repente, Burke la tumbó de nuevo y la retuvo bajo su cuerpo.

-Me estoy cansando de que me mandes al infierno.

-Pues acostúmbrate. y quítame las manos de encima. Me voy a casa.

-No, no te vas.

Erin entornó los ojos.

-No vas a retenerme aquí.

-Sí, como haga falta.

Ella empezó a retorcerse. Antes de que Burke adivinara sus intenciones, le clavó los dientes en la mano. Él maldijo en voz alta, y ambos rodaron de un extremo al otro de la cama. Consiguió sujetarla otra vez.

-La próxima vez te haré sangrar, te lo juro. Suéltame.

-Cállate, estúpida cabezota irlandesa.

-Conque insultando, ¿eh? -Erin tomó aliento entre dientes. A continuación, soltó una parrafada en gaélico.

Aquel no era momento para reírse, se dijo Burke. Pero fue incapaz de evitarlo.

-¿Qué ha sido eso?

-Una maldición. Hay quien dice que mi abuela era una bruja. Si tienes suerte, morirás rápidamente.

-¿Para dejarte viuda? Ni hablar.

-Quizá sobrevivas, pero padeciendo tantos dolores que desearás haber... ¿Cómo has dicho?

-Vamos a casarnos -al ver que la mandíbula y los miembros se le aflojaban, Burke la soltó para lamerse la herida de la mano-. Me alegra saber que tienes buenos dientes -alargó la mano hacia la mesita de noche para buscar un cigarrillo-. ¿No dices nada, irlandesa?

-¿Casarnos?

-Eso es. Podríamos volar hasta Las Vegas mañana, pero Dee se enfadaría conmigo. Supongo que podremos obtener la licencia y celebrar la boda aquí dentro de unos días.

-Dentro de unos días -Erin movió la cabeza para aclarársela, y luego se sentó en la cama-. Creo que el vino se me ha subido a la cabeza -o quizá Burke, se dijo-. No entiendo nada.

-Te deseo -él encendió el cigarro y seguidamente, empezó a hablar en tono práctico, decidiendo que era el estilo que ella aceptaría mejor-. Tú me deseas, pero no quieres vivir conmigo. Parece la solución más lógica.

-¿Solución?

Tranquilamente, como si su vida no estuviera en la cuerda floja, Burke exhaló una bocanada de humo.

-¿Piensas pasarte el resto de la vida repitiendo todo lo que yo digo?

Ella volvió a sacudir la cabeza. Tratando de conservar la calma, observó a Burke, en busca de alguna señal. Pero tenía los ojos cerrados y su expresión era indescifrable.

-¿Por que quieres casarte?

-No lo sé. Nunca me he casado antes -Burke expelió otra bocanada de humo-. Y tampoco pretendo ...que se convierta en un hábito. Imagino que con una vez tendré bastante.

-No creo que sea algo que deba tomarse a la ligera.

-No me lo estoy tomando a la ligera -Burke examinó la punta del cigarrillo, y luego se inclinó para sacudir la ceniza-. Nunca le había pedido a una mujer que se casara conmigo, porque nunca lo había deseado. Te lo estoy pidiendo a ti.

-¿Me...? -«¿amas?»-, quiso preguntar Erin. Pero fue incapaz. Fuera cual fuese su respuesta, no sería válida, porque sería ella quien había formulado la pregunta-. ¿De veras crees que lo que acabamos de compartir es suficiente para que nos casemos?

-No, pero nos sentimos bien juntos. Nos entendemos. Me harás reír, me mantendrás bien despierto y me serás fiel. No puedo pedirte más -ni se atrevía-. Yo te daré lo que siempre has deseado. Un buen hogar, una vida cómoda, y serás la persona más importante de mi vida.

Ella alzó la cabeza al oír lo último. Podía ser suficiente. Si de veras era importante para él.

-¿Lo dices de corazón?

-Siempre digo lo que siento -Burke alargó la mano para tomar la de ella, necesitando sentir su contacto-. La vida es una lotería, ¿no lo recuerdas, irlandesa?

-Sí, lo recuerdo.

-Muchos matrimonios no funcionan porque la gente se casa pensando que, con el tiempo, lograrán que la otra persona cambie. Yo no quiero que tú cambies. Me gustas tal y como eres.

Burke se llevó sus dedos a los labios, y la voz del corazón de Erin se impuso a la de su cabeza.

-Entonces, supongo que yo también tendré que aceptar te tal y como eres.

8

-Todo está ocurriendo tan deprisa -Dee permanecía sentada en el dormitorio de Erin, donde una modista estaba probándole a su prima un vestido blanco de satén-. ¿Seguro que no quieres esperar un poco más?

-¿Para qué? -Erin miró por la ventana preguntándose si descubriría que todo se trataba de un sueño si la modista le pinchaba con uno de los alfileres.

-Para recuperar el aliento y pensártelo bien.

-No recuperaría el aliento aunque esperara seis meses más -Erin alzó una mano hasta el corpiño del vestido y sintió la sinfonía de las diminutas perlas. ¿Quién habría imaginado que acabaría llevando un traje así? Al cabo de uno o dos días, se lo pondría para convertirse en la esposa de Burke. Su esposa.

Un escalofrío le recorrió la espalda y, al sentir su rápido estremecimiento, la modista murmuró una disculpa.

-Eche un vistazo, señorita McKinnon. Creo que estará complacida con el largo del vestido. Si se me permite decirlo, es perfecto para usted. No todas las mujeres pueden llevar esta línea.

Conteniendo la respiración, Erin se giró hacia el espejo. El vestido era realmente de ensueño, se dijo. Millares de perlas relucían sobre el satén, haciendo que resplandeciera a la luz de la tarde. Pensó que era un vestido digno de una princesa medieval, con las mangas en forma de pico y la enorme y vaporosa falda.

-Es precioso, señora Viceroy -terció Adelia al ver que su prima se había quedado sin habla-. y es un milagro que haya podido tenerlo listo en tan poco tiempo. Le estamos muy agradecidas.

-Ya sabe que estoy a su disposición, señora Grant -la modista miró a Erin, que seguía con la vista clavada en el espejo-. ¿Hay algo que quiera modificar, señorita McKinnon?

-No, nada -Erin tocó la falda cautelosamente, con la yema del dedo, como temiendo que fuera a disolverse con el contacto-. Perdone, señora Viceroy. Es que es lo más bonito que he visto en toda mi vida.

Más que tranquilizada, la señora Viceroy se concentró en el dobladillo.

-Creo que su futuro marido estará muy satisfecho. Bueno, la ayudaré a quitárselo.

Erin se quitó el vestido y se quedó únicamente con la combinación de algodón que Burke recogió en cierta ocasión del tendedero. Mientras el vestido de novia era guardado en una caja, Erin se puso la blusa, pensando que comprendía cómo debió de sentirse Cenicienta al dar el reloj la medianoche.

-Si permite que le haga una sugerencia -siguió diciendo la modista-, el vestido y el velo lucirán más si lleva el pelo recogido. Un peinado sencillo y tradicional.

-Seguro que tiene usted razón -murmuró Dee mientras observaba a su prima. Erin permanecía asomada a la ventana, con la mirada totalmente perdida.

-Y, desde luego, la menor cantidad posible de joyas.

-Llevará mis aretes de perlas, como el complemento prestado.

-Qué idea tan entrañable.

-Gracias de nuevo, señora Viceroy -dijo Dee levantándose-. La acompañaré a la salida.

-No hace falta que baje esas escaleras en su estado. Conozco el camino. Recibirán el vestido pasado mañana a las diez.

Pasado mañana, se dijo Erin, sintiendo un nuevo escalofrío. ¿Sería siempre una cuestión de «ahora o nunca» en lo que a Burke se refería?

-Una mujer encantadora -dijo Adelia tras cerrar la puerta del dormitorio.

-Ha sido muy amable al venir.

-La amabilidad es una cosa, y el negocio otra -dado que el peso de los gemelos parecía aumentar cada día, Adelia se sentó-. No hubiera dejado pasar la ocasión de complacer a la futura señora de Burke Logan. Me alegro mucho por ti, desde luego. Oh, me siento como la mamá gallina. ¿Seguro que es esto lo que deseas?

-No estoy segura de nada -confesó Erin sentándose en el borde de la cama-. Siento mucho miedo, y no dejo de pensar que una mañana me despertaré de nuevo en Irlanda, y todo habrá sido un sueño.

-Es real -Dee le apretó la mano-. Debes comprender que todo lo que está ocurriendo es absolutamente real.

-Sí, lo comprendo, y eso me asusta aún más. Pero amo a Burke. Desearía conocerlo mejor. Desearía que me hablara de su familia, de sí mismo. También desearía que mi familia estuviera aquí. Pero...

-¿Pero? -la urgió Adelia mientras se sentaba a su lado.

-Pero lo amo. Con eso basta, ¿verdad?

-Es suficiente para empezar -Adelia recordó cómo, al principio, había sentido únicamente un amor ciego y desesperado por Travis. El tiempo les había dado lo demás-. No es un hombre fácil de conocer.

-Pero, ¿te cae bien?

-Siempre he sentido debilidad por Burke. Es bondadoso, aunque preferiría que los demás no se diesen cuenta. Es duro, sí, pero creo que haría todo lo posible por no lastimar a una persona querida.

-No sé si me quiere.

-¿Cómo dices?

-No importa -se apresuró a decir Erin, al tiempo que se levantaba para pasearse por la habitación-. Porque el amor que yo siento será suficiente para los dos.

-¿Por qué iba a casarse contigo si no te amara?

-Me desea -era mejor afrontarlo así, sin rodeos, se dijo Erin mientras se volvía hacia Dee.

-Comprendo -y, porque lo comprendía, Adelia eligió las palabras con sumo cuidado-. El matrimonio es un paso demasiado importante como para que un hombre lo dé movido únicamente por el deseo. y más aún tratándose de un hombre como Burke. Si no te ha dicho que te ama, es porque nunca ha aprendido a decirlo.

-No me importa. No necesito que me diga nada.

-Pues claro que lo necesitas.

-Sí, tienes razón -Erin se dio media vuelta y exhaló un suspiro-. Pero puedo esperar.

-A veces, una persona necesita sentirse segura antes de expresar lo que alberga su corazón.

-Eres muy buena conmigo -Erin alargó ambas manos y tomó las de Erin-. Me siento feliz. Y, lo quiera o no, voy a hacerlo feliz también a él.

A pesar de aquellas valientes palabras, cuando se situó en el rellano de las escaleras dos días después, del brazo de Paddy, Erin no estaba segura de poder caminar hasta el atrio, donde tendría lugar la ceremonia. La música había empezado. En realidad, ella no podía oír nada. Dio un paso y se detuvo. Luego sintió las reconfortantes palmaditas de Paddy en el brazo.

-Vamos, muchacha, estás preciosa. Tu padre se sentiría orgulloso de ti hoy.

Ella asintió, respiró hondo un par de veces y, finalmente, empezó a bajar las escaleras.

Burke pensó que el esmoquin iba a ahogarlo. Si todo hubiera dependido de él, habrían acudido al juzgado y lo habrían resuelto en pocos minutos. Así, sin más. Misión cumplida. Pero Dee lo había convencido de que se celebrara la boda. Una boda sencilla, pensó Burke con una mueca. En fin, toda mujer tenía derecho a llevar encaje blanco y ramo de flores una vez en su vida.

Se puso las manos en las caderas, manteniendo una expresión cuidadosamente neutra, y se preguntó por qué diablos tardaba tanto.

Entonces la vio..

Su cabello resplandecía, cálido y vibrante, bajo el velo de tul blanco. Parecía un poco pálida, pero sus ojos se encontraron con los de él sin indicio alguno de vacilación. ¿Por qué nunca había reparado en lo delicada, en lo pequeña que era, hasta aquel momento, cuando estaba a punto de convertirse en una parte de su vida? Para siempre. Burke sintió una súbita punzada de pánico. Luego ella le sonrió, lenta e inquisitivamente. Él le extendió la mano.

Tenía los dedos helados. Erin se sintió aliviada al encontrar los de Burke igualmente fríos. Los agarró con fuerza y se giró hacia el sacerdote.

No se necesitaba mucho para que cambiase una vida. Unos pocos momentos, unas pocas palabras. Erin sintió cómo le introducía el anillo en el dedo, pero no dejó de mirarlo a la cara. Seguidamente, con pulso firme, ella tomó la sortija de oro que llevaba Dee y se la puso a Burke en el dedo.

Ya estaba hecho. Él le alzó el velo y acarició su cálida piel. Luego acercó los labios a los suyos, con suavidad al principio, luego con más fuerza. Con una risa de júbilo, Erin le rodeó el cuello con los brazos y lo apretó contra sí. Y la unión quedó sellada.

A continuación, casi desde el preciso momento en que se convirtió en la esposa

de Burke, tuvo que darse media vuelta para verse felicitada, halagada y envidiada.

Parecía un sueño, lleno de música, gente desconocida y espumoso vino. Brindaron por ella y la piropearon. Los flashes de las cámaras relampagueaban por doquier. Había caviar, exquisitos entremeses y fruta espolvoreada con azúcar que brillaba como los diamantes. Erin se encontró respondiendo a interminables preguntas, sonriendo y deseando hallarse a kilómetros de distancia.

Luego bailó con Burke, y el mundo pareció enfocarse de nuevo.

-Nada de esto me parecía real. Hasta ahora -recostó la mejilla en la de él y suspiró-. Siempre había soñado con un día así. ¿De verdad nos hemos casado, o es cosa de mi imaginación?

Burke alzó la mano y pasó el dedo por su anillo.

-A mí me parece que es bastante real.

Sonriendo, ella agachó la mirada.

-Oh, Burke, es precioso -asombrada, hizo girar la mano de forma que los diamantes y los zafiros destellaron-. No había esperado algo así.

-Ya hace casi una hora que lo llevas puesto. ¿Aún no lo habías mirado?

-No -Erin sabía que era una bobada llorar en aquel momento, pero sintió el escozor de las lágrimas en los ojos-. Gracias -agradeció que la música parase entonces, cuando aún conservaba el control-. Volveré dentro de un momento.

-Más te vale. No pienso tratar con toda esta gente solo.

Erin acarició el anillo con el pulgar mientras corría escaleras arriba. Solo necesitaba un momento, se dijo. Para recomponerse, para hacerse a la idea, para asimilar lo sucedido.

Entró en el cuarto de baño y se recostó en la puerta, tratando de recuperar el aliento. Esa noche, se dijo, aquel sería su dormitorio, así como Burke sería, era, su marido. Dormiría en aquella cama, se despertaría en ella, cambiaría las sábanas, arreglaría las cortinas. Y, algún día, todo eso le parecería una simple rutina.

No, se dijo entre risas, abrazándose a sí misma. Nunca sería «rutina». No lo permitiría. Desde aquel día en adelante, su vida sería especial. Porque amaba a Burke y había hallado un hogar.

Después de palparse las mejillas, para asegurarse de que estaban secas y frías, abrió la puerta. Un trío de mujeres pasaba por delante del dormitorio, en dirección a las escaleras.

-Por su dinero, desde luego -dijo una mujer a la que Erin había visto en la fiesta, con un precioso cabello cano y un vestido de seda-. Al fin y al cabo, apenas lo conocía. ¿Por qué, si no, iba a casarse con él? No creáis que se vino desde Irlanda solo para llevarle la contabilidad.

-Me extraña que Burke se haya casado con ella, que es una don nadie, cuando podía haber elegido entre las mujeres más aceptables de la región -la rubia de piernas largas manoseó el cierre del bolso.

-Pues yo creo que forman una pareja encantadora -la tercera mujer se encogió de hombros mientras la de pelo cano la miraba con escepticismo-. La verdad, Dorothy,

un hombre no se casa sin tener un motivo.

-Seguro que ella tiene algo que ocultar. Después de todo, una cosa es llevarse a un hombre a la cama, y otra llevarlo hasta el altar. Los hombres se encandilan con facilidad, y acaban aburriéndose más rápidamente aún. Imagino que durará con ella menos de un año. Y si es tan lista como parece, sacará una buena tajada... Para empezar, el anillo que le ha regalado. Lo compró en Cartier's, ¿sabéis? Diez mil dólares. No es un mal comienzo para una granjera del último rincón del mundo.

La rubia se toqueteó el pelo mientras se acercaban a las escaleras.

-Será interesante ver cómo lucha por ascender en el escalafón social durante los próximos meses.

-No pertenece a nuestra clase -aseveró la mujer de pelo cano haciendo girar la muñeca.

Erin permaneció inmóvil, con la mano en el pomo de la puerta, mientras las veía bajar. ¿No pertenecía a su clase? Después de la conmoción inicial, llegó el temblor de la rabia. Muy bien, pues maldita si deseaba ser una de ellos. No eran más que una pandilla de gallinas chismosas, sin otra ocupación que hacer comentarios maliciosos y especular con los sentimientos ajenos.

¿Por su dinero? ¿De veras pensaban que se había casado con Burke por su dinero? ¿Lo pensaría él?, se preguntó con un estremecimiento. La ira se esfumó mientras retiraba la mano del pomo. Oh, Dios bendito, ¿lo creería Burke así? ¿Se había referido a eso al decir que podía darle todo lo que ella deseaba?

Erin se llevó nuevamente las manos a las mejillas, pero ya no las notó frías. ¿Creería Burke que sus sentimientos tenían más que ver con su fortuna que con su persona? Ella no había hecho nada para demostrar lo contrario, comprendió consternada.

Pero lo haría. Irguió la cabeza y salió del dormitorio. Se lo demostraría. Le probaría que se había casado porque lo amaba, y no por su bonita casa y su rica granja. Y que los demás se fueran al diablo.

Cuando bajó las escaleras, ya no parecía una novia pálida e inocente. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos ensombrecidos. Quizá no fuera una de ellos, se dijo, pero hallaría la forma de encajar en el grupo. Haría que Burke se sintiera orgulloso de ella. Forzando una sonrisa, se acercó a la mujer vestida de seda.

-Celebro tantísimo que hayan venido hoy...

La mujer asintió a Erin con elegancia mientras probaba champán.

-No me lo habría perdido por nada del mundo, querida. Es usted una novia encantadora.

-Gracias. Pero una solo es novia por un día, y esposa por el resto de la vida. Con su permiso -Erin atravesó la habitación, con su vestido ondeando majestuosamente. Aunque Burke se hallaba rodeado de gente, caminó directamente hacia él, lo rodeó con los brazos y lo besó hasta que los presentes empezaron a murmurar y a emitir risitas-. Te amo, Burke -dijo simplemente-. Y te amaré siempre.

Burke nunca había imaginado que se dejaría conmovir por unas simples palabras.

Pero sintió que algo se agitaba en su interior y sonrió.

-¿Acabas de llegar a esa conclusión?

-No, pero ya era hora de que te lo dijera.

Burke creyó que nunca vería salir al último invitado por la puerta. Nadie adoraba más las fiestas y el champán que la clase privilegiada.

Erin permanecía en el centro del recibidor, con las manos entrelazadas.

-Hará falta un ejército para volver a dejar la casa en condiciones.

-Nadie entrará por esa puerta durante las próximas veinticuatro horas.

Ella sonrió, pero la fatiga y los nervios ya empezaban a notársele.

-Debo subir a cambiarme.

-Dentro de un momento -antes de que Erin pudiera moverse, Burke le tomó ambas manos-. He debido decirte lo hermosa que estás. No recuerdo haberme sentido nunca tan nervioso como cuando estaba aquí abajo, esperándote.

-¿De veras? -la sonrisa de Erin se ensanchó mientras se apretaba contra él-. Oh, me sentía aterrada. Estuve a punto de recogerme la falda y salir corriendo.

-Yo te habría alcanzado.

-Eso espero. Porque no deseo estar en ningún sitio salvo aquí, contigo.

Él le enmarcó el rostro con las manos.

-No has tenido muchas oportunidades de comparar.

-No me importa.

Pero Burke no estaba tan seguro. Él era el único hombre que ella había conocido. Y había hecho lo posible para asegurarse de ser el único que conociera jamás. Había sido egoísta, sí, pero un hombre desesperado debía tomar medidas desesperadas.

-No hay ningún umbral que pueda cruzar llevándote en brazos.

Ella lo miró con ojos risueños.

-Hay uno en el dormitorio.

-Ya te he dicho que eres mi tipo de mujer -dijo Burke, y la llevó en brazos escaleras arriba. Rosa había dejado una botella de champán en una cubitera y dos copas.

-Burke, ¿te importaría concederme diez minutos?

-¿Y quién te ayudará a salir de ese vestido?

-Podré arreglármelas. Da mala suerte que lo haga el novio. Dame diez minutos

-repitió Erin cuando él la hubo soltado-. Tardaré muy poco.

Encogiéndose de hombros, él sacó una bata del armario.

-Supongo que podré quitarme el esmoquin en otra habitación.

-Gracias.

Transcurridos los diez minutos, Burke no esperó ni un segundo más, pero ella ya estaba preparada. Seguía vestida de blanco, pero su camisón era ligero como una nube, y se agitaba con el mero movimiento de su respiración. Tenía el cabello suelto sobre los hombros, semejando un contraste de fuego sobre nieve. Él cerró la puerta tras de sí y la contempló.

-Creí que no podías estar más hermosa que esta tarde.

-Quiero que esta noche sea especial. Sé que ya... que ya hemos estado juntos, pero...

-Será la primera vez que le haga el amor a mi esposa.

-Sí -Erin extendió las manos-. Y quiero que me ames. Te deseo más que nunca. Si pudieras... -era una bobada sonrojarse a esas alturas. Era una mujer casada-. Si pudieras enseñarme cómo debo hacerlo.

-Erin -Burke no sabía qué decir. Simplemente, se había quedado sin palabras. Pero tomó su mano y le posó un beso en la frente-. Tengo algo para ti.

Cuando él se sacó una caja del bolsillo y se la entregó, ella se humedeció los labios.

-Burke, no quiero que te sientas obligado a comprarme cosas.

-Entonces, ¿cómo voy a disfrutar mirándote mientras las llevas puestas? -abrió la caja él mismo. Dentro había un collar de diamantes con un único zafiro.

-Oh, Burke -era tan precioso, que Erin sintió ganas de llorar-. Hace juego con el anillo -consiguió decir.

-Esa era la idea -no obstante, Burke siguió observándola y frunció el ceño al reparar en su expresión-. ¿No te gusta?

-Claro que sí. Parece sacado de un palacio. Creo que me da miedo ponérmelo.

Él se echó a reír y la giró hacia el espejo.

-No seas tonta. Está hecho para lucirlo. ¿Lo ves? -se lo ciñó alrededor del cuello. El resplandor oscuro del zafiro contrastaba con la claridad de su piel y el brillo de los diamantes-. ¿De qué sirven las piedras preciosas si no las lleva puestas una mujer? Necesitarás muchas más. Podremos comprar- las mientras estamos de luna de miel -le besó la curva del cuello-. ¿Adónde te gustaría ir? ¿París? ¿Aruba?

Irlanda, pensó ella, pero temió que él se riera.

-He pensado que quizá debamos esperar un poco para eso. Al fin y al cabo, es una de las épocas del año más ajetreadas para ti. Sobre todo, con el Derby de Kentucky tan cerca. ¿Podemos esperar unos meses para irnos de viaje?

-Como tú quieras -Burke volvió a guardar el collar en la caja antes de hacer que se girara para mirarlo-. Erin, ¿qué te pasa?

-Nada. Es que todo esto es nuevo para mí, y... Burke, te juro que nunca haré nada que te avergüence.

-¿De qué demonios hablas? -perdida la paciencia, él la agarró del brazo y la sentó en la cama-. Quiero saber qué es lo que se te ha metido en la cabeza, y por qué.

-No es nada -respondió Erin furiosa consigo misma. Siempre parecía ser un libro abierto para él-. Es que hoy he comprendido que en realidad no encajo con tu gente y tu estilo de vida.

-¿Mi gente? -la risotada de Burke no contenía ningún humor, y ella se tensó al oírla-. Tú no sabes nada de mi gente, irlandesa, y puedes considerarte afortunada por ello. Si te refieres a la gente que ha estado aquí hoy, la mayoría no es digna ni de besar el suelo que pisas.

-Pero creí que te caían bien. Entre ellos hay muchos amigos y asociados tuyos.

-Asociados, principalmente. Yeso puede cambiar en cualquier momento. Podemos ir a sus fiestas, y puedes unirme al club o comité que quieras. Pero si prefieres despreciarlos, no me importará en absoluto.

-Formas parte del mundillo de las carreras -insistió Erin-. Y yo también, al haberme casado contigo. No quiero que digan que te has casado con una don nadie incapaz de encajar en el grupo.

-Así que alguien lo ha dicho -murmuró Burke. Erin no tenía que confirmar con palabras lo que él veía con suma claridad en sus ojos-. Escúchame bien. No importa lo que piensen los demás. Me he casado contigo porque eras lo que yo deseaba.

-Lo seré -Erin acercó las manos a su rostro-. Te lo juro -atrajo la boca de él hacia la suya con todo el amor, la pasión y el deseo que sentía.

Deseaba que aquella noche fuera especial. Quería demostrarle lo que había en su corazón, algo que apenas empezaba a comprender ella misma. Que lo amaba sin reservas. Con los brazos en torno a su cuello, y los labios sobre los suyos, descendió hasta la cama. La cama de matrimonio.

Él le había demostrado lo que podía ser el arte de amar. Ahora, esperaba devolverle parte de esa belleza. Dado que carecía de experiencia, solo pudo actuar dejándose llevar por su corazón. Ignoraba si un hombre podía sentir algo más que necesidad y satisfacción, pero quiso devolverle algo de la dulzura y el confort que él le había brindado.

Vacilante, insegura, posó los labios en su garganta. Su sabor era oscuro, fuerte, y Erin pudo sentir el latido de su pulso bajo su boca. El ritmo aumentó. Sonrió sobre su piel. Sí, podía darle ese algo.

Le gustaba la sensación que le producía acariciarlo, la forma en que sus músculos se tensaban y se ondulaban conforme ella los recorría con los dedos. Dubitativamente, le abrió la bata. Al notar que él se tensaba, se retiró de inmediato, formándose una disculpa en sus labios.

-No -con una media sonrisa, Burke le tomó la mano y la acercó de nuevo a su cuerpo-. Quiero que me toques.

Cada dubitativa caricia de sus dedos lo volvía loco. Ya se sentía cautivado por su pasión y su inocencia, por su deseo de ser enseñada, por su anhelo de complacer y ser complacida.

De modo que se amaron lentamente, tomándose el tiempo necesario para enseñar y para aprender. Erin no manifestó ningún indicio de timidez cuando Burke le retiró el camisón de los hombros. Al contrario, se maravilló de que la encontrara tan deseable. En respuesta, lo despojó de la bata y se admiró de la fuerza y el atractivo del hombre que era su esposo.

Quizá no tuviera ningún sentido, pero todo le parecía más excitante ahora que le pertenecía. La fuerte tenaza de la necesidad no había menguado, los temblores de la anticipación y la ansiedad eran igual de intensos. Pero ahora, además del deseo, estaba el simple goce de saber que el hombre que la abrazaba la abrazaría noche tras noche,

durante el resto de su vida. Aquello solo era el principio, se dijo. Riéndose, se echó encima de él.

-¿Qué te hace tanta gracia? -logró preguntar Burke. Sentía como si su cuerpo estuviera tensándose más allá del punto de ruptura.

-Soy feliz -Erin lo besó en la boca con fuerza. y en ese momento, increíblemente, sintió como si sus huesos se licuaran. Con un suave jadeo, lo acogió en su interior.

Una vez iniciado el torbellino, ella solo pudo contener el aliento y agarrar las manos de Burke fuertemente. Su cuerpo asumió el control, moviéndose con el de él instintivamente, a medida que el placer iba aumentando y desbordándose de nuevo.

Erin echó la cabeza hacia atrás. Burke se dijo que parecía una diosa, con el cabello castaño extendido sobre los hombros, su cuerpo fuerte y ágil fundiéndose con el suyo. Deseó verla siempre así, contemplarla una y otra vez con el ojo de su mente. A continuación, el placer se hizo tan intenso que lo cegó por completo.

Erin despertó e inició su primer día como señora Logan mientras una fina llovizna caía del cielo gris.

Rosa aún no la había emprendido con el suelo. Erin experimentó una punzada de satisfacción al adelantarse a ella.

«Esta es mi casa» se dijo mientras esparcía el agua caliente. «Mi suelo, y lo fregaré si me da la gana».

Burke caminaba a grandes zancadas bajo la lluvia, pensando que el caballo que había logrado introducir en Charles Town aquella noche tendría ventaja corriendo sobre el circuito embarrado. Su segundo pensamiento se centró en lo mucho que disfrutaría Erin viajando al oeste de Virginia para ver la carrera.

Dios santo, qué hermosa la había visto aquella mañana. Aún no estaba seguro de haber hecho lo correcto al inducirlo a casarse con él, pero sí sabía que se alegraba. No recordaba haberse sentido tan en paz nunca en su vida.

Podía darle todo lo que ella siempre había anhelado. El dinero no le importaba, de modo que le traía sin cuidado en qué lo gastara. A cambio, ella le proporcionaba una base firme y sólida, algo que Burke ni siquiera era consciente de haber deseado.

Una vez dentro, se sacudió del cabello el agua de la lluvia y procedió a buscar a Erin. Al entrar en el atrio, se detuvo en seco. Estaba agachada, frotando el suelo. Ella apenas tuvo de tiempo de oírlo y alzar la mirada, antes de que él la pusiera de pie.

-¿Qué demonios estás haciendo?

-Pues fregando el suelo. La fiesta de ayer lo dejó perdido. Es increíble, la gente deja caer las cosas y luego no se molesta en recogerlas. Burke, me estás lastimando el brazo.

-No quiero verte arrodillada nunca más. ¿Lo entiendes?

-No -Erin se frotó el brazo mientras lo observaba-. No, no lo entiendo.

-Mi mujer no friega suelos.

-Eh, espera un momento -Burke se había girado sobre sus talones, pero ella lo detuvo-. Tu mujer fregaré suelos si le apetece hacerlo. ¿A qué viene esto?

-No me he casado contigo para que te pongas a fregar suelos.

-No, ni para que te prepare del desayuno o haga la cama, eso está claro. ¿Para qué te casaste conmigo, entonces?

-Creí haberlo dejado claro.

-Sí -Erin le retiró la mano del brazo-. Supongo que sí. De modo que, al final, sí habré de ser tu querida. La diferencia está en que lo seré dentro de la legalidad.

Burke hizo un esfuerzo hercúleo para reprimir su ira. Fue inútil.

-No seas estúpida. Y deja ese maldito cubo donde está.

Haciendo una mueca, Erin le dio una patada al cubo y derramó el jabonoso contenido en el suelo.

-Muy bien, lo dejaré donde está.

-¿Adónde vas?

-No lo sé -respondió ella por encima del hombro-. Sin duda puedo pasearme por la casa, aunque no se me permita tocar nada.

-Espera -Burke le agarró el brazo, pero ella se zafó de un tirón y siguió adelante-. Maldita sea, Erin, puedes tocar lo que quieras. Pero no limpiarlo.

-Sí, ya tengo claro cuáles son las reglas -Erin traspuso las puertas del solarío. El calor que la recibió semejaba un muro sólido, y se adecuaba perfectamente a su estado de ánimo-. Tocar y mirar está permitido.

-Deja de comportarte como una idiota.

-¿Yo? -ella se giró hacia él y estuvo a punto de volcar una maceta de geranios-. Así que yo soy la idiota, ¿eh? Antes me dices tonta, y ahora idiota.

Bueno, pues no fui yo quien se puso como un basilisco simplemente porque se estaba fregando el suelo.

-Creí que viniste aquí porque deseabas olvidarte de todo eso. Que querías algo más en la vida que fregar platos.

Ella asintió lentamente.

-Sí, me vine a América por eso. Pero no me casé contigo por esa razón. Quizá pueda soportar que otros piensen que me casé contigo por tu dinero, pero no soporto que lo pienses tú. Ayer te dije que te amaba. ¿Acaso no me crees?

-No lo sé -Burke se pasó la mano por la cara e intentó serenarse, pensar con claridad, ejercer la fría lógica que siempre le había ayudado a ganar en cualquier tipo de juego-. ¿Qué importancia tiene eso?

Erin tuvo que darse media vuelta, porque le resultó demasiado doloroso mirarlo.

-No mentí al decir que te amo, pero puedes pensar lo que quieras. No importa en absoluto -deliberadamente, agarró un tiesto de cerámica y lo estrelló contra las baldosas del suelo-. No tienes por qué preocuparte. No lo limpiaré.

-¿Has terminado?

-Aún no lo he decidido -cruzándose de brazos, Erin clavó la mirada en la cristalina agua de la piscina.

Burke le puso una mano en el hombro. Quizá sí lo amara un poco.

-Mi madre se pasó la mitad de su vida arrodillada, fregando los suelos de otros.

Apenas había cumplido los cuarenta cuando murió. No quiero que te arrodilles por nadie, Erin -hizo ademán de retirar la mano, pero ella se la agarró.

-Es la primera confidencia que me haces -se dio media vuelta para rodearlo con los brazos-. ¿No comprendes que me volveré loca si me excluyes de tu vida.

-Accediste a aceptarme tal como soy.

-Sí. Te amo, Burke.

-En ese caso, quiero verte contenta.

-Y lo estoy -Erin retiró la cabeza ligeramente y sonrió burlona-. Es que me encantan las peleas.

Él le pasó un dedo por la nariz.

-Pues celebro complacerte. ¿Fuiste a nadar?

-No. Me ocupé de los libros y luego discutí con Rosa un rato.

-Un día ajetreando. Nademos un poco ahora.

-No puedo.

-¿Quieres iniciar otra discusión?

-No, ya he tenido bastante. Pero no me apetece nadar.

-¿No sabes?

Erinladeó el mentón, tal y como él había esperado.

-Pues claro que sé. Pero no tengo bañador.

-Eso da igual -tomándola en brazos, Burke se acercó al borde de la piscina mientras ella se aferraba a su cuello, entre risitas nerviosas.

-No te atrevas. Te juro que, como me tires, caerás conmigo.

-Esa es mi intención.

Se zambulleron en el agua juntos, completamente vestidos.

9

Aún no llevaba un mes de casada, y Erin ya había viajado a Nueva York, Kentucky y de nuevo a Florida. Acabó acostumbrándose al ambiente de los circuitos de carreras, ya fueran toscos o llenos de glamour. Se había habituado, aunque no dejaba de resultarle fascinante, a la gente del mundillo, desde los jóvenes mozos de cuadra rebosantes de ambición, hasta los profesionales de más edad que vivían de carrera en carrera y de apuesta en apuesta.

Los contrastes constituían una curiosidad constante. Desde el palco podía ver a los demás ganaderos, con sus familiares y amigos. Mientras que en las gradas, codo con codo, se agolpaban las masas que acudían a divertirse o a apostar. Más allá estaban los caballos, las escalas, el circuito y los jinetes. Solo unos cuantos de los observadores conocían la emoción y la ansiedad propias de los dueños.

En Lexington, Erin fue con Burke a visitar algunos ranchos, y vio cuadras más lujosas de lo que jamás hubiera imaginado. Vio las carreras del mundo los purasangres, conoció a personas que dedicaban a ellas su vida, y aprendió.

En las fiestas, cenas y pequeñas celebraciones, escuchaba las conversaciones acerca de la cría de caballos, el entrenamiento y la estrategia. Llegó a comprender que los propietarios tendían a pensar en los caballos como en bienes propios, mientras

que los entrenadores los consideraban atletas a los que había que disciplinar. Pero, por encima de todo, el caballo era un objeto de envidia o de orgullo.

Al cabo de cierto tiempo, Erin reunió el valor suficiente para ir a los corrales, donde veía cómo los animales eran examinados y ensillados para las carreras. Aunque el olor y el ruido de los caballos seguían inquietándola, estaba decidida a evitar que los asociados de Burke pensarán que su esposa les tenía miedo.

Fue habituándose a las fiestas a las que solo las personas de éxito y los privilegiados podían concurrir. En ellas se hablaba de los caballos y de sus propietarios. No era tan diferente de Skibbereen, empezó a pensar Erin. Aunque, sin duda alguna, aquella vida tenía más glamour. Por último, Erin se dedicó a estudiar, leyendo con fruición libros sobre los purasangres, las carreras y la historia de ambos.

Burke no se había equivocado al decir que ella le haría reír. Erin hallaba más placer en eso que en todas las piedras preciosas que él le había regalado, o en la ropa que colgaba en su armario. Había descubierto algo en el mes que llevaba de casada. Las cosas que siempre había deseado tener no eran, en definitiva, importantes.

Además, estaba embarazada.

Saberlo la llenó de emoción y de terror al mismo tiempo. Llevaba un hijo en su seno, un hijo de Burke, concebido en la primera noche que habían pasado juntos.

En cuestión de meses, ya no serían simplemente marido y mujer, sino una familia. Estaba deseando darle la noticia a Burke. Pero también temía su reacción.

Nunca habían hablado de niños. Aunque, en realidad, no habían hablado tenido tiempo de hablar de muchas cosas. Erin apenas sabía más acerca de él que antes de casarse.

No importaba, se dijo mientras iba en su busca. Lo había visto con los hijos de Cee, tierno, amable y cariñoso. Seguramente, lo sería aún más con su propio hijo. Sí, le daría la noticia, y el la abrazaría fuertemente y le diría lo feliz que era, se reirían juntos, y ella le enseñaría todos los folletos informativos que le había dado el médico. Luego decidirían la decoración del cuarto del niño, en tonos rosas y azules como los del amanecer.

Erin lo encontró en la biblioteca, y tuvo que reprimir una maldición al ver que estaba hablando por teléfono.

-No estoy interesado en vender -dijo él mientras le hacía un gesto para que entrara-. No, ni a ese precio ni a ninguno. Si quieres, vuelve a llamarme dentro de unos cuantos años. Sí, es un "no" definitivo. Dile a Durnam que, de momento, mis caballos no están en venta. Sí, serás el primero en saberlo -colgó y se pasó una mano por el cabello.

-¿Problemas? -Erin se acercó para besarle la mejilla.

-No. Charlie Durnam está interesado en comprar uno de los potrillos nuevos. Me parece que es él quien tiene problemas. Bueno, ¿qué has comprado?

-¿Comprado?

-Me dijiste que pensabas ir de compras.

-Ah, sí. Pero no compré nada -Erin descansó la mejilla en su cabello un momento-.

Burke, hay algo que quiero decirte.

-Enseguida. Siéntate, Erin.

Fue su tono lo que la hizo retroceder. Burke utilizaba aquel tono de voz tajante cuando se sentía molesto por algo.

-¿Sucedo algo?

-He recibido una carta de tu padre.

-¿De papá? -ella volvió a levantarse, antes incluso de haberse sentado del todo-. ¿Ocurre algo? ¿Hay alguien enfermo?

-No, no pasa nada. Siéntate -Burke hizo girar su silla y, por primera vez en el transcurso de un mes, Erin tuvo la sensación de que volvían a hablar como jefe y empleada-. Ha escrito para darme la bienvenida a la familia y expresar su deseo paternal de que cuide bien de ti.

-Qué tontería. Él sabe perfectamente que sé cuidarme sola -Erin volvió a relajarse, al tiempo que inconscientemente se colocaba una mano en el vientre.

-También me ha dado las gracias por el dinero que has venido enviándoles. Dice que los ha ayudado mucho -Burke hizo una pausa mientras rebuscaba entre los papeles de su escritorio-. ¿Por qué no me dijiste que has estado enviando a Irlanda más de la mitad de tu salario?

-Ni siquiera se me ocurrió -empezó a decir ella. Luego se interrumpió-. ¿Cómo sabes cuánto les envío?

-Llevas los libros de forma excelente y muy clara, Erin -Burke se retiró del escritorio y se paseó hasta la ventana.

-No entiendo a qué viene tu enfado. Ese dinero es mío, al fin y al cabo.

-Es tuyo -murmuró él-. Maldita sea, Erin. Hay un talonario en el despacho. Si considerabas necesario enviar dinero a tu casa, ¿por qué no rellenaste un talón con la cantidad precisa y acabaste de una vez?

-Con mi salario basta y sobra.

-Eres mi mujer, maldita sea, y eso te da derecho a disponer de lo que necesites. Ya no tienes que conformarte con un simple salario.

Erin permaneció callada un momento y, cuando habló, lo hizo cuidadosamente.

-Se trata de eso, ¿verdad? -Aún crees que estoy caí por tu inflado talonario.

No estaba seguro de lo que pensaba, reconoció Burke mientras permanecía asomado a la ventana. Erin era perfecta, cálida, cariñosa. Y, cuanto más tiempo pasaba con él, más seguro estaba Burke de que debía de albergar alguna intención oculta. Nadie daba incondicionalmente. Nadie daba sin esperar nada a cambio.

-No solo por mi talonario -dijo al cabo de un momento-. Pero no creo que te hubieras casado conmigo si ese talonario no existiera. Pero ya te he dicho otras veces que no me importa. Estamos bien juntos.

-¿De veras?

-El caso es que el dinero está ahí y bien podemos hacer uso de él. Nunca se sabe hasta cuándo durará -con una media sonrisa, Burke encendió un cigarrillo-. Disfrútalo, irlandesa. Forma parte del acuerdo.

Erin pensó en el hijo que llevaba dentro y sintió ganas de llorar.

-¿Algo más?

-Saldremos para Kentucky dentro de unos días. La carrera de Bluegrass y el Derby, ya sabes -Burke se giró y se apoyó en el alféizar-. Te lo pasarás muy bien. Es todo un espectáculo.

-Seguro que será maravilloso -ella respiró hondo y lo observó atentamente-. Lástima que el embarazo de Dee esté tan avanzado, y ni ella ni Travis puedan ir.

-Es el precio que hay que pagar por tener familia -Burke se encogió de hombros y se acercó al escritorio.

-Sí -respondió ella con serenidad, aunque la luz se había extinguido de sus ojos-. Bueno, te dejaré trabajar.

-¿No había algo que querías decirme?

-No. Nada -Erin cerró la puerta tras de sí y luego se cubrió el rostro con las manos. ¿Acaso no le había confesado su amor? ¿Acaso no se lo había demostrado de todas las maneras posibles? Y ahora llevaba en su seno la prueba física de sus sentimientos. Pero a Burke no le importaba.

Erin enderezó los hombros y se alejó de la puerta, ignorando que Burke se hallaba en el otro lado, dubitativo, con la mano puesta en el pomo.

No había sido su intención mostrarse enojado. Erin había parecido muy feliz al entrar en el despacho. Le había sonreído como si... como si lo amara. ¿Por qué no conseguía vencer aquellas reticencias y aceptarlo de una vez? Porque no creía en aquella clase de amor, ni siquiera cuando él mismo lo experimentaba.

Burke estaba convencido de que Erin seguiría con él, satisfecha, mientras siguiera proporcionándole lo que necesitaba.

Cuando la conoció, Burke había reconocido en ella el ansia de llegar a algo más en la vida, un anhelo que él mismo había sentido desde siempre. El ansia de ver otras cosas, de hollar nuevos terrenos y triunfar. Había sido una suerte para ambos que él se hallara en condiciones de mostrarle dichas cosas, de proporcionarle los medios de satisfacer las fantasías que siempre había acariciado.

Erin podía amarlo por eso, y él lo comprendía.

Pero, ¿y al hombre que había salido de la nada?

¿El hombre que podía regresar al arroyo con la simple caída de un dado? ¿Qué sentiría Erin por él? No se atrevía a descubrirlo, porque el hombre que siempre había considerado el amor una simple conveniencia estaba desesperadamente enamorado de su esposa.

Ella ni siquiera lo sospechaba. Mientras entraba en la cocina, Erin se convenció de que Burke solo la desearía mientras no hiciera nada que alterase el equilibrio de su estilo de vida. Más tarde o más temprano, acabaría dándose cuenta de que ese equilibrio ya se había alterado.

Rosa estaba fregando los vasos en el fregadero, pero se detuvo en cuanto vio entrar a Erin.

-¿Desea usted algo, señora?

-Voy a prepararme una taza de té.

-Calentaré el agua.

-Puedo hacerlo yo misma -repuso Erin mientras colocaba la tetera en el fuego.

-Como desee, señora.

Erin apoyó las palmas de las manos en la encimera.

-Lo siento, Rosa.

-No pasa nada.

Mientras Rosa volvía a concentrarse en los vasos, Erin buscó una taza y un plato. ¿Qué clase de esposa era., se preguntó, si ni siquiera sabía en qué armario se guardaba la vajilla? ¿Cómo podía ser tan feliz y tan infeliz al mismo tiempo?

-¿Cuánto tiempo llevas trabajando para el señor Logan, Rosa?

-Muchos años, señora.

-¿Desde antes de que viviera en esta casa?

-Sí, desde antes.

Era como intentar sacarle una muela a alguien, se dijo Erin, decidida a seguir presionándola.

-¿Y dónde trabajabas para él antes de eso?

-En otra casa.

Erin se giró hacia ella, quedando de espaldas al fuego.

-¿Dónde, Rosa? -vio cómo los labios del ama de llaves se tensaban.

-En Nevada. En el Oeste.

-¿Qué hacía él allí?

-Tenía muchos negocios. Debería preguntárselo al propio señor Logan;

-Te lo estoy preguntando a ti. ¿No crees que tengo derecho a saber quién es mi marido, Rosa?

Erin vio un breve atisbo de vacilación en Rosa, que enseguida siguió secando los vasos.

-No me corresponde a mí decirlo, señora.

-Necesito que me lo digas -con un enojado giro de muñeca, Erin apagó el fuego-. No me importa qué hacía o qué era. Si ha hecho algo malo, me trae sin cuidado. ¿Cómo podré acceder a él si no consigo comprenderlo antes?

-Señora -cautelosamente, Rosa soltó un vaso y tomó otro-. No estoy segura de que pueda comprenderlo aunque lo sepa.

-Cuéntamelo y lo intentaré.

-Algunas cosas es mejor dejarlas como están.

-¡No! -Erin sintió ganas de arrojar algo, lo que fuera, pero consiguió reprimir el impulso-. Rosa, mírame. Lo amo -cuando el ama de llaves se dio media vuelta, Erin siguió hablando-. Lo amo, y no soporto verme excluida de su vida, de su pasado. Deseo hacerlo feliz.

Rosa permaneció callada un instante. Tenía los ojos oscuros y muy claros. Momentáneamente, Erin creyó percibir en ellos una punzada de comprensión. Pero al punto se desvaneció.

-La creo.

-Es Burke quien necesita creermme.

-A algunas personas, tales cosas no les resultan fáciles.

-¿Por qué? ¿Por qué es ese el caso de Burke?

-¿Sabe usted lo que es pasar hambre? ¿De comida, de conocimientos, de cariño?

-No.

-Él creció sin nada. Cuando conseguía trabajo, trabajaba. Cuando no, robaba

-Rosa se encogió de hombros y agarró otro vaso-. No es una mala vida para algunos. Pero es un infierno para otros. Nunca conoció a su padre. Su madre no se casó, ¿me comprende?

-Sí -Erin se sentó, sin poner objeciones cuando Rosa se acercó a la cocina para servirle el té.

-Su madre trabajó mucho, aunque estaba delicada de salud. Pero, en semejante situación, uno siempre debe más de lo que pueda poseer jamás. A veces, él iba a la escuela. Pero casi siempre trabajaba en el campo.

-¿En una granja? -inquirió Erin, recordando el modo en que Burke había contemplado la suya.

-Sí. Vivió en una durante un tiempo, para poder aportar dinero a su madre.

-Comprendo -sí, se dijo Erin. Estaba empezando a comprender.

-Odiaba aquella vida. La tierra y el olor de la granja.

-¿Cómo lo conociste siendo tan niño, Rosa?

El ama de llaves le puso la taza de té delante.

-Somos hijos del mismo padre.

Erin se quedó mirándola, atónita. A continuación, cuando Rosa hizo ademán de alejarse, le agarró el brazo.

-¿Eres hermana de Burke?

-Hermanastra. Mi padre me llevó a Nuevo México cuando tenía seis años. Allí conoció a la madre de Burke. Era guapa, frágil y muy inocente. Al nacer Burke, me dejó con ella, prometiendo que volvería a buscarnos cuando consiguiera trabajo. Nunca volvió.

-Debió de sucederle algo. Quizá se... -Erin se interrumpió al ver la expresión de los ojos de Rosa.

-La madre de Burke se enteró de que había conocido a otra mujer en Utah. Aquel era su estilo. De modo que ella se puso a trabajar, limpiando casas ajenas, y así estuvo veinte años. Luego murió. Había hecho lo posible por su hijo, pero Burke siempre se mostró rebelde e inquieto. El mismo día en que la enterraron, él se marchó. Tardé cinco años en volver a verlo.

-¿Te buscó?

-No, yo lo busqué a él -Rosa prosiguió con los vasos-. Burke no es persona que busque a nadie. Era copropietario de un casino en Reno. Como yo me negaba a aceptar el dinero que me enviaba, empecé a trabajar para él. Nunca se ha sentido cómodo, pero tampoco me ha echado.

-No podría. Eres su hermana.

-Para él, no. Porque para él nuestro padre nunca existió. Burke no tiene familia, ni raíces ni un hogar.

-Eso puede cambiar.

-Solo Burke puede hacer que cambie.

-Sí -asintió Erin, levantándose-. Gracias, Rosa.

No le dijo nada de su embarazo. Durante los días que siguieron, Erin ardió en deseos de confiarle el secreto, pero logró contenerse. Había carreras que preparar. Carreras importantes. Y ahora, al observar a Burke ocuparse de sus negocios y tratar con sus caballos, Erin lo veía desde una perspectiva distinta.

¿Hasta qué punto lo habían moldeado los primeros años de su vida? Erin observó cómo trataba a sus empleados. Era firme y exigente, pero siempre se mostraba razonable. Nunca lo había visto alzarle la voz a ninguno de sus hombres. ¿Porque sabía lo que era ser maltratado por un patrón?, se preguntó Erin. ¿Porque entendía cómo se sentía uno al depender de otra persona para subsistir?

Amaba los caballos. Erin ignoraba si él mismo era consciente de ello, pero ella lo percibía claramente en su manera de mirarlos mientras corrían en el circuito y de supervisar las cuadras. Sí, quizá fuese cierto que, al ganar la granja, lo consideró un juego más. Pero había hecho de aquel mundo su vida, aunque no se diera cuenta. Solo eso dio esperanza a Erin.

Por fin llegó el viaje a Kentucky. Erin se prometió darle la noticia de su embarazo al regresar.

Había algo diferente en ella, se dijo Burke mientras se servía una copa en la suite del hotel. Su estado de humor cambiaba continuamente, con una rapidez inusitada. Siempre reaccionaba de forma inesperada, abrazándolo de repente, sumiéndose en prolongados y pensativos silencios, o presentándose en las cuadras para arrastrarlo a una merienda debajo del sauce.

Hacía gala del mismo talante en público. Así, desempañaba el papel de digna esposa para, al momento siguiente, mostrarse como una jovencita coqueta. Y no solo coqueteaba con él. Burke no podía negar que sentía celos, aunque sabía que esa era la intención de Erin.

La veía soñar despierta y, de golpe, empezar a hablar atropelladamente de la nueva decoración de la casa. En ocasiones, Burke temía que estuviera empezando a sentirse insatisfecha. Por la noche, sin embargo, lo buscaba en la cama, mostrándose más dichosa que nadie en el mundo.

Burke se dio cuenta de que parecía haber aborrecido el champán, aunque seguían asistiendo a fiestas con regularidad.

Cierto día, le regaló los pendientes de zafiros compañeros del collar. Erin había abierto la caja y, prorrumpiendo en lágrimas, se había alejado corriendo, solo para regresar una hora después para abrazarlo y darle las gracias.

Lo estaba volviendo loco, se dijo Burke. Y estaba disfrutando cada minuto.

-¿Estás ya lista, o quieres llegar tarde? -le preguntó entrando en el dormitorio.

-Casi estoy. Dado que ganaremos la carrera de mañana, he pensado que debía estar lo más guapa posible para las fotos que nos tomarán esta noche. Es increíble la afición de esa gente a tomar fotografías en las fiestas.

-No te quejaste cuando apareció la tuya en los periódicos -empezó a decir Burke, y luego se detuvo en la puerta. Ella sonrió al verlo sonreír, y se dio una vuelta completa.

Había elegido el vestido cuidadosamente, sabiendo que al cabo de unas cuantas semanas empezaría a notársele el embarazo. Era de color azul medianoche, con hilo de plata que brillaba aun cuando permanecía inmóvil, y le dejaba los hombros desnudos.

-Bueno, ¿te gusta? La señora Viceroy dijo que debía tener algún vestido que me permitiera lucir el collar.

-¿Quién va a fijarse en el collar? -Burke se acercó y, de un modo que hizo que el corazón se le parara, le tomó ambas manos para besarlas-. Estás bellísima, irlandesa.

-Es un pecado desear que las demás mujeres sientan envidia, ¿verdad? -Probablemente.

-Pero lo deseo. Quiero que te miren y piensen que eres el hombre más maravilloso de la fiesta. y que eres solo mío -entre risas, Erin dio otra vuelta-. Entonces, podré miraras y sonreírles con lástima.

-Qué pena que tenga que perdérmelo, porque no podré apartar los ojos de ti.

Ella se giró para acariciarle la mejilla.

-¿Sabes? Cuando dices esas cosas, haces que me derrita por dentro. Burke...

-deseó decirle que lo amaba, pero sabía que él se limitaría a sonreír y a besarle la frente. Entonces, su corazón se resquebrajaría un poco más, porque no le correspondería con las mismas palabras-. ¿Nunca has pensado que esas fiestas son un poco... aburridas?

-Creí que te gustaban.

-Bueno, sí. Me gustan -Erin se acercó un poco más y le pasó la yema del dedo por la solapa. Pero, a veces, me apetece hacer algo que requiera más energía -sonrió mientras alzaba la cabeza y lo miraba con los ojos semicerrados-. Mucha más energía. Qué bien hueles.

-Gracias -Burke enarcó una ceja mientras ella le aflojaba la corbata-. ¿Estás intentando iniciar algo?

-¿Te parece mal? -Erin le retiró la chaqueta de los hombros.

-Pero ten cuidado -murmuró él mientras ella le desabrochaba los botones de la camisa-. Así no conseguirás que esas mujeres sientan envidia.

Con una risotada, Erin le pasó las manos por el pecho.

-Eso es lo que tú crees -esbozando una sonrisa perversa, lo empujó hacia la cama y luego saltó encima de él.

Desde la primera vez que se desmayó, Erin insistió en ir a las cuerdas con Burke. Era una cuestión de orgullo, le explicó, y decía la verdad.

No tuvo valor para entrar, pero insistió en que él entrara mientras ella permanecía fuera, al sol, observando a la gente.

Skibbereen quedaba muy lejos, se dijo. El aire primaveral era tibio y las flores ya habían empezado a florecer. Los entrenadores y jinetes a los que conocía de vista la saludaban al pasar, asintiendo o tocándose el sombrero.

El aire estaba impregnado de la excitación que precedía a toda carrera importante. En pocos días, tendría lugar el Derby. Pero, de momento, todo el mundo centraba su atención en la carrera de Bluegrass. Un triunfo allí convertiría a Double Bluffen el caballo favorito. Erin sonrió al pensarlo. Quería que Burke ganara, aquel día y también en Churchill Downs. Casi podía saborear la satisfacción de ver a Double Bluff nombrado Caballo del Año. y lo deseaba por Burke, más que ninguna otra cosa en el mundo. Deseaba que su marido fuera consciente de haber cosechado un logro especial, un logro reservado solo a los mejores.

-Buenos días, señora Logan.

-Paddy -encantada de verlo, Erin abrió los brazos para abrazarlo con fuerza-. Hace un día precioso, ¿verdad? ¿Cómo está Dee?

-Sana como una manzana y feroz como un oso. Me ha encargado que te diga que, si el caballo de Travis, Apolo, no gana, desea que gane el vuestro.

-¿Y por cuál vais a apostar?

-¿Tú qué crees? He entrenado a Apolo personalmente. Pero si tuviera que repartir las apuestas, apostaría algo por el potro de los Tres Ases.

-Un hombre inteligente apostaría su dinero por el Orgullo de Charlie -Durnam se acercó por detrás y le dio a Paddy una palmada en el hombro.

-El potro de usted es magnífico, señor Durnam, no puedo negarlo. Pero creo que seré fiel al mío.

-Es libre de elegir. Qué tal, señora Logan. Está usted tan guapa como siempre.

-Gracias. Le deseo suerte en la carrera de hoy.

-La suerte no es necesaria cuando se tiene el mejor caballo -Durnam se tocó el ala del sombrero de paja y siguió caminando.

-Ya veremos quién tiene el mejor -dijo Erin entre dientes.

-Se te ha contagiado la fiebre, ¿eh? -con una risita, Paddy le echó un brazo por los hombros-. En este negocio hay una fuerte competencia. Es lógico, cuando el dinero y el prestigio cambian de manos de un momento para otro.

-¿Cómo sabe uno cuando tiene un caballo ganador? -Bueno, está la raza, además del entrenamiento.

También cuentan los cuidados y la alimentación. Pero lo principal, cariño, es la sangre. Si el caballo no lo lleva en la sangre, no hay nada que hacer. Es lo que sucede con las personas.

-Sí, la sangre -Erin miró hacia las cuadras y pensó en Burke-. ¿Crees que alguien puede verse privado de la enseñanza, la alimentación y los cuidados necesarios, y aun así ser un ganador?

-¿Estamos hablando de caballos o de personas?

-¿Acaso importa?

-No mucho -Paddy le dio un rápido apretón en el hombro-. Se lleva en la sangre y en el corazón. Bueno, tengo que atender a mi chico.

-Te saludaré desde el círculo del ganador, Paddy Cunnane -le dijo Erin en voz alta.

-Pareces muy segura -comentó Burke mientras se acercaba a ella.

-Estoy segura de ti -Erin le tomó las manos mientras se encaminaban hacia las gradas-. No hace falta que me acompañes hasta arriba. Sé que quieres quedarte para ver cómo pesan al jinete y ensillan a Double Bluff.

-La última vez que no te acompañé, te encontré luego rodeada de periodistas.

-He aprendido a manejarlos. Además, disfruté viendo mi foto en el periódico.

-Eres una mujer vanidosa, irlandesa.

-Sí, ¿y por qué no? -Erin le pasó la yema del dedo por la camisa caqui-. Ya sea por orgullo o por vanidad, me emociono al ver mi fotografía en la página de sociedad. ¿Sabía usted, señor Logan, que es un hombre importante?

-¿De veras?

-Sí, de veras. Eso me dicen continuamente. Así que, por extensión, yo también soy una mujer importante.

-Hoy tienes aspecto de serlo -decidió él, examinando rápidamente su traje azul con perlas. Asimismo, llevaba puesto un sombrero de paja, ligeramente inclinado, para aportar al conjunto un toque de desenfado.

-Pensé que era un día para estar elegante -a continuación, Erin se echó a reír y se tocó el ala del sombrero-. Más o menos. Estoy bien, Burke, de verdad. Sé que quieres quedarte cerca del caballo.

-Prefiero estar cerca de ti. ¿Te importa?

-No -ella aceptó su brazo y sonrió con picardía-. ¿Quieres que te invite a una cerveza?

Pensó que era un día perfecto. El más perfecto de su vida. El cielo estaba despejado, con un azul primaveral que movía a la sonrisa con solo mirarlo. Al entrar en el palco, Erin se fijó en la mujer que había visto en su boda y le sonrió fríamente a modo de saludo.

-Mira, Burke, son cámaras de televisión. ¿Te lo imaginas?

Encantada con el mundo en general, Erin se acomodó en su asiento. De vez en cuando veía a algún conocido y lo saludaba con la mano. Lloyd Pentel, Honoria Louis, la anciana señora Bingham.

-¿Sabes? En este último mes he conocido a más gente que en toda mi vida. Es una sensación extraña y maravillosa -Erin se giró y vio que Burke le sonreía-. ¿Por qué me miras así?

-Es una experiencia verte en un lugar como este. La forma en que lo absorbes y lo asimilas todo. Me pregunto cómo reaccionarás cuando vayamos a París o a Río.

-Probablemente me pasaré todo el rato con la boca abierta, poniéndote en vergüenza.

-Exacto -Burke se echó a reír cuando ella le propinó un codazo en las costillas-. Trata de comportarte. Ya casi va a empezar la carrera.

-Sí, que Dios nos asista. Y todavía no he apostado.

-Yo apostaré por ti mientras tú compras la cerveza y tratas de decidirte entre las hamburguesas o los perritos calientes. La vida en América ha aumentado tu apetito.

No era eso lo único que había aumentado su apetito, pensó Erin, preguntándose cuándo reuniría el valor suficiente para decírselo.

-Yo no he tenido la culpa de que nos saltáramos el desayuno -le recordó-. ¿Dónde está mi boleto?

Burke se introdujo la mano en el bolsillo mientras veía cómo los caballos eran conducidos a la parrilla de salida. Erin tomó el boleto y estaba a punto de guardarlo cuando se fijó en la cantidad.

-¿Mil dólares? -inquirió con voz chillona, que hizo que varias cabezas se giraran en su dirección-. Burke, ¿de dónde voy a sacar mil dólares para apostarlos en un caballo?

-No seas absurda -él ni siquiera la miró. El entrenador trataba de tranquilizar a Double Bluff, que reculaba y se movía inquieto-. Parece más tenso de lo habitual -murmuró mientras dos mozos de cuadra ayudaban al entrenador.

-Pero, Burke, ¿mil dólares?

-¿Temes perderlos?

-No -ella hizo una pausa. Luego, mientras doblaba el boleto, pronunció una rápida plegaria-. No, desde luego que no.

Por fin sonó la campana. Los caballos emprendieron la cabalgata.

Erin reconoció al potro de Pentel, en cabeza. Era de los que empezaban fuerte, recordó, pero carecía de resistencia. Con el boleto en la mano, Erin se acercó el puño al pecho. El grupo era apenas un borrón, pero podía distinguir la vestimenta blanca y verde del jinete de Burke. Al tomar la primera curva, iba en cuarta posición, con el caballo de Travis a su izquierda. La multitud ya empezaba a gritar, de modo que resultaba imposible seguir al comentarista. No importaba. Con la mano libre, Erin se aferró a la manga de lino de Burke.

-Ya está avanzando -murmuró él.

Las zancadas de Double Bluff aumentaron; a medida que devoraba el terreno. Ante los ojos de Erin, pareció como si el caballo creciera, volviéndose su pelo más lustroso, sus patas más largas.

Un campeón, se dijo de nuevo, lo llevaba en el corazón. Y el suyo estaba con el potro. Se trataba de algo más que de una carrera, y Erin lo sabía. Se trataba del orgullo de Burke. Ella comprendía lo que era empezar sin nada y tener la oportunidad de conseguirlo todo.

El caballo de Pentel empezó a flaquear. La carrera empezó a disputarse realmente entre los tres caballos que habían dejado atrás al grupo. El de Durnam, primero, y Double Bluff y el potro de Travis pugnando por la segunda posición. Erin

acertaba a ver las salpicaduras de tierra y el sudor. En torno a ella se oía un enorme griterío.

-¡Lo va a conseguir! -ni siquiera fue consciente de gritar mientras veía cómo Double Bluff alcanzaba al Orgullo de Charlie. Durante lo que pareció una eternidad, corriendo hocico con hocico. y entonces, por fin, Double Bluff empezó a adelantarlo. y llegó a la meta ganando por dos cuerpos.

-Oh, Burke, ha ganado. ¡Has ganado! -Erin se levantó sin darse cuenta y rodeó a su marido con los brazos-. Sí, y es el caballo más hermoso que he visto en mi vida. Estoy tan orgullosa de ti...

-Yo no he competido.

Ella se retiró un poco para acariciarle la mejilla.

-Sí, sí has competido.

-Quizá -murmuró él al tiempo que le besaba la punta de la nariz. Siguió observando mientras el jinete daba el paseo de la victoria por el circuito-. ¿Te ves capaz de colocarte en el círculo del ganador conmigo?

-Creo que sí -la gente había empezado a darles la enhorabuena, pero los pensamientos de Erin se centraban únicamente en el momento en que se situara junto a Burke para aceptar el premio.

Aún lo rodeaba con los brazos cuando se anunció oficialmente al ganador. El Orgullo de Charlie. Double Bluff había sido descalificado.

-¿Descalificado? ¿A qué se refieren?

-Vamos a averiguarlo -Burke la tomó de la mano y salió de las gradas. Las murmuraciones ya se habían desatado.

-Burke, no pueden negar que ha ganado. Por amor de Dios, si lo he visto con mis propios ojos. Entró en cabeza. Debe de ser un error.

-Espera aquí -Burke entró en el corral donde se hallaba Double Bluff. Erin vio cómo un hombre calvo en traje de chaqueta se acercaba a Burke, seguido de otros dos individuos. Todo tenía un aspecto muy oficial, se dijo. El calvo hablaba con mucha calma, señalando hacia el caballo y luego hacia una hoja de papel. Mientras tanto, el entrenador y el jinete se pusieron a discutir encolerizados, pero Burke simplemente se limitó a escuchar.

Erin empezó a sentirse acalorada, de modo que se refugió en la sombra. Se trataba de un error, naturalmente, se dijo mientras se quitaba el sombrero para abanicarse el rostro. Nadie le arrebatara a Burke lo que había ganado justamente, lo que tanto necesitaba.

-¿Qué ocurre? -preguntó al regresar Burke.

-Anfetaminas. Alguien le administró al caballo anfetaminas.

-¿Drogas? Pero eso es ridículo.

-Parece ser que no -Burke miró hacia el corral con los ojos entrecerrados-. Alguien quería desesperadamente que ganara. O que perdiera.

10

-¿Cómo que vas a enviarme a casa? No soy una maleta para que me despaches de

esa manera -Erin se apresuró tras Burke mientras este entraba en el dormitorio de la suite-. Apenas me has dirigido la palabra desde que salimos del circuito, y ahora me dices que vas a enviarme a casa.

-No tengo nada más que decirte, de momento.

-¿Nada más que decirme? -sin resuello, Erin se sentó-. Han descalificado Double Bluff de una de las carreras más importantes del año porque alguien le administró drogas. Yo creo que sí hay mucho que decir.

-No es asunto tuyo -Burke sacó una maleta del armario y la colocó en la cama, abierta-. Guarda tus cosas.

Ella siguió sentada, logrando a duras penas contener su furia, aunque entornó los ojos.

-Ah, ya comprendo. Es otra de las cosas que no debo tocar.

Burke hizo una pausa momentánea y la observó.

Pudo ver cómo su ánimo empezaba a alterarse. Pero era preferible que se enfadara a que tuviera que enfrentarse a la tormenta de los días venideros. Nunca se había considerado un hombre de grandes virtudes, pero protegería a su esposa.

-Puedes verlo así, si quieres. Tengo que hacer unas cuantas llamadas. Haz la maleta. Yo me ocuparé de cambiar el billete de avión.

-Espera un maldito minuto -Erin se levantó para seguirlo cuando entró en la habitación contigua-. Estoy harta de queme des órdenes. Casi tanto como de hablarle a tu espalda. Como no sueltes ese auricular, Burke Logan, acabarás con el cordón enrollado en el cuello.

-Erin, ya tengo bastantes preocupaciones como para que me vengas con una de tus rabietas.

-Rabietas -Erin se acercó a él con los puños apretados-. Pues tengo una noticia para ti. Todavía no has visto una de mis rabietas. Ahora, siéntate -con ambas manos, lo empujó hacia una silla-. Ya va siendo hora de que abras los oídos y escuches, para variar.

Burke pudo haberse levantado y haber descargado sobre ella su propia furia. Pero decidió no hacerlo. La forma más rápida de conseguir que se fuera era mostrando desinterés.

-¿Vas a tardar mucho?

-Lo que haga falta.

-Entonces, ¿te importa que me sirva una copa?

Echando chispas, Erin rodeó el mueble bar y sacó una copa y una botella. A continuación, se las colocó delante de golpe.

-Adelante, bébete la botella entera. Ahógate si quieres.

-Con una copa bastará-Burke se sirvió dos dedos de whisky, y luego levantó la copa a modo de saludo-. Di lo que tengas que decir, irlandesa. Debo hacer unas cuantas gestiones antes de que salga tu vuelo.

-Si te dijera la mitad de lo que pienso, tus oídos no dejarían de resonar hasta que el arcángel Gabriel tocara la trompeta. Respóndeme, ¿piensas darte por vencido

en este asunto?

Él alzó la copa para tomar un sorbo, observándola por encima del borde de cristal.

-¿Tú qué crees?

-Creo que vas a luchar, y que no descansarás hasta descubrir quién está detrás de todo esto. Y creo que, luego, lo harás pedazos.

Burke volvió a brindar antes de apurar el resto de whisky.

-Más o menos.

-Pues no pienso quedarme en casa, de brazos cruzados, mientras lo haces.

-Eso es exactamente lo que vas a hacer.

-¿No se te ha ocurrido pensar que puedo ayudarte?

-No quiero tu ayuda, Erin, ni la necesito.

-No, tú no necesitas a nadie -Erin empezó a pasearse por la habitación, deseando poder sobrellevar la discusión de una manera mejor que alzando la voz-. Solo necesitas que unos cuantos criados se ocupen de los pequeños detalles, mientras vives a tu aire. Desde luego, no pareces necesitar una esposa, una amiga, que te planche las camisas o te dé la mano en los momentos difíciles.

Burke sintió un impulso tan fuerte de levantarse y zarandearla, que tuvo que cerrar los dedos en torno a la copa hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Porque se equivocaba. Se equivocaba con respecto a qué y a quién necesitaba.

-No me he casado contigo para que me laves la ropa.

-No, solo para poder acostarte conmigo, y lo sé muy bien. Pero no pienso salir huyendo como una mujercita temerosa, incapaz de hacer frente a un problema.

Orgullo, se dijo Burke, y casi se echó a reír. El orgullo de ambos siempre parecía colisionar continuamente.

-Nadie pone en duda tu valor, Erin. Pero todo será más fácil si no tengo que cuidar de ti.

-No tendrás que cuidar de mí. En privado, me mantendré al margen y podrás llevar tus asuntos como te plazca. Pero, en público, estaré ahí, a tu lado.

-¿Como la fiel y confiada esposa? -(Acaso tiene eso algo de malo?)

-Nada -Burke se recostó en la silla, decidido a observarla con calma. Parecía un cometa a punto de entrar en órbita-. ¿Te importa lo que piense o diga la gente?

-¿Y por qué no iba a importarme?

Sí, ¿por qué no?, se dijo él mirando la copa vacía. Estaba preocupada por su prestigio, que dependía del de su marido.

-Está bien, haz lo que quieras. No puedo llevarte a rastras hasta el avión. Pero te advierto que no va a ser agradable.

-Dijiste que me entendías. Me lo dijiste desde el mismo momento en que nos conocimos, y yo te creí. Ahora veo que, en realidad, no me entiendes en absoluto -la ira se había disipado, reemplazada por una creciente desesperanza. Si se hubieran casado realmente, en el verdadero sentido de la palabra, habrían hablado de lo ocurrido, podrían haber peleado unidos, y no entre sí-. Haz esas llamadas. Yo voy a dar un paseo.

Pero Burke no descolgó el teléfono cuando ella se marchó. No se trataba simplemente del hecho de que no estuviera acostumbrado a tener a alguien a su lado, ni de su propia inclinación a hacer las cosas a su manera. Había deseado que Erin se marchara porque quería alejarla de las murmuraciones y las miradas maliciosas. No deseaba que formara parte de las sospechas que ya habían recaído sobre él y los suyos.

Ella ni siquiera le había preguntado. Burke se frotó el rostro con ambas manos e intentó aplacar su propia furia. No lo molestaba tanto haber perdido la carrera como el hecho de saber que alguien había violado lo que era suyo. Y Erin ni siquiera le había preguntado si había sido cosa suya. ¿De veras creía tan ciegamente en él, o acaso no le importaba cómo ganara?

Fueran cuales fuesen los sentimientos de Erin, él no podría protegerla de las murmuraciones. Y las murmuraciones estarían ahí, se dijo sombríamente. Una vez que ella las hubiera sufrido en sus carnes, se alegraría de volver a los Tres Ases, supuso Burke. El, entretanto, iba a descubrir quién le había jugado aquella mala pasada.

Apartando a un lado la botella, Burke descolgó el teléfono.

La acción se trasladó a Churchill Downs y a la semana del Derby. Erin procuró asistir a todos los actos y carreras importantes. Mantenía la cabeza bien alta y, siempre que oía algún cuchicheo, la erguía aún más.

No todo el mundo parecía inclinado a creer que Burke había drogado al caballo. Por cada crítica y cada murmuración, había alguien que les ofrecía su apoyo. Pero la única persona que importaba se había cerrado a ella. Erin no intentó romper esa barrera. Hubo de utilizar toda su energía para mantener, de cara a los demás, la imagen de una pareja unida. La tensión empezaba a pasarle factura, tanto más por cuanto Erin se esforzaba al máximo para que Burke no se diera cuenta.

Él se levantaba temprano, de modo que ella también madrugaba. El acudía al circuito para supervisar los ejercicios matinales de Double Bluff, de modo que ella se pasaba las mañanas en el circuito. Había días en los que, a la hora del almuerzo, se sentía tan agotada que solo deseaba acurrucarse en un rincón y dormir. Pero las carreras, los almuerzos y las presentaciones se sucedían sin respiro, y Erin se negaba a faltar a uno solo de aquellos actos.

Erin McKinnon Logan no iba a refugiarse en un oscuro rincón hasta que el problema pasara. Lo afrontaría, con la cabeza bien recta, e incluso retaría a los demás a que la miraran a la cara y formularan una acusación. Resultaba muy duro, y fue empeorando con los días, de modo que tenía que esforzarse para mantener el tipo. Abundaban los susurros y las miradas malintencionadas. Había, incluso, quienes evitaban mirarla a la cara, y también estaban los que preferían enmascarar los insultos con sus buenos modales.

Erin se vistió cuidadosamente para asistir a una cena formal, al final de la semana del Derby. Siempre había pensado que un aspecto exterior firme contribuía a aumentar las propias fuerzas. El hecho de que tuviera que ir sola se lo ponía aún más

difícil, pero Burke había tenido que acudir a una reunión de última hora.

Pudo haberse quedado en el hotel, tal y como le sugirió él. Lo cierto era que habría preferido pasar una noche tranquila, cenando en la cama y leyendo un buen libro. Pero eso hubiera sido una cobardía. De modo que se puso su traje de seda azul y el collar de zafiros.

Mientras los demás bebían sus cócteles, Erin tomó zumo de naranja y entabló conversación. Se sintió más agradecida que nunca de ver a Paddy. El se mantuvo cerca de ella en todo momento, animándola y entreteniéndola con historias de Irlanda. Pero Paddy no pudo protegerla de todo el mundo.

-Un vestido precioso, querida -Dorothy Gainsfield se dirigió hacia ella, con ojos fríos como diamantes.

-Buenas noches, señora Gainsfield.

-Dígame, ¿está disfrutando su primera semana del Derby? Porque es la primera, ¿no?

-Sí, la primera -si Erin había aprendido algo, era a devolver una sonrisa insustancial-. Estoy segura de que usted llevará muchos años viniendo.

-En efecto -respondió la mujer comedidamente, negándose a ser insultada por alguien tan por debajo de su posición-. No veo a su marido.

-No ha podido venir.

-Y es comprensible, ¿verdad?

Erin notó que Paddy hacía ademán de intervenir, y le colocó una mano en el brazo.

-Con la carrera a tan solo dos días vista, está muy ocupado.

-No me cabe duda -la anciana esbozó una sonrisa sardónica y bebió champán-. ¿Sabe? Me sorprende que se le permita participar después de ese... incidente, digamos, en la carrera de Bluegrass.

-La comisión opina que el historial de Double Bluff habla por sí mismo y por Burke. Una vez que haya concluido la investigación... bueno, también eso se aclarará.

-Oh, no lo dudo, querida. Es habitual ver casos de gente que se entusiasma en exceso por conseguir el premio.

-Burke no hace trampas. No lo necesita.

-Seguro que tiene usted razón -la señora Gainsfield volvió a sonreír-. Pero yo no estaba hablando de su marido... señora Logan -satisfecha con el comentario, la señora Gainsfield se alejó.

-Esa vieja vaca desvergonzada -empezó a decir Paddy lleno de rabia-. Voy a decirle cuatro palabras.

-No -de nuevo, Erin le puso la mano en el brazo-. No merece la pena -Erin observó cómo la anciana se mezclaba con la multitud-. Con que Double Bluff gane, será suficiente.

Erin estaba segura de que, antes de que concluyera la semana, habrían descubierto al responsable de la descalificación de Double Bluff y la nube que se cernía sobre la reputación de Burke se habría disipado. y estaba aún más convencida

de que, cuando tuviera lugar la carrera en Churchill Downs, Burke ganaría lo que era legítimamente suyo.

A continuación, Erin se ocuparía de las brechas y las cicatrices de su matrimonio. Quizá Burke se había equivocado al decir que la mayoría de los matrimonios fracasaban, casi siempre, porque uno de los miembros intentaba hacer que el otro cambiara. Erin sabía que, de no producirse cambios en ambos, su matrimonio no sobreviviría.

Lo observó mientras permanecía cerca de la pista del circuito, con su entrenador. Apenas rayaba el alba, y la luz era tan tenue y suave que confería un tono rosado a las fachadas blancas. El aire era fresco, y bastaba para hacerle llegar el ruido de las voces. A su alrededor, las gradas se alzaban vacías. Transcurridas veinticuatro horas, estarían llenas a rebosar. La carrera solo duraría unos minutos, pero, durante ese breve intervalo de tiempo, cada centímetro cuadrado del estadio estaría saturado de emoción, de corazones desbocados y de esperanza.

-Esta hora del día tiene una magia especial.

-Travis -Erin se levantó y lo rodeó con sus brazos. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de hasta qué punto necesitaba abrazar a alguien-. Oh, me alegro muchísimo de verte -se retiró de él con igual presteza-. ¿Y Dee? ¿Se encuentra bien?

-Lo bastante bien como para echarme. Me dijo que quería librarse de mí durante un par de días.

-Eso es una bobada, pero os estoy muy agradecida a ambos -Erin miró hacia donde se hallaba su marido-. Necesita a sus amigos.

-¿Y qué hay de ti?

Ella emitió una risita nerviosa y movió la cabeza.

-Oh, a mí no parece necesitarme.

-No me lo creo, pero no me refería a eso. ¿Cómo lo llevas tú?

-Aún me quedan fuerzas suficientes para capear unos cuantos temporales.

-Estás un poco pálida -murmuró Travis al tiempo que le tomaba la barbilla con la mano-. Bastante pálida.

-Me encuentro bien, de verdad. Necesito dormir un poco más, eso es todo -a continuación, Erin se derrumbó sobre él. Antes de que pudiera retirarse, Travis la llevó hasta un asiento.

-Siéntate. Avisaré a Burke.

-No -Erin le agarró la mano con fuerza-. Enseguida me pondré bien. Solo necesito cerrar los ojos un momento.

-Erin, si estás enferma...

-No estoy enferma -ella se echó a reír y, de forma inconsciente, acercó la mano al hijo que crecía en su seno-. Te lo prometo.

Travis enarcó las cejas y la observó.

-En ese caso, enhorabuena.

Erin abrió los ojos lentamente.

-Eres muy perspicaz.

-Ya he pasado por ello unas cuantas veces -Travis le acarició la mano hasta que sus mejillas recuperaron en parte el color-. ¿Cómo se siente Burke ante su inminente paternidad?

-No lo sabe -Erin se incorporó, aliviada al ver que Burke seguía de espaldas a ellos-. Ya tiene bastantes preocupaciones en estos momentos.

-¿No crees que esto le compensaría del mal trance que está pasando?

-No -con un suspiro, Erin volvió a mirar a Travis-. No estoy segura de que desee tener hijos. Y, ahora mismo, lo único que quiere es que lo deje en paz.

-Lo estás subestimando.

-Tú eres amigo suyo.

-Y tuyo.

-En ese caso, ofrécele tu apoyo hasta que todo esto haya pasado. Y deja que le diga lo del niño en el momento adecuado.

-Está bien. Si me prometes que te cuidarás un poco más.

Ella sonrió y le dio un beso en la mejilla.

-Después de mañana, dormiré una semana seguida.

-Travis -Burke se agachó para cruzar la valla-. No esperaba verte por aquí.

-Odio perderme el Derby. ¿Cómo van las cosas? Burke miró por encima del hombro hacia donde estaba el caballo.

-El potro está en plena forma. Puede decirse que ambos estamos dispuestos a enderezar la situación.

-¿Y la investigación?

-Va muy despacio -y era cierto. Al menos, en lo que se refería a la investigación oficial. Pero la suya propia iba un poco más deprisa. Y, ahora que Travis estaba allí, tenía a alguien de confianza con quien compartir su teoría. Aunque llevaba puestas las gafas de sol, Erin sintió sus ojos sobre ella. Con un gesto de asentimiento, se levantó.

-Os dejaré para que podáis hablar tranquilos.

-Está preocupada por ti -murmuró Travis mientras Erin se alejaba de las gradas.

-Preferiría que no lo estuviera, que hubiera vuelto a los Tres Ases hasta que todo este lío se aclarase.

-Si querías una esposa callada y obediente, hiciste mal al escoger a una irlandesa. Burke sacó un cigarrillo y reflexionó sobre ello.

-¿Cuántas veces te has sentido tentado de estrangular a Dee?

-¿En los últimos siete años, o en la última semana?

Por primera vez en varios días, Burke esbozó una sonrisa sincera.

-No importa. Hazme un favor y vigílala, ¿quieres? Me parece que no se siente bien.

-Podrías intentar hablar con ella tú mismo.

-No se me da bien hablar. Me gustaría que te la llevaras de vuelta al rancho después de la carrera de mañana.

-¿Es que tú no regresas?

-Quizá tenga que quedarme en Kentucky unos días más.

-¿Tienes alguna pista?

-Una corazonada -Burke encendió el cigarrillo y dio una calada-. El problema es que la comisión exige pruebas.

-¿Quieres que hablemos de ello?

Burke titubeó, pero solo porque no le resultaba natural confiar en otra persona.

-Sí. ¿Tienes unos minutos?

Erin no sabía con certeza por qué había sentido aquella repentina necesidad, pero se dirigió hacia los establos. Tal vez, si conseguía demostrarse a sí misma que era fuerte y capaz, Burke también empezaría a creerlo. Se había enfrentado a las murmuraciones y había defendido bien su terreno. Pero aún había algo a lo que debía enfrentarse, un miedo que debía superar. y así lo haría. Más tarde, al día siguiente, podría entrar tranquilamente con Burke en el establo de Double Bluff, y se colocaría a su lado, sin temor alguno, en el círculo del vencedor.

A pocos metros de los establos, se detuvo para hacer acopio de valor. Era una tontería sentir miedo después de tanto tiempo. Era inútil aferrarse a un sentimiento provocado años atrás por un accidente. Había estado rodeada de animales toda su vida. Y el niño... Se llevó una mano al vientre. Su hijo crecería sin tener miedo de aquello que había heredado.

Entraría en el establo sola. Y, al día siguiente, por mucho que Burke se negara, entraría también con él.

Se acercó un poco más. Enseguida le llegaron los aromas... El heno, el olor suave del trigo, el aroma acre del caballo. También le llegaron los sonidos... De pezuñas sobre el cemento, de relinchos. Erin avanzó en silencio y con cautela, recordando que cada paso que daba era un paso adelante.

La luz cambió desde el mismo momento en que accedió al interior. Era más tenue, más suave, y Erin captó asimismo el olor del cuero.

La mayoría de los caballos ya habían hecho el ejercicio diario, y los mozos de cuadra estaban desayunando, antes de que llegara la hora de cepillar y almohazar a los animales. Erin había escogido aquella hora tranquila para que nadie la viera si salía corriendo.

Pero no huyó. Uno de los caballos agachó la cabeza sobre el portón de su establo y ella se sobresaltó un poco, pero aguantó el tipo. Podía acariciarlo, se dijo. Podía acercar la mano hasta él tan fácilmente como la había acercado al potrillo de Burke.

Los dedos le temblaban ligeramente, pero consiguió posarlos en la mejilla del animal, que la miró. No obstante, cuando el caballo cambió de postura, Erin retiró la mano rápidamente.

-Tendré que hacerlo un poco mejor -musitó, colocando los dedos con más firmeza sobre su mejilla. Tenía la palma de la mano húmeda y no movía ni un solo músculo del cuerpo, pero sintió la leve emoción de la victoria.

Era un animal precioso, se dijo mientras deslizaba la mano hasta su cuello. Era el potro de Pentel, y lo había visto correr casi tan a menudo como a Double Bluff.

-Bueno, ya está -consiguió decir con un suspiro-. El corazón me late como un

tambor, pero aquí estoy.

«Aquí estoy», repitió en silencio. «Y pienso volver a diario».

Cada vez le resultaría más fácil. Retiró la mano y se obligó a acercarla de nuevo. Y le costó menos trabajo. Del mismo modo que le costaría menos afrontar y vencer sus inseguridades con respecto a Burke. No pensaba vivir una existencia triste y miserable solo porque su marido era demasiado terco como para aceptar su amor y su apoyo. Quizá hubiera aceptado a Burke tal como era, pero tendrían que producirse algunos cambios. Y cuanto antes mejor.

Al oír un ruido de voces, Erin volvió a retirar la mano, azorada. No quería que alguno de los mozos de cuadra la viera. Aún no se sentía capaz de permanecer allí, dentro de las cuadras, y mantener una conversación al mismo tiempo. Erin se secó la palma de la mano en los pantalones y esbozó una sonrisa casual.

Se disponía a salir cuando el tono de las voces la obligó a detenerse. Parecían voces airadas, aunque bajas, con cierto asomo de desesperación. Al titubear, Erin tuvo tiempo de reconocer una de ellas.

-Si quieres el dinero, encontrarás la forma.

-Te repito que nunca dejan al caballo solo ni cinco minutos. Logan lo tiene más custodiado que las joyas de la corona.

Erin entreabrió los labios, y luego cobró entereza. Dio un paso atrás, cobijándose en las sombras, y siguió escuchando.

-Tienes un trabajo que hacer, y se te paga muy bien. Si no puedes acceder al caballo, accede a su comida. Lo quiero fuera de la carrera de mañana.

-No pienso envenenar a ningún caballo. y ya me he cansado de correr todos los riesgos.

-No tuviste reparos en utilizar una aguja hipodérmica, ni en quedarte con el diez por ciento del premio de Bluegrass.

-Las anfetaminas son una cosa, y el cianuro otra. Si ese caballo muere, Logan no descansará hasta que alguien pague por ello. y ese alguien no seré yo.

-Pues utiliza las drogas -la voz era impaciente, despreciativa. Erin apretó los puños-. Encuentra la forma o no verás ni un centavo. Necesito ganar esta carrera.

Y ella necesitaba llegar hasta Burke. Erin permaneció muy quieta y esperó a que se fueran. Pero la suerte no la acompañó. Al ver que las dos figuras en traban en las cuadras, enderezó los hombros y echó a andar. Era arriesgado, pero no tenía alternativa.

-Buenos días, señor Durnam -Erin curvó los labios al ver la expresión de sorpresa de sus ojos. Asimismo, miró de soslayo al mozo de cuadra, uno de los nuevos que había contratado el entrenador de Burke.

-Señora Logan -Durnam sonrió, aunque ya estaba haciendo cálculos-. No sabíamos que estaba en las cuadras.

-Se me ocurrió echar un vistazo a la competencia. Ahora, con su permiso, Burke me está esperando.

-Un momento -Durnam la agarró del brazo. Dado que Erin había esperado una

maniobra parecida, estaba preparada para gritar. Pero él le tapó la boca con una rapidez asombrosa.

-Por Dios bendito, ¿qué está haciendo? -inquirió el mozo de cuadra-. Logan reclamará su cabeza.

-También reclamará la tuya si ella va y se lo cuenta. Lo ha oído todo, estúpido -los forcejeos de Erin habían dejado a Durnam sin resuello, de modo que se la pasó al mozo de cuadra-. Sujétala. Debo pensar.

-Tenemos que irnos de aquí cuanto antes. Como entre alguien...

-Cállate. Cállate ya -el rostro de Durnam ya estaba perlado de sudor. Sacó un pañuelo blanco para enjugárselo. Era un hombre desesperado que ya había recurrido a medidas desesperadas. y ahora debía recurrir a otra más-. La meteremos en el camión hasta que pase la carrera. Para entonces, ya se me habrá ocurrido algo -le cubrió la boca con el pañuelo y, seguidamente, le vendó los ojos con el sucio pañuelo de cabeza del mozo de cuadra-. Busca unas cuerdas, deprisa. Átale las manos y los pies.

Erin forcejeó aún más, pero comprendió que ya había perdido. Movida por un impulso desesperado, se sacó del dedo la alianza y la dejó caer al suelo. Enseguida, le ataron las muñecas y la envolvieron en una manta.

Notó que la levantaban del suelo; pero no pudo sino retorcerse. Aun eso era fútil, porque cuanto más se resistía más trabajo le costaba respirar. Oyó cómo una puerta se abría antes de que la soltaran en un suelo duro.

-¿Qué demonios vamos a hacer con ella? -preguntó el mozo de cuadra mientras contemplaba el bulto del interior de la manta-. Hablará en cuanto la soltemos.

-Entonces, no la soltaremos -Durham se apoyó en el costado del camión y se limpió la frente con la manga.

Todo saldría como él deseaba, se dijo. Había llegado demasiado lejos, había arriesgado demasiado como para permitir que una mujer arruinara sus planes.

-No pienso participar en el asesinato de una mujer.

Durnam dejó caer el brazo y miró al mozo de cuadra con ojos entornados.

-Tú ocúpate del caballo. De la mujer me encargaré yo.

Iban a matarla. Erin luchó para quitarse la manta de la cara una vez que hubieron cerrado la puerta del camión y se hubieron alejado.

Su hijo. Con un sollozo, Erin retorció las muñecas y forcejeó contra las cuerdas. Dios misericordioso, tenía que proteger a su hijo. Y a Burke.

El pánico creció en su interior y, por un momento, Erin sucumbió a él por completo. Antes de que lograra recuperar el control, tenía las muñecas llenas de rasguños y los hombros lastimados. Resollando, permaneció inmóvil en la oscuridad e intentó pensar. Si consiguiera levantarse y llegar hasta la puerta, podría intentar abrirla. Se deslizó hasta la pared. Luego, apoyándose en ella, logró ponerse de rodillas. Cuando consiguió incorporarse, estaba empapada en sudor. Con la espalda apoyada en la pared, fue avanzando poco a poco, palpando con los dedos.

Casi estalló en lágrimas cuando encontró la manija de la puerta. Se retorció, tensándose para cerrar los dedos en torno a ella.

Cerrada. Naturalmente que estaba cerrada,

Erin tuvo que sacudir la cabeza para impedir que las lágrimas brotaran de sus ojos. Durnam podía ser un bruto, pero no era tonto. Intentó dar golpes en la puerta para atraer la atención de alguien pero, atada como estaba, no podía tomar el impulso suficiente.

Se dejó caer en el suelo de nuevo y, cerrando la mente para mantener fuera el pánico y el dolor, siguió forcejeando con las cuerdas.

-¿Has visto a Erin?

Travis siguió pasando las manos por la pata de su caballo mientras miraba a Burke.

-Desde esta mañana, no. Creí que habría vuelto al hotel.

-Es posible. Puede que haya tomado un taxi -era lo lógico, se dijo Burke. La sensación de náuseas que sentía en el estómago no tenía razón de ser-. Vinimos juntos esta mañana. Siempre me espera.

-Parecía un poco cansada -Travis se incorporó-. Quizá haya vuelto para descansar un poco de cara a esta noche.

-Sí -tenía sentido. Seguramente estaba sumergida en una bañera de agua caliente, pensando en la fiesta de aquella noche-. Creo que iré a comprobarlo.

-Pregúntale si se apiadará de un hombre solitario y me concederá unos cuantos bailes.

-Claro.

-¿Burke?

-¿Sucede algo?

Burke tenía las manos frías. Frías como el hielo.

-No, nada. Nos veremos dentro de un par de horas.

Y siguieron igual de frías mientras conducía hasta el hotel. No era propio de Erin marcharse sin despedirse. Aunque últimamente tampoco solían hablar mucho. Era culpa suya, se dijo Burke, aceptándolo con un encogimiento de hombros.

Pero aquello cambiaría. Cuando la carrera y el escándalo hubiera pasado, hablarían. Quizá, solo quizá, él le hablaría de su pasado. Del modo en que había crecido, de las cosas que habían llenado su vida. Era preferible revelárselo, aunque ella acabara marchándose, antes que esperar a que lo descubriera por sí misma.

Burke nunca se había avergonzado de su pasado. Pero Erin había hecho que mirase hacia atrás con cierto ojo crítico. Ya Burke no le gustaba lo que veía.

Su humor no había mejorado cuando llegó al hotel. Sabía que era ridículo enfadarse con ella por haberse marchado del circuito, cuando él le había exigido que se fuera a la granja. Pero, maldición, Erin había conseguido que dependiera tanto de ella... Todo le resultaba más fácil cuando miraba a su alrededor y la veía allí.

Cuando entró en la suite, estaba preparado para iniciar una pelea. Iba a gritarle, y ella le gritaría en respuesta. Luego, ambos desfogarían sus frustraciones en la cama.

-¿Erin? -cerró la puerta de golpe, pero no tuvo que ir más allá del vestíbulo para

saber que ella no estaba allí. y volvió a sentir las manos heladas de nuevo.

Maldiciéndose, Burke se dirigió hacia el cuarto de baño.

¿Lo habría dejado?, se preguntó. ¿La había presionado hasta el punto de obligarla a dar el paso definitivo? No quería perderla. Aquella certeza lo sacudió por dentro conforme abría la puerta del armario. No, no quería perderla, porque la necesitaba.

Casi se sintió mareado de alivio al comprobar que su ropa seguía allí, intacta.

Habría ido de compras, se dijo. O a la peluquería. Pero aquellos pensamientos no lo tranquilizaron mientras volvía a cerrar el armario.

Media hora más tarde, Burke seguía paseándose por la suite del hotel cuando sonó el teléfono. Saltó sobre él para contestar, dispuesto a gritarle fuera cual fuese su excusa.

-Burke, soy Travis.

-¿Sí?

-¿Ha vuelto Erin al hotel?

-No -Burke sintió la boca seca-. ¿Por qué?

-Lloyd Pentel acaba de traerme su alianza. La encontró en el suelo de las cuadras.

-¿Qué? ¿En las cuadras? -Burke se dejó caer en una silla, inconsciente de estar moviéndose en absoluto-. No puede ser. Erin nunca entraría en las cuadras. Tiene miedo de los caballos.

-Burke -Travis mantuvo un tono de voz sereno-. ¿No ha estado en el hotel?

-No, no ha estado aquí. Quiero hablar con Pentel.

-Ya he hablado yo. No la ha visto. Burke, quizá nos estemos precipitando, pero creo que deberías avisar a la policía.

Había perdido la noción del tiempo. En cierta ocasión pensó que las cuerdas se habían aflojado, pero hubo de reconocer que se trataba de una falsa impresión. Ya no solo le dolían las muñecas. Tenía hinchazones y cardenales por todo el cuerpo, producidos por una caída que sufrió mientras intentaba ponerse de pie.

Temiendo lo que pudiera pasarle al niño, no hizo más intentos. Por unos minutos, se aisló de la realidad y pensó en Burke, como si pudiera animarlo mentalmente a encontrarla.

¿Se preocuparía por ella? ¿Había pasado tiempo suficiente para que empezara a preguntarse dónde estaba? ¿Le importaría? Rezó y luego se quedó dormida un rato, soñando con su granja de Irlanda. ¿Por qué había deseado tanto marcharse, cuando allí se había encontrado en paz y segura? A continuación, soñó con Burke y comprendió parte de la respuesta. Su destino era estar con él.

-Señora Logan.

Erin dio un respingo al sentir que una mano la tocaba. Le quitaron la venda de los ojos y tuvo que parpadear para enfocar su visión. En la penumbra vio la cara del mozo de cuadra, y de nuevo la embargó el pánico. Había ido a matarla. A ella y a su hijo.

-Le he traído algo de comida. Debe prometerme que se mantendrá callada. Durnam me despellejaría si supiera que he venido. Si promete no gritar, le quitaré la mordaza para que pueda comer. Como haga algún ruido, volveré a ponérsela.

Erin asintió, y luego inhaló una bocanada de aire fresco una vez retirada la mordaza.

-Por favor, ¿por qué haces esto? Si es dinero lo que quieres, yo puedo dártelo.

-Estoy demasiado metido en el asunto -el mozo de cuadra le pasó un bocadillo-. Coma o se pondrá enferma.

-¿Qué más da? -el olor de la carne dentro del pan bastó para revolverle el estómago-. Vais a matarme.

-Yo no tengo nada que ver en eso.

Erin percibió el miedo que se reflejaba en los ojos del joven y vio el sudor que perlaba su labio superior. Quizá aquello fuera su única posibilidad.

-Sabes lo que me hará Durnam. No puede dejarme libre.

-Él solo quiere ganar la carrera, nada más. Necesita ganarla. Tiene un problema financiero, y sus cuadras no marchan tan bien como antes. El Orgullo de Charlie es su mejor posibilidad. Por eso consiguió que me contrataran en los Tres Ases, para que me asegurara de que Double Bluff no ganase la carrera -el mozo de cuadra miró en torno. Estaba hablando demasiado. Siempre hablaba demasiado cuando se ponía nervioso. Y necesitaba una copa. Sentía la boca seca como el esparto-. Solo le inyecté un poco de droga al caballo, como Durnam quería. Tiene usted que entenderlo. Es una cuestión de negocios.

-Estás hablando de las carreras. Yo hablo de un asesinato.

-No quiero oírlo. Yo no tengo nada que ver con eso. Ahora, coma.

-Oye... No sé cómo te llamas.

-Berley, señora. Tom Berley -aunque el gesto resultara ridículo, el joven se tocó el ala de la gorra.

-Tom, te estoy suplicando por mi vida. Y por la vida del hijo que llevo en mi seno. No puedes dejar que mate a mi hijo. Ahora solo eres cómplice en lo sucedido con el caballo. Pero esto es asesinato. De un niño inocente, Tom.

-No quiero seguir oyendo hablar de asesinatos -la voz del mozo de cuadra se endureció, pero sus manos habían perdido la firmeza cuando volvió a ponerle la mordaza. Necesitaba esa copa desesperadamente. Hizo ademán de colocarle la venda, pero la expresión de sus ojos le hizo titubear. Al fin y al cabo, no había nada que pudiera ver, se dijo. La parte trasera del camión no tenía ventanillas, y estaba separada de la cabina por un panel de madera.

-Si no quiere comer, es asunto suyo -el joven se guardó el bocadillo en el bolsillo. Erin vio cómo miraba en ambas direcciones antes de salir y cerrar la puerta, dejándola de nuevo en la oscuridad.

11

-Preferiría que fuera a buscar a mi esposa, teniente, en lugar de limitarse a quedarse ahí sentado haciéndome preguntas.

El teniente Hallinger estaba a punto de cumplir sesenta años y, después de treinta y siete años en el Cuerpo, creía haberlo visto y oído todo.

Desde luego, se había topado con más de un cónyuge furioso y frustrado. El hombre que tenía delante le pareció ambas cosas.

-Señor Logan, ya hemos emprendido la búsqueda de su esposa, y varios agentes están interrogando al personal del circuito -aunque envidiaba el cigarrillo de Burke, no dijo nada-. Tendremos más posibilidades de encontrarla si me pone usted al corriente de todo lo que sepa.

-Ya le he dicho que Erin no volvió al hotel. Nadie la ha visto desde esta mañana. Además, encontraron su alianza en las cuerdas de Churchill Downs.

-Algunas personas son poco cuidadosas con las joyas, señor Logan.

Algunas personas. ¿A qué demonios venía eso? Estaban hablando de Erin. De su Erin. ¿Dónde diablos estaría? Burke miró de nuevo a Hallinger y habló en términos precisos.

-Erin no. Y menos tratándose de su alianza de matrimonio.

-Mmm -el teniente hizo una anotación en su cuaderno-. A menudo, señor Logan, estas situaciones se deben a un simple malentendido -podía escribir un libro sobre ello, se dijo Hallinger-. ¿Discutió usted con su esposa esta mañana?

-No.

-Es posible que alquilara un coche y se fuera a dar una vuelta.

-Eso es ridículo -Burke alzó la mirada cuando Travis le ofreció una taza de café. La aceptó, aunque la apartó a un lado-. Si Erin hubiera querido dar una vuelta, habría utilizado el coche que ya hemos alquilado. Me habría avisado de que se iba y habría vuelto hace dos horas. Teníamos planes para esta noche.

Hallinger también había hecho planes, que incluían una velada tranquila y agradable con su esposa. Retorció los doloridos dedos de los pies dentro de sus zapatos.

-La semana del Derby suele ser muy caótica. Puede que se le haya olvidado.

-Erin es la persona más responsable que conozco. Si no ha vuelto, es porque no ha podido -Burke pensó de nuevo en las odiosas llamadas que había efectuado a los hospitales de la zona-. Porque alguien se lo ha impedido.

-Señor Logan, los secuestros suelen ir acompañados de llamadas en las que se exige un rescate. Usted es rico, pero afirma no haber recibido llamada ninguna.

-No, ninguna -pero, aun así, seguía sudando cada vez que sonaba el teléfono-. Mire, teniente, ya le he dicho todo lo que sé. y me he cansado de darle vueltas a lo mismo. Saldría yo mismo a buscarla, pero creo que es mejor que me quede aquí para... -para seguir esperando. Para seguir con aquella espera interminable.

Hallinger ojeó sus notas. Era un hombre alto y delgado, de pies doloridos y voz serena.

-Señor Logan, tuvo usted ciertos problemas en la carrera de Bluegrass. ¿Cómo se lo tomó su esposa?

-Se disgustó, naturalmente -Burke apagó el cigarrillo y se levantó para pasearse

por la habitación.

-¿Hasta el punto de querer rehuir el gentío de esta noche y de mañana? ¿Hasta el punto de querer eludir la situación?

Burke se giró para dirigirle una mirada tajante y peligrosa.

-Erin no huiría de nada ni de nadie. Es más, le pedí que regresara al rancho hasta que todo esto pasara. Pero se negó. Insistió en quedarse para hacer frente al problema.

-Es usted un hombre afortunado.

-Lo sé muy bien. ¿Por qué no se larga de una vez y busca a mi esposa?

Hallinger se limitó a garrapatear una nueva anotación y luego se giró hacia Travis.

-Señor Grant, que sepamos, usted fue el último que habló con la señora Logan esta mañana. ¿Cuál era su estado de ánimo?

-Estaba algo angustiada por la carrera y por Burke. También la vi un poco cansada. Me dijo que pensaba dormir una semana seguida cuando la carrera hubiera pasado. Lo último que deseaba era perderse la carrera o abandonar a su marido. Solo llevan casados unas semanas, y está muy enamorada.

-Mmm -volvió a musitar el teniente con exasperante calma-. Encontraron su alianza en las cuadras.

Usted insiste en que su esposa no pudo entrar en las cuadras, aunque algunas personas la vieron caminando en esa dirección esta mañana.

-Para demostrarse algo a sí misma, quizá. No lo sé con seguridad -la paciencia de Burke empezaba a agotarse.

-¿Para demostrarse qué, señor Logan?

-Hace unos años sufrió un accidente y, desde entonces, tiene miedo de los caballos. Ha estado intentando superarlo durante estas últimas semanas. Maldición, ¿acaso importa por qué entró en las cuadras? Estuvo allí y ha desaparecido.

-Los detalles suelen ayudarme en mi trabajo. Burke dio un salto al oír el teléfono. Su cara se tornó pálida y tensa mientras descolgaba el auricular.

-¿Sí? -musitando una maldición, se lo pasó a Hallinger-. Es para usted.

-La encontrarán, Burke -Travis le colocó una mano en el hombro-. Debes tener esperanza.

-Se trata de algo grave. Lo presiento -sí, lo notaba en su interior; más allá del pánico inicial, del miedo constante, había un presentimiento, una certidumbre-. Como no la encuentren pronto, será demasiado tarde. He de salir de aquí. ¿Querrás quedarte por si hay alguna llamada?

-Claro.

Hallinger observó cómo Burke se encaminaba hacia la puerta e hizo un gesto a uno de sus hombres para que lo siguiera.

Debió de quedarse dormida. Erin se despertó de la pesadilla empapada en sudor y tiritando de frío. Llamó a Burke con un susurro e intentó extender los brazos, pero

estos no se movieron.

No se trataba de un sueño, comprendió mientras cerraba los ojos y respiraba hondo para aplacar una nueva oleada de pánico. ¿Cuánto tiempo le quedaba? Oh, Dios, ¿cuánto tiempo? Quizá pensaban dejarla allí hasta que se volviera loca o muriera de inanición.

No se volvería loca, porque pensaría en Burke. Cerraría los ojos y recordaría cómo se sentía al estar junto a él de noche, con el resplandor de la luna filtrándose por la ventana, y sus cuerpos unidos. Pensaría en su forma de besarla... Aquellos besos lentos y devastadores que la hacían derretirse por dentro y nublaban su mente.

Podía saborearlo. Incluso en aquellas circunstancias, podía paladear el sabor de sus labios y sentir su mano acariciándole la mejilla y el cabello.

Tenía unas manos maravillosas, duras y fuertes. Siempre firmes, siempre seguras. A veces, por la noche, ella buscaba su mano y se la acercaba a la mejilla para sentirla. Erin no creía que él se hubiera dado cuenta.

Si se concentraba lo suficiente, casi podía sentir el tacto de su mano en su mejilla. Y podría retenerla allí cuanto deseara.

Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, pudo ver la cabeza de Burke en la almohada, junto a ella. Tenía un perfil muy atractivo, con la mandíbula firme y las mejillas perfiladas. A Erin le gustaba especialmente con barba de dos días. ¿Se lo había dicho alguna vez? Era una delicia mirarlo. .

Y, si tenía cuidado, podía acurrucarse con él sin despertarlo. El aroma de su piel la ayudaba a dormir. Siempre olía como ella pensaba que debía oler un hombre. De modo que Erin se acurrucaba y, a veces, él cambiaba de postura para arrimarse más a ella, rodeándole perezosamente la cintura con el brazo. Quellas eran las mejores ocasiones, cuando Erin podía murmurarle que lo amaba. Se dijo que, si Burke lo oía bastantes veces mientras dormía, quizá pudiera empezar a creerlo.

De modo que Erin mantuvo los ojos cerrados y pensó solo en Burke. Al cabo de un rato, volvió a quedarse dormida.

Eran casi las tres, pero Burke permanecía sentado en la misma silla. Había salido solo durante una hora, recorriendo el circuito con la frenética esperanza de encontrar a Erin aguardándolo. Había registrado las cuerdas y atosigado a los trabajadores con las mismas preguntas que ya les había hecho la policía.

Pero no había ni rastro de Erin.

De modo que Burke había regresado al hotel, para pasearse por el vestíbulo y el dormitorio, olvidándose del café que le había servido Travis.

Llevaba ya un cuarto de hora sentado sin moverse, con la vista clavada en el teléfono.

Le había pedido a Travis que se fuera a dormir un rato, pero este no le hizo caso. Eso le recordó que solo había habido una persona, en toda su vida, que había permanecido a su lado. Si la perdía... No, no podía pensar en eso. Sabía que la suerte podía cambiar, volverse cruel. Pero no con Erin.

Ella aún no había tenido la oportunidad de ver todo lo que podía ofrecer la vida. Era tan joven, estaba tan llena de energía... ¿Por qué no podía evitar la sensación de que, fuera cual fuese el apuro en el que se encontraba, él tenía la culpa?

Cuando sonó el teléfono, Burke lo descolgó con ambas manos.

-Logan.

La voz sonaba espesa por el alcohol, pero Burke comprendió, y el corazón empezó a martillearle el pecho.

-¿Dónde está?

-No quiero problemas. Pincharle al caballo era una cosa, y esto otra muy distinta. No quiero problemas.

-Bien. Dime dónde está -Burke alzó la mirada y vio que Travis se había puesto a su lado.

-No quería formar parte de esto. El me matará si descubre que he hablado contigo.

-Dime dónde está ella y yo me ocuparé de lo demás.

-La tiene dentro del camión, en el circuito. No sé qué piensa hacer con ella. Matarla, probablemente.

-¿En qué camión? ¿En qué camión, maldita sea?

-No pienso tomar parte en un asesinato.

Cuando la comunicación se cortó, Burke simplemente colgó el auricular y se levantó.

-Está en el circuito. La tienen encerrada en un camión.

-Llamaré la policía y luego te seguiré.

Condujo como un maníaco, saltándose los semáforos y los límites de velocidad.

«Matarla, probablemente».

Aquellas dos palabras resonaban en su mente una y otra vez, de modo que no vio cómo el cuentakilómetros se ponía en más de ciento treinta por hora.

Las calles estaban desiertas. La gente se había retirado a dormir, esperando la carrera del día siguiente.

Burke rogó que Erin estuviera también dormida. Y, cuando se despertara, él estaría allí, con ella.

La gravilla salió despedida bajo los neumáticos cuando Burke se detuvo de golpe detrás de las cuerdas. Vio la hilera de camiones.

Solo debía encontrar el correcto.

Empezó a atravesar los aparcamientos cuando oyó pasos a su espalda. Con los puños apretados y una intención asesina en su mente, se giró con presteza.

-Eh, calma, muchacho -dijo Paddy-. Travis me ha llamado.

Burke asintió brevemente, aunque, al resplandor de la luna, pudo ver que el anciano tampoco había dormido nada.

-El camión de Durnam. ¿Cuál es?

-¿El de Durnam? Pero si Travis dijo que no sabíais en cuál estaba.

-Considéralo una corazonada. ¿Cuál es el de Durnam?

-Ese negro de ahí -Paddy se giró al oír el gemido de las sirenas-. Ya viene la policía.

Pero Burke ya estaba corriendo hacia el camión.

-¡Erin! -la puerta se mantuvo firme. Por un momento, Burke pensó que podía arrancarla con las manos desnudas.

-Utiliza esto -Paddy le pasó una barra de hierro-. Pensé que podríamos necesitarla cuando Travis me puso al corriente de lo que pasaba.

Sin dudar, Burke empezó a forzar la puerta, sin dejar de llamar a Erin en voz alta. Deseaba que supiera que era él. No podía soportar la idea de que experimentara un momento más de pánico. El metal gimió y, por fin, empezó a ceder. Burke esgrimió la barra como un arma mientras saltaba hacia el interior del camión.

-¿Erin?

No hubo respuesta. ¿Y si había llegado demasiado tarde?

-Erin, todo va bien. He venido para sacarte de aquí -maldijo la falta de luz y se arrodilló para avanzar a gatas. Entonces la vio, acurrucada en un rincón del fondo.

Estuvo a su lado en un instante, pero casi temía tocarla. Su mano se dirigió primero hacia su mejilla. Estaba tan fría, tan quieta.

-Erin -en un arrebato de cólera, le retiró la mordaza. Al ver que abría los ojos, casi lloró de alivio-. Todo va bien, Erin.

Sin embargo, cuando alargó la mano para tocarla, ella se encogió, emitiendo un sollozo gutural.

-Todo va bien -le murmuró Burke-. No permitiré que nadie te haga daño. Soy Burke, cariño. Ya pasó todo.

-Burke -los ojos de Erin seguían nublados por la conmoción, pero pronunció su nombre.

-Sí, soy yo, y voy a sacarte de aquí -Burke la separó de la pared, maldiciendo entre dientes cada vez que ella se quejaba. Su temblor creció hasta convertirse en un estremecimiento, que ninguna palabra de consuelo podía aplacar.

Burke encontró las cuerdas, pero, cuando empezó a desatarlas, ella chilló.

-Lo siento. Tengo que quitártelas. No quiero hacerte daño. ¿Puedes quedar te muy quieta?

Erin simplemente giró la cabeza hacia la pared.

El camión retembló cuando los hombres de la policía entraron, y ella se encogió en el rincón.

-Necesito un cuchillo -Burke miró al teniente Hallinger-. Déme un maldito cuchillo y luego salgan de aquí. Está aterrorizada.

Hallinger rebuscó en su bolsillo con una mano e indicó a sus hombres que se retiraran con la otra.

-Animo, irlandesa. Ya pasó todo -le estaba haciendo daño. Burke podía notar cada una de sus sacudidas y sus temblores en su propio cuerpo conforme cortaba las cuerdas. Tanto su piel como la de ella estaban bañadas en sudor cuando procedió a quitarle las ligaduras de los tobillos-. Voy a tomarte en brazos para sacarte de aquí.

No te muevas.

-Mis brazos -Erin se mordió el labio, pues el más ligero contacto le producía dolor.

-Lo sé -tan cuidadosamente como pudo, Burke la tomó en brazos. Ella gimió, apretando la cara contra su hombro.

Cuando salieron, los aparcamientos estaban repletos de luces brillantes. Erin cerró los ojos para evitar el escozor. No podía pensar a causa del dolor y el miedo, y se concentró en el sonido de la voz de Burke.

-No se acerquen a ella -dijo él en tono sereno, con los ojos puestos en Hallinger.

-He pedido una ambulancia -Travis se colocó entre Burke y la policía-. Ya está aquí. Paddy y yo os seguiremos.

Como en un sueño, Erin notó que la tumbaban encima de algo. Las luces seguían siendo demasiado brillantes, de modo que mantuvo los ojos cerrados. También había voces, demasiadas voces, pero ella se concentró en la única que le importaba. Dio un respingo al notar algo frío en la piel desgarrada de su muñeca, pero Burke le acarició el cabello, sin dejar de hablarle en todo momento.

Burke no era consciente de lo que decía. Promesas, juramentos, tonterías. Pero podía ver la sangre seca en sus muñecas y sus tobillos, así como los cardenales de sus brazos. Cada vez que Erin hacía una mueca de dolor, él pensaba en Durnam. En cómo lo mataría.

-En las cuerdas -murmuró Erin-. Los oí hablando en las cuerdas. Dijeron que habían drogado al caballo.

-No importa -Burke siguió acariciándole el cabello.

-En las cuerdas -repitió ella con un hilo de voz-. No pude escapar. Lo intenté.

-Ya estás a salvo. No te muevas.

No le permitieron ir con ella. Se llevaron a Erin en una camilla en cuanto llegaron al hospital, y Burke se quedó en el vestíbulo, impotente y dolorido.

-Se recuperará -Travis le puso la mano en el hombro.

Burke asintió. Los enfermeros de la ambulancia ya se lo habían asegurado. Las peores heridas físicas las tenía en las muñecas. Se curarían, igual que las contusiones. Pero nadie sabía hasta qué punto había quedado marcada emocionalmente.

-Quédate con ella. Tengo algo que hacer.

-Burke, la ayudarás más quedándote aquí. A Erin y a ti mismo.

-Quédate con ella -repitió Burke antes de trasponer las puertas de vidrio con grandes zancadas.

Mantuvo su mente cuidadosamente en blanco mientras conducía hacia la granja de Durnam. La rabia seguía presente, pero la contuvo, consciente de que nublaría su pensamiento. De modo que no pensó en nada, y su mente permaneció tan fría como el aire de la mañana.

Recorrió en un cuarto de hora un trayecto que solía llevar más de treinta minutos, pero, aun así, la policía ya se le había adelantado. Burke se apeó del coche, delante de la casa de piedra de Durnam, y volvió a encontrarse cara a cara con

Hallinger.

-Supuse que vendría -dijo el teniente mientras encendía uno de los cinco cigarrillos que se permitía al día-. Deduje que un hombre listo como usted ya habría llegado a la conclusión de que Durnam drogó al caballo.

-Sí, así es. ¿Dónde está?

-Esta noche será huésped nuestro -Hallinger dejó escapar una bocanada de humo y se recostó en el capó del coche de Burke-. ¿Sabe? A veces, los policías también pensamos. Estábamos interrogando a Durnam cuando nos llegó el aviso de que se dirigía usted al circuito en busca de su esposa.

-¿Por qué?

-Bueno, asumiendo que la desaparición de su mujer tuviera relación con el problema de la semana pasada, lo cual era mucho asumir, deduje quién podía sacar provecho de ello. y esa persona era Durnam. Supongo que usted había llegado a la misma conclusión.

-Solo me faltaba una prueba.

-Ya la tenemos. Ese hombre estaba desesperado. Nuestra llamada bastó para que se derrumbara. Había sacado todo el dinero de su cuenta corriente. O el que le quedaba. Usted lo sabía, ¿verdad?

-Sí, lo sabía.

-Había hecho el equipaje. Pero no quería perderse la carrera de mañana. O de hoy -corrigió Hallinger mirando el incipiente amanecer-. Deseaba ganar el Derby a toda costa. Es curioso cómo la gente puede obsesionarse con una meta y olvidarse de las consecuencias. ¿Cómo está su esposa?

-Lastimada. ¿Dónde lo tienen?

-Eso es asunto de la policía, señor Logan -el teniente examinó el cigarrillo pensativamente antes de dar otra calada-. Sé cómo se siente.

Burke lo interrumpió con una mirada.

-Usted no sabe cómo me siento.

Hallinger asintió lentamente.

-Tiene razón. Y dudo que esté usted de humor para aceptar un consejo, pero se lo daré. No cometa una tontería por alguien tan despreciable como Durnam. Ha perdido mucho más que la carrera del Derby. ¿No basta con eso?

-No -Burke abrió la portezuela del coche, y luego se giró-, Cuando salga, dentro de un año o de veinte, será hombre muerto..

Con pesadumbre, Hallinger arrojó la colilla del cigarrillo.

-Lo tendré presente.

Al despertar, Erin abrió los ojos cautelosamente. El hospital. Una oleada de alivio la recorrió por dentro, como siempre que se despertaba y se hallaba a salvo. La luz que había junto a la cama seguía encendida. Había detestado mostrarse débil, pero insistió en que la enfermera no la apagara, a pesar de que ya estaba amaneciendo.

Burke no estaba allí. Preguntó frenéticamente por él, pero la habían llevado a una

habitación aparte, prometiéndole que pronto estaría a su lado. Debía dormir, tranquilizarse, dejarse de preocupaciones.

Pero ella lo necesitaba.

Lánguidamente, giró la cabeza. Ya había flores en la habitación. Y entonces lo vio. Estaba de pie, junto a la ventana, de espaldas a ella. La mente de Erin se vació de todo, salvo del placer de ,saber que estaba allí, con ella.

-Burke.

Él se giró de inmediato. Su primer pensamiento fue que se había incorporado en la cama, y que sus mejillas ya no estaban pálidas. A continuación, se dijo que, de no ser por él, no estaría en una cama de hospital, con las muñecas vendadas. Al ver que le extendía una mano, se acercó y la acarició suavemente.

-Tienes mejor aspecto -dijo con torpeza.

-Me siento mejor. No sabía dónde estabas.

-Salí un rato. ¿Necesitas algo?

-Tengo hambre -Erin sonrió y buscó de nuevo su mano, pero ya se la había metido en el bolsillo.

-Avisaré a la enfermera.

-Burke -Erin lo detuvo cuando se dirigió hacia la puerta-. Puedo esperar. Mírate, no has dormido.

-Ha sido una noche ajetreada.

Ella forzó otra sonrisa.

-Sí, es verdad. Lo siento.

Los ojos de Burke cobraron una expresión dura y tajante.

-No lo sientas. Avisaré a la enfermera.

Una vez sola, Erin se recostó en la almohada. Quizá seguía confusa y desorientada. Burke no podía estar enfadado con ella. Con un suspiro, cerró los ojos. Naturalmente que podía estarlo. Los hombres eran difíciles de entender, y Burke muy en particular. Aunque ella no tuviera la culpa, le había hecho pasar un infierno. y ahora lo retenía en una habitación de hospital, en el día más importante de su vida.

Cuando la puerta volvió a abrirse, Erin se aseguró de que su sonrisa pareciera alegre y de que su voz, a pesar del dolor que aún sentía en la garganta, lo reflejara.

-Deberías estar en el circuito. No me había dado cuenta de que era tan tarde. ¿Se ha acordado alguien de traerme una muda de ropa? Puedo estar lista dentro de diez minutos.

-No irás a ningún sitio.

-¿No esperarás que me pierda mi primer Derby? Sé lo que ha dicho el médico, pero...

-Entonces sabes que no debes levantarte de esa cama en las próximas veinticuatro horas. No seas estúpida.

Erin abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla. No quería discutir con él. Había estado al borde de la muerte, experiencia que bastaba para hacerle reflexionar sobre lo inútil que era malgastar el tiempo en insignificancias.

-Tienes razón. Me quedaré aquí sentada recibiendo mimos y mirando la tele -¿por qué no se acercaba a ella? ¿Por qué no la abrazaba? Erin mantuvo los labios arqueados mientras miraba hacia la ventana-. Será mejor que te vayas ya.

-¿Adónde?

-Al circuito, por supuesto. Casi es mediodía. Ya has perdido la mañana entera.

-No pienso moverme de aquí.

Erin notó que el corazón le daba un rápido vuelco, pero negó con la cabeza.

-No seas tonto. No puedes perderte la carrera. Ya tengo bastante con verme aquí encerrada. Al menos, podré disfrutar viendo cómo te sitúas en el círculo del ganador. Aquí no puedes hacer nada.

Burke pensó en lo impotente que se había sentido durante toda la noche, en lo impotente que se sentía todavía.

-No, supongo que no.

-Entonces, vete -le dijo Erin, obligándose a parecer animada.

-Sí -él se frotó la cara con la mano.

-Y no quiero que vuelvas hasta que hayas descansado un poco.

Erin alzó el rostro para besarlo, pero los labios de él solo le rozaron la frente.

-Hasta luego.

-Burke -dijo ella conforme él se alejaba-. Vas a ganar.

Burke asintió y cerró la puerta tras de sí. Luego se apoyó en la pared, demasiado exhausto para tenerse en pie, demasiado exhausto para pensar. Le importaba un bledo el Derby. Lo único que podía ver, proyectándose una y otra vez en su mente, era a Erin hecha un ovillo en el rincón de aquel camión. Se había encogido al sentir su presencia.

Más tarde, pareció haberse recuperado, y hablaba y sonreía como si nada hubiera ocurrido. Pero él seguía viendo el vendaje blanco de sus muñecas.

Temía tocarla, temía que volviera a encogerse de nuevo. O, como mínimo, temía hacerle daño. Sin embargo, también tenía miedo de perderla si no la abrazaba con fuerza y la mantenía junto a sí.

Pero Erin lo había animado a que se fuera, asegurándole que no lo necesitaba a su lado. Lo único que le importaba era el premio, el manto de rosas rojas y el trofeo. Y maldito si no iba a dárselos.

Erin no había imaginado que se pondría tan nerviosa. Pero cuando empezó a ver los preliminares, las entrevistas y los comentarios emitidos por televisión, el pulso empezó a acelerársele. Cuando vio a Burke, sorprendido por las cámaras en el exterior de las cuadras, se echó a reír y se abrazó a la almohada.

Ojalá pudiera estar allí con él, se dijo. Pero él evitó al reportero, decepcionándola.

Había deseado oírle hablar, ver su rostro en la pantalla para que pudieran reírse juntos más tarde, recordándolo.

A continuación, el reportero relató lo sucedido desde la carrera de Bluegrass. Erin se sintió satisfecha al oír que el nombre de Burke había quedado limpio por fin, y

que Double Bluff era considerado el caballo favorito en la Carrera de las Rosas.

Escuchó atentamente, tratando de mantener la calma mientras el periodista hablaba de su secuestro y de la detención de Durnam. Habían encontrado al mozo de cuadra durmiendo la borrachera en un establo. Al parecer, no había resultado difícil conseguir que contara toda la historia. Se emitieron imágenes del camión, con la puerta destrozada, que Erin se obligó a mirar.

Por fin, vio cómo los caballos salían del corral. Allí estaba Double Bluff, tan enorme y hermoso como de costumbre. Double Bluff, el ejemplar de tres años de los Tres Ases. Propietarios: Burke y Erin Logan. Ella sonrió al leer esto último. Le producía una gran satisfacción ver su nombre junto al de Burke en la pantalla.

Tal y como Erin había imaginado, el circuito estaba lleno al máximo de su capacidad. La cámara enfocó a Dorothy Gainsfield. Erin se permitió el pequeño placer de sacarle la lengua.

Luego enfocó a Burke, y ella sintió una punzada de dolor. Parecía agotado. Por eso se había mostrado tan distante antes. Estaba extenuado físicamente. Cuando descansara y se recuperase, todo volvería a ir bien.

-Te quiero, Burke -dijo Erin, recostando la mejilla en la almohada-. El amor que siento por ti es lo que me da fuerzas.

A continuación, la cámara volvió a centrarse en los caballos. Se oyó el sonido de una trompeta y el rugido de la multitud.

-Iremos a nuestro primer Derby juntos -murmuró Erin llevándose una mano al vientre-. El año que viene, iremos los tres juntos.

Sonó la campaña y, durante los dos minutos siguientes, Erin no apartó los ojos de la pantalla. Double Bluff parecía correr con un ahínco especial, y quizá fuera así. Quizá Burke había transmitido parte de sus emociones al caballo, para que corriera como una furia.

Cuando se adelantó, dejando atrás al grupo, Erin contuvo el aliento. Era demasiado pronto. Sabía que el jinete había recibido instrucciones de contenerse durante la primera media milla. No obstante, sus preocupaciones se desvanecieron en una oleada de excitación mientras lo veía correr. Glorioso, enérgico, imparable. Era corno si el propio caballo deseara reivindicarse a sí mismo y, tal vez, vengarse.

La multitud se puso en pie. Erin empezó a gritar, aunque fue inconsciente de ello hasta que acudió la enfermera.

A medida que se aproximaba al último tramo, el caballo cobró aún más velocidad. Dos cuerpos, tres, tres y medio. Pasó la línea de llegada como si estuviera solo en el circuito.

-No ha dejado de ir en cabeza en toda la carrera -Erin se enjugó las palmas de las manos en las mejillas-. Ni una sola vez.

-Enhorabuena, señora Logan. Yo diría que acaba de recibir una dosis de la mejor medicina que existe.

-Sí, la mejor. Ahí está Burke -Erin apretó la mano de la enfermera-. Ha esperado y trabajado tanto para conseguir este éxito. Oh, ojalá pudiera estar ahí, con él.

Observó cómo los cámaras y los reporteros buscaban buenos ángulos mientras Burke y su entrenador se situaban en el círculo del ganador. ¿Por qué no sonreía?, se preguntó Erin mientras se enjugaba una lágrima. Vio cómo tomaba la mano de su jinete y alzaba los brazos, pero no pudo oír lo que decía.

-Es un buen día para los Tres Ases -un reportero consiguió acercar un micrófono al rostro de Burke-. Esto debe de compensar con creces la descalificación de la semana pasada, señor Logan.

-Ni mucho menos -Burke le dio al caballo una palmadita en el cuello-, Double Bluff se ha revelado como un auténtico campeón, y el equipo ha demostrado ser digno de la confianza que deposité en ellos, pero esta carrera ha sido para mi esposa -entresacó una rosa del manto que cubría al caballo-. Con su permiso.

-Ha sido un detalle precioso -murmuró la enfermera.

-Sí -con todo, mientras observaba cómo el jinete alzaba el trofeo, Erin se preguntó por qué se sentía tan perdida.

12

Regresaron a la granja en cuanto hubieron dado de alta a Erin en el hospital, pero a ella no le apetecía en absoluto celebrarlo. En teoría, todo había salido bien. Burke había conseguido limpiar su nombre, su caballo había ganado el Derby y ella se encontraba bien.

¿Por qué, entonces, tenía la sensación de que todo iba mal?

Sabía que Burke podía ser frío, arrogante y terco. Lo que no había imaginado era que pudiera mostrarse retraído y distante. Nunca la tocaba. De hecho, una vez transcurridos los primeros días, Erin comprendió que evitaba cualquier contacto físico con ella. Se acostaba muy tarde y se levantaba temprano. Pasaba más tiempo fuera de casa que dentro.

Erin intentó convencerse de que simplemente se estaba preparando para el Preakness, la segunda joya de la Triple Corona, pero sabía que no era cierto.

Disponiendo de mucho tiempo libre para pensar, recordó el comentario que había oído en el día de su boda.

«Los hombres se encandilan con facilidad, y acaban aburriéndose más rápidamente aún».

¿Se trataba de eso? ¿Se había aburrido de ella? En un intento de averiguar la respuesta, Erin se pasó revista a sí misma. Su cara no había cambiado. Quizá tuviera un poco de ojeras, pero era lógico teniendo en cuenta su estado constante de preocupación y lo poco que dormía. Su cuerpo conservaba la firmeza de siempre, aunque sabía que eso cambiaría en cuestión de semanas.

¿Y qué pasaría entonces?, se preguntó. Cuando le dijera lo del niño, ¿se alejaría por completo de ella? No, Erin no lo creía capaz de algo semejante. Burke nunca le daría la espalda a su propio hijo. Pero, ¿y a ella? ¿Qué pensaría cuando empezara a hincharse y a engordar?

Erin estaba deseando notar aquellos cambios en su cuerpo, señal de que el niño crecía fuerte y sano. Pero, ¿la rechazaría Burke del todo, a raíz de dichos cambios?

Dado que el problema físico no podía evitarse, Erin decidió hacer lo posible para seducir a su marido ya, antes de que el embarazo estuviera más avanzado..

Escogió el vino personalmente. Ella apenas bebería, pero era el ambiente lo que importaba.

Y velas. Colocó docenas de velas en el dormitorio, encendiéndolas para que su aroma surtiera tanto efecto como su luz. Eligió el mismo camisón que había llevado en la noche de bodas, el encaje blanco que la hacía sentirse como una novia. Burke la había encontrado hermosa y atractiva en aquella ocasión. Y volvería a hacerlo. Escogió el disco de Chopin que él había puesto la primera noche que pasaron juntos, y se preguntó si se acordaría.

Aquella noche marcaría un nuevo comienzo. Cuando se amaran mutuamente, cuando finalmente estuvieran juntos, Erin le daría la noticia de su embarazo. y luego hablarían del futuro.

Burke había trabajado a destajo antes de regresar a casa. Todo le resultaba más fácil si se sentía agotado antes de meterse en la cama con Erin. De ese modo, no se le hacía tan difícil resistir la tentación de abrazarla y atraerla hacia sí. Pasar por alto el hecho de que se encontraba a su lado, suave, hermosa e increíblemente dulce. No se le hacía tan difícil conciliar el sueño y fingir que no la deseaba.

Pero era todo mentira.

Estar cerca de ella, sin poder tocarla, lo estaba matando. Aun así, sabía que no había otro modo de ir apartándola de sí poco a poco, para darle tiempo a tomar una decisión. Erin le ocultaba algo. Podía verlo en sus ojos. Había ocasiones en las que sentía ganas de zarandearla para hacerla confesar. Entonces, recordaba el infierno que había pasado por su culpa, y se abstenía de tocarla.

Había sido una esposa perfecta desde que regresaron. Nunca discutía, ni ponía objeciones ni cuestionaba sus actos. Burke deseaba recuperarla.

Entró en el dormitorio y sintió que los miembros se le aflojaban.

-Creí que no llegarías nunca -Erin se acercó a él y le ofreció la mano-. Estás trabajando demasiado.

-Hay mucho que hacer.

Al ver que él no le tomaba la mano, Erin encogió los dedos, pero se obligó a dar el último paso.

-En la vida hay más cosas, aparte de los caballos y las carreras.

Involuntariamente, Burke alargó la mano para acariciarle el cabello.

-Pensé que ya te habrías acostado.

-Te estaba esperando -ella le acercó una mano a la mejilla mientras se ponía de puntillas para besarle-. Te he echado de menos. He echado de menos estar a solas contigo. Ven a la cama, Burke. Hazme el amor.

-Aún no he acabado abajo.

-Eso puede esperar -sonriendo, Erin empezó a desabrocharle la camisa. Estaba segura, casi segura, de sentir su reacción, su necesidad-. Hace mucho tiempo que no pasamos un rato solos.

Burke solo necesitó sentir el roce de las vendas sobre su piel.

-Lo siento. Solo he subido para ver si ,te encontrabas bien. Debes descansar.

Aquel rechazo hirió a Erin, que dio un paso hacia atrás.

-Ya no me deseas, ¿verdad?

¿Que no la deseaba? Estaba loco de deseo.

-Deseo que te cuides, eso es todo. Has estado sometida a una gran tensión.

-Sí, y tú también. Por eso necesitamos pasar algo de tiempo juntos.

Burke le rozó levemente la mejilla con la yema de los dedos.

-Vete a dormir.

Erin se quedó mirando la puerta cerrada antes de girarse para apagar las velas.

Erin se enclaustró en el despacho y se hundió en un mar de números. Aquello, al menos, podía entenderlo. Tratándose de cifras, uno sumaba dos y dos y siempre obtenía una respuesta lógica. La vida, y Burke en particular, era otro asunto mucho más complicado.

Cuando llamó Travis, para anunciar que Dee estaba de parto, Erin se alegró no solo por su prima, sino también por ella misma. Garrapateó una nota apresurada y la dejó encima de la mesa. Si Burke se molestaba en buscarla, encontraría la nota. Si no... en fin, carecería de importancia dónde estuviera.

Vio cómo la casa quedaba atrás mientras se dirigía hacia la carretera principal. Era un lugar especial, la clase de sitio donde ella siempre había deseado vivir. La hierba verdeaba, y las flores ya habían florecido. Le resultaba difícil creer que todo aquello fuera suyo y que, sin embargo, siguiera sintiéndose infeliz. Pero la granja podía ser algo más que un sitio donde vivir, se dijo, igual que su matrimonio podía ser algo más que un acuerdo práctico entre dos adultos. Con el tiempo, Burke tendría que decidir al respecto.

Burke estaba luchando con sus propios demonios cuando entró en la casa. Durante toda la mañana, y parte de la tarde, había sido incapaz de desterrar de su mente lo hermosa que estaba Erin la noche anterior, lo difícil que le había resultado alejarse de ella y de sus propios sentimientos. Ya no se sentía seguro de estar haciéndole un favor y sabía, sin asomo de duda, que se estaba matando a sí mismo.

Quizá iba siendo hora de que hablasen. Directamente, sin rodeos. Burke no veía otra salida. Había tardado muy poco en darse cuenta de lo inútil que se sentía sin ella. Cómo y por qué había llegado a suceder tal cosa, no parecía tener importancia. Simplemente, así era.

Se asomó al despacho y, al hallarlo vacío, pasó de largo. Rosa estaba regando los geranios del atrio. Burke se detuvo, deseando no sentirse tan incómodo siempre que la veía haciendo las tareas domésticas.

-Rosa, ¿está Erin arriba?

Rosa alzó la mirada, pero siguió regando las plantas.

-La señora salió hace unos minutos.

-¿Salió? -aquel pánico repentino era absurdo, se dijo Burke con un nudo en la

garganta-. ¿Adónde?

-No me lo dijo.

-¿Se llevó el coche?

-Creo que sí -mientras él maldecía en voz alta y se giraba, Rosa cambió de maceta-. ¿Burke?

-¿Sí?

Ella sonrió un poco y soltó la regadera.

-Tienes que tener más paciencia. Ya no eres un niño de diez años.

-No quiero que se quede sola.

-Pero la dejas sola continuamente -Rosa enarcó las cejas al ver su expresión-. Es difícil fingir no ver lo que tengo delante de las narices. Tu esposa es infeliz. Igual que tú.

-Erin está perfectamente. Y yo también.

-Eso solías decir cuando regresabas a casa con un ojo morado.

-De eso hace mucho tiempo.

-Pero ninguno de los dos lo hemos olvidado. Para tener un futuro, es necesario encarar el pasado.

-¿Adónde quieres llegar con todo esto, Rosa?

Ella hizo algo que no había hecho desde que eran niños. Acercándose a él, le acarició la mejilla.

-Erin es más fuerte de lo que tú crees, hermano. Y tú no eres tan duro como quieres aparentar.

-Ya no tengo diez años, Rosa.

-No. Pero, en ciertos aspectos, eras menos difícil entonces.

-Siempre he sido difícil.

-Porque la vida no te trató bien. Pero eso ha cambiado.

-Tal vez.

-Tu madre estaría orgullosa de ti. Sí, estaría orgullosa -insistió Rosa cuando él hizo ademán de alejarse.

-Nunca tuvo una oportunidad.

-No, pero tú sí. y me diste una oportunidad a mí.

Burke descartó la idea con un rápido gesto.

-Te di un empleo.

-Y el primer hogar decente que he tenido nunca -añadió Rosa-. Antes de irte, quiero que me respondas a una pregunta. ¿Por qué permites que siga aquí? La verdad, Burke.

Él no deseaba responder, pero quizá le debía la verdad.

-Porque ella te quería. Igual que yo.

Rosa sonrió y se puso a regar las plantas de nuevo.

-Tu esposa no esperará tanto tiempo para recibir una respuesta. Está impaciente, como tú.

-Rosa, ¿por qué te has quedado?

Ella removió las hojas de un helecho.

-Porque te quiero. Igual que te quiere tu esposa. Con tu permiso, quiero recoger unas cuantas flores para la sala de estar.

-Sí, cómo no -Burke dejó a Rosa con sus plantas y volvió al despacho de Erin. Era la primera vez que le había preguntado a su hermana por qué seguía a su lado. Ella era su familia, sencillamente, por mucho que le costara aceptarlo. Rosa también había tenido razón al decir que Erin no esperaría tanto para recibir una respuesta.

Deseaba verla, sentarse junto a ella para hablar de sus sentimientos.

Inquieto, empezó a rebuscar entre los papeles del escritorio. Era una contable magnífica, pensó con cierta tristeza. Mantenía todos los documentos y las cifras en un pulcro orden.

Fue la factura del médico lo que le hizo arrugar la frente. Todos los gastos médicos de su estancia en Kentucky le habían sido remitidos a él directamente. Pero aquella factura estaba a nombre de Erin. Al examinarla, vio que la dirección no era de Kentucky, sino de Maryland. Y que se trataba de un tocólogo.

¿Un tocólogo? Burke se sentó cuidadosamente en la silla. Las palabras «test de embarazo» parecieron saltar del papel. ¿Embarazada? ¿Erin estaba embarazada? Era imposible, o él ya se habría enterado. Pero en el papel que tenía en la mano rezaba claramente la palabra «positivo», y el test había sido realizado hacía casi un mes.

Erin estaba embarazada. Pero no se lo había dicho. ¿Qué otras cosas le había ocultado? Burke se levantó, como impulsado por un resorte, y rebuscó entre los papeles de la mesa, como si pudiera hallar en ellos la respuesta. Fue entonces cuando vio la nota, garrapateada apresuradamente:

Burke, he ido al hospital. No sé cuánto tardaré.

Mientras miraba la nota, notó que el color se desvanecía de sus mejillas.

-¡Oh, no sé cómo Dee puede estar tan tranquila! Paddy pasó una página de la revista que simulaba estar leyendo.

-A los niños hay que dejarlos nacer con calma.

-Se me está haciendo eterno -Erin volvió a pasearse por la sala de espera-. A mí me sudan las manos, y ella estaba como si se dispusiera a dar un paseo por el parque. Es aterrador.

-¿Tener hijos? -Paddy emitió una risita y consultó disimuladamente el reloj mientras Erin no miraba-. Dee ya es toda una veterana.

Erin se llevó la mano al vientre.

-¿Estaba así de tranquila cuando tuvo el primero? Es decir, la primera vez debe de ser la peor.

-Dee es una luchadora.

-Sí -Erin rogó serlo también cuando le llegara la hora-. Seguro que debe de ayudarla ver a Travis a su lado -había visto cómo Travis se había portado con Dee, sin separarse de ella ni un momento, haciéndola reír, midiendo sus contracciones-, ¿Tú crees, Paddy, que todos los hombres se comportan así? -¿lo haría Burke?

-Yo diría que, cuando un hombre ama a una mujer como Travis ama a Dee, la acompaña siempre en un momento así. Muchacha, vas a abrir un surco en el suelo.

-No puedo quedarme quieta -musitó Erin-. Bajaré al vestíbulo, a ver si consigo comprar unas flores. Para tenerlas preparadas.

-Me parece una buena idea.

-Puedo traerte una taza de té.

-Muy bien. No tardes mucho.

Paddy esperó a que Erin se hubiera marchado para ponerse en pie y pasearse.

En ese momento, Burke entró en el hospital como un poseso. Apenas tardó unos segundos en lanzarse sobre el mostrador de recepción.

-¿Dónde está mi esposa?

La señorita hizo girar su silla para consultar en el ordenador.

-¿Nombre?

-Logan. Erin Logan.

-¿Cuándo ingresó?

-No lo sé. Hace un par de horas.

La señorita empezó a pulsar teclas.

-¿Para qué?

-Pues... -Burke no estaba muy seguro-. Está embarazada.

-¿Maternidad? -la señorita pulsó más teclas-. Lo siento, señor Logan. Su esposa no está ingresada en este hospital.

-Sé que está aquí, maldita sea -sin dejar de maldecir, Burke se sacó la factura del bolsillo-. El doctor Morgan. Quiero hablar con el doctor Morgan.

-El doctor Morgan está asistiendo el parto de otra paciente. Puede preguntar en la quinta planta, pero...

Se encogió de hombros al ver que Burke se alejaba a la carrera. Los futuros padres, se dijo. Siempre se ponían como locos.

Burke pulsó con el puño cerrado el botón del ascensor. Odiaba los hospitales. Había perdido a su madre en uno de ellos. Hacía tan solo unos días, había visto a Erin postrada en otro, y ahora...

-Burke, no te esperaba.

Al girarse, Burke vio que Erin se dirigía hacia él con un ramo de rosas. Tenía el cabello recogido y las mejillas sonrosadas. Las flores casi cayeron al suelo cuando la agarró por los hombros.

-¿Qué demonios estás haciendo aquí? -le preguntó.

-Burke, vas a estropearlas.

-No son las flores lo único que voy a estropear. Quiero saber qué haces.

-Voy a llevarlas arriba, si sobreviven. Creo que a Dee le gustarán más si no están aplastadas.

-¿Dee? -Burke sacudió la cabeza, pero no consiguió aclararla-. ¿De qué estás hablando?

-¿A qué viene todo esto? -repuso ella-. A mí no me parece tan extraño comprarle

flores a una mujer que acaba de dar a luz.

-¿Dee? ¿Has venido porque Dee está de parto?

-Pues claro. ¿No leíste la nota?

-Sí, leí la nota -musitó Burke. La tomó del brazo y la condujo hacia el ascensor-.

Pero era poco clara.

-Tenía prisa. Ojalá les hubieran quedado más rosas -murmuró Erin-. Cuando una tiene gemelos, debe recibir el doble de flores -hundió el rostro en ellas un momento, y luego sonrió a Burke-. Me alegra que hayas venido. Significará mucho para Dee.

Esforzándose en mantener la calma, él salió cuando las puertas se abrieron de nuevo.

-¿Cómo está?

-Perfectamente. Paddy y yo estamos hechos un manojo de nervios, pero ella está perfectamente.

-No deberías estar de pie -Burke tomó las flores, temiendo, de repente, que ella llevara peso alguno encima-. No deberías esforzarte tanto.

-No seas tonto -Erin se giró hacia la sala de espera, y se encontró con que Paddy estaba bailando.

-¡Uno de cada! -les gritó a ambos-. Ha tenido uno de cada.

-¡Oh, Paddy! -entre risas, Erin se lanzó hacia él y permitió que la alzara en vilo y le diera una vuelta-. ¿Se encuentra bien? ¿Y los niños? ¿Cómo ha ido todo?

-Todos están perfectamente, según me ha comentado la enfermera. Los sacarán dentro de unos minutos para que podamos conocerlos. Hola, Burke.

-Paddy. ¿Por qué no te sientas, Erin?

-¿Sentarme? -ella movió la cabeza y emitió otra risotada mientras tomaba el brazo de Paddy-. No podría sentarme aunque se me desprendieran las piernas. Paddy y yo vamos a bailar, ¿verdad, Paddy?

-Eso mismo -Paddy alzó el mentón y empezó a tararear. Reconociendo la melodía, Erin lo acompañó, moviendo los pies.

Burke permaneció inmóvil, con el ramo de rosas en la mano, observándolos. No la había visto reírse así desde hacía mucho tiempo. Deseó tirar el ramo al suelo y tomarla en brazos. Llevársela a casa. Abrazarla durante horas.

-¡Ahí está! -Paddy dio otro paso rápido de baile mientras sacaban a Dee en una camilla-. Ahí está mi pequeña. Fíjate -tuvo que sacar el pañuelo para enjugarse los ojos-. Son preciosos. Igual que tú, muchachita.

-¿Y yo qué soy? -preguntó Travis-. ¿Un monstruo?

-Lo has hecho muy bien -Erin se acercó a él para besarle la mejilla-. Un niño y una niña -miró los dos pequeños bultos acurrucados junto a su prima-. Qué pequeñitos son.

-Ya crecerán -Dee giró la cabeza hacia la derecha, y luego hacia la izquierda, para acariciarlos con la nariz-. El médico ha dicho que están muy sanos. Dios, si nacieron chillando. Los dos. ¿Verdad, Travis?

-Tienen el genio de su madre.

-Es una suerte para ti que tenga las manos ocupadas. Burke, has sido muy amable al venir. En un momento como este, celebro estar rodeada de mi familia.

-¿Estás bien? -Burke se sintió torpe y estúpido mientras le pasaba las rosas a Travis-. ¿Necesitas algo?

-Un bocadillo de jamón -respondió Adelia con un suspiro-. Y que sea grande. Pero me temo que todavía me obligarán a esperar un poco más.

-Lo siento, tenemos que llevamos ya a la señora Grant. El horario nocturno de visitas empieza a las siete.

-Paddy, trae a los niños esta noche.

-No se permite la entrada a los niños después de las doce, señora Grant -precisó la enfermera mientras se la llevaba. Dee simplemente sonrió y formó de nuevo la petición con los labios.

-Tiene un aspecto magnífico, ¿verdad? -dijo Erin pensativamente.

-Mi Dee es una purasangre. Siempre lo ha sido -Paddy volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo-. Bueno, será mejor que regrese a casa e idee una manera de traer a los pequeños esta noche.

-Si necesitas ayuda, házmelo saber.

-Claro que sí, muchacha -Paddy besó las mejillas de Erin. Mientras se alejaba por el pasillo, dio un saltito e hizo entrechocar los talones.

-Llevas mucho tiempo de pie -dijo Burke lacónicamente-. Te llevaré a casa.

-He traído mi coche.

-Déjalo aquí -Burke la agarró del brazo.

-Está bien. Ya que pareces seguro de que soportarás ir en el mismo coche que yo -Erin cruzó los brazos y se quedó mirando las puertas. Burke se metió las manos en los bolsillos e hizo una mueca.

Ninguno de los dos habló hasta que Erin entró como una furia en el atrio.

-Si no tienes inconveniente, me voy arriba. Y tú... tú puedes llevarte tu mal humor a las cuerdas, donde estarás rodeado de animales tan brutos como tú.

A Burke le extrañó que no se le quebrara el cuello, de lo alta que llevaba la cabeza. Él mismo se concedió treinta segundos para calmarse un poco. Al ver que no lo conseguía, subió las escaleras en pos de ella.

-Siéntate -le espetó mientras cerraba la puerta del dormitorio. Erin se limitó a entrecerrar los ojos y a cruzarse de brazos-. Te he dicho que te sientes.

-Y yo te digo que te vayas al infierno.

No hizo falta nada más. Antes de que ella pudiera evitarlo, Burke la tomó en brazos y la soltó en la cama.

-Muy bien, ya estoy sentada. ¿No me digas que deseas realmente charlar conmigo? -Erin se retiró el cabello, y luego cruzó lentamente las piernas-. Estoy emocionada -vio que él apretaba el puño y ladeó el mentón-. Adelante, dame un puñetazo. Llevas días deseándolo.

-No me tientes.

-Anoche quedó muy claro que ni siquiera soy capaz de tentarte -Erin se quitó los

zapatos-. Si tantas ganas tienes de hablar conmigo, habla.

-Sí, quiero hablar contigo, y quiero que me contestes sin rodeos -pero, en vez de formular la primera pregunta, Burke se metió las manos en los bolsillos y se paseó por la habitación. ¿Por dónde empezar?, se preguntó. Pasó los dedos por el anillo que había llevado desde hacía ya varios días. Quizá fuera un buen comienzo. Se lo quitó y lo sostuvo en la palma de la mano.

-Lo encontraste -el estallido inicial de placer que experimentó Erin se desvaneció ante la expresión de sus ojos-. ¿Por qué no me lo habías dicho?

-No preguntaste.

-No, porque me sentía fatal al pensarlo. Soltarlo en las cuerdas fue una estupidez.

-¿Por qué lo hiciste?

-Fue lo único que se me ocurrió. Sabía que no podía escapar. Ya me habían atado las manos -Erin estaba mirando el anillo, de forma que no vio la mueca de dolor de su marido-. Pensé que alguien acabaría encontrándolo y que así podrías localizarme. ¿Por qué no me lo devolviste?

-Quise darte tiempo para decidir si lo querías o no -Burke le tomó la mano y le entregó el anillo-. La decisión te corresponde a ti.

-Siempre me ha correspondido -dijo ella lentamente, pero no se puso la alianza-. ¿Sigues enfadado conmigo por lo que sucedió?

-Nunca he estado enfadado contigo.

-Pues lo has fingido a la perfección.

-Todo fue culpa mía -Burke se giró hacia ella y, por primera vez, dio rienda suelta a su ira-. Veinticuatro horas. Yaciste veinticuatro horas en la oscuridad, indefensa, por mi culpa.

-Yo creía que Durnam era el culpable. Nunca te mostraste dispuesto a hablar de ello, ni a permitir que te explicara lo que sucedió. Si me...

-Pudiste morir. Permanecí sentado en la habitación del maldito hotel, esperando a que sonara el teléfono, aterrorizado al comprender que no podía hacer nada. Nada. Cuando te encontré, vi lo que te habían hecho. Vi tus muñecas.

-Ya están sanando -Erin se levantó y alargó la mano hacia él, pero Burke se retiró de inmediato-. ¿Por qué haces esto? ¿Por qué te alejas de mí? Ni siquiera te quedaste conmigo en el hospital.

-Fui a matar a Durnam.

-Oh, Burke, no.

-Pero llegué demasiado tarde -la amargura aún seguía presente, bullendo con un regusto desagradable al que ya casi se había acostumbrado-. Ya lo habían detenido. Lo único que podía hacer era estar en la habitación del hospital, mirándote. Pensando en lo cerca que había estado de perderte. Cuanto más tiempo pasaba allí, más pensaba en el modo que te arrastré hasta mí desde el principio, sin darte la posibilidad de elegir, ni la oportunidad de saber a qué clase de hombre te habías atado.

-Ya basta. ¿De veras crees que soy una estúpida sin carácter, incapaz de decir

«sí» o «no»? Tuve la oportunidad de elegir y te elegí a ti. Y no por tu maldito dinero -ahora le tocaba a ella pasearse como una furia por el dormitorio-. Estoy harta de buscar maneras de demostrarte que te quiero. Admito que deseaba algo más en la vida que unos cuantos acres de tierra y fregar platos ajenos. y no me avergüenzo de ello. Pero escúchame bien, Burke Logan. Habría encontrado la forma de conseguirlo por mi cuenta.

-Nunca lo he dudado.

-¿Crees que me casé contigo para tener esta casa? -Erin abrió los brazos, como si quisiera abarcar todas las habitaciones-. Pues préndele fuego, porque no me importa. ¿Crees que fue por tu dinero y tus acciones? Pues tómallo todo, hasta el último centavo, y juégatelo a la ruleta. Que ganes o pierdas me trae sin cuidado. ¿Y esto? -abrió los cajones de la cómoda y sacó todas las joyas-. ¿Todas estas chucherías brillantes? Puedes llevártelas al infierno contigo. Te quiero. Solo Dios sabe por qué, testarudo miserable. Conque no sé con qué clase de hombre me he casado, ¿eh? -Erin tiró las joyas al suelo y se paseó furiosa por el dormitorio-. Sé lo suficientemente bien quién y qué eres. y soy una estúpida, porque me importa un bledo y te quiero de todas formas.

-Tú no sabes nada -dijo él tranquilamente-. Pero, si te sientas, te lo contaré.

-No me contarás nada que no sepa ya. ¿Crees que me importa que crecieras sin conocer a tu padre? Oh, no hace falta que me mires así. Rosa me lo contó hace semanas. ¿Crees que me importa que tuvieras que mentir, robar y estafar? Sé lo que es la pobreza, la necesidad, aunque tenía conmigo a mi familia. ¿Acaso no puedo sentir lástima del niño sin tener un bajo concepto del hombre?

-No lo sé -había conseguido estremecerlo. Como siempre-. Erin, por favor, siéntate.

-Ya me he cansado de estar sentada. Y de tratarte con guantes de seda. Estuve a punto de morir. Creí que no sobreviviría y, en aquellos momentos, solo pude pensar en el tiempo que habíamos malgastado discutiendo. Juré que, si volvíamos a estar juntos de nuevo, no habría más peleas. Llevo días conteniéndome, sin quejarme al ver cómo te alejabas de mí. Pero eso se acabó. Si tienes más preguntas, Burke Logan, será mejor que las hagas ya, porque tengo mucho que decir por mi cuenta.

-¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? Aquello la dejó petrificada y boquiabierta. A pesar de su insistencia en no sentarse, se hundió en la cama.

-¿Cómo lo sabes?

Burke sacó la factura que había encontrado y se la pasó.

-Ya hace un mes que lo sabías.

-Sí.

-¿No tenías intención de decírmelo, o deseabas resolverlo por tu cuenta?

-Sí, quería decírtelo, pero... ¿Cómo que «resolverlo por mi cuenta»? Apenas pude mantenerlo en secreto cuando... -Erin volvió a hacer una pausa, cuando el sentido de sus palabras le llegó como un puñetazo-. Para eso creías que había ido hoy al hospital. Pensaste que iba a deshacerme del niño -dejó caer el papel al suelo mientras volvía a

levantarse-. Eres un bastardo, Burke Logan, si pensaste eso de mí.

-¿Qué diablos iba a pensar? Ya habías tenido un mes para decírmelo.

-Fui a decírtelo el mismo día en que me enteré. Estaba deseando darte la noticia, pero tú empezaste a hablar de dinero y de la carta de mi padre. Todo se reducía siempre al dinero. Te ofrecí mi corazón en una bandeja una y otra vez, pero tú lo rechazabas continuamente -avergonzada, Erin se enjugó las lágrimas-. Volveré a Irlanda y tendré el niño allí. No seremos un estorbo para ti.

-¿Quieres tenerlo? -inquirió Burke antes de que ella saliera de la habitación.

-Por supuesto que quiero tenerlo, maldito imbécil. Es nuestro hijo. Lo engendramos la primera noche que pasamos juntos en esa cama. Yo te amé entonces, con todo mi corazón, con todo lo que tenía. Pero ya no. Te detesto. Te odio, por haber permitido que te ame así sin corresponderme nunca. Jamás me estrechaste entre tus brazos y me dijiste que me amabas.

-Erin...

-No, no te atrevas a tocarme. Ya he hecho bastante el ridículo como mujer -Erin levantó ambas manos para alejarlo de sí. No podía soportar que sintiera lástima de ella-. Temí que no quisieras a nuestro hijo, y que me echaras de tu lado al enterarte. Porque eso no entraba en el acuerdo, ¿verdad? Con un bebé por medio, no tendrías tanta libertad para ir y venir a tus anchas.

Burke recordó el día en que ella había ido a decirle lo del niño, la expresión que había visto en sus ojos.

Escogió las palabras cuidadosamente, sabedor de que ya había cometido bastantes errores.

-Hace seis meses, o incluso seis semanas, te habría dado la razón. Pero ahora no. Ya es hora de que nos dejemos de rodeos, irlandesa.

-¿Para qué?

-No me resulta fácil decir lo que siento -Burke se acercó a ella con cautela y, al ver que no retrocedía, le colocó ambas manos en los hombros-. Te necesito, y necesito al niño.

Erin cerró fuertemente los dedos sobre el anillo que tenía en la mano.

-¿Por qué?

-Nunca creí necesitar una familia. De niño, juré que jamás permitiría que nadie me lastimara como habían lastimado a mi madre. Juré que nunca amaría a nadie, para luego no sufrir si me dejaban. Pero fui a Irlanda y te conocí. Aún seguiría allí si no hubieras vuelto conmigo.

-Me pediste que viniera para llevar la contabilidad.

-Una excusa tan buena como otra cualquiera. No deseaba encariñarme contigo. No quería depender de ti, hasta el punto de necesitar verte para salir adelante cada día. Pero así sucedió. Te apremié a casarte conmigo para que no tuvieras la oportunidad de encontrar a otro mejor.

-Ya había tenido bastantes oportunidades.

-Nunca habías estado con ningún hombre.

-¿Crees que me casé contigo porque eres bueno en la cama?

Burke no pudo sino reírse.

-¿Cómo puedes saberlo?

-No creo que una mujer deba tener un sinfín de amantes para darse cuenta de que ha encontrado al hombre de su vida. Ya te he dicho por qué me casé contigo, Burke. ¿No va siendo hora de que tú hagas lo mismo?

-Tenía miedo de perderte.

Erin suspiró, obligándose a aceptar su excusa.

-Está bien, eso bastará -le ofreció la alianza-. Debe volver a mi dedo. Seguro que recuerdas cuál.

Burke tomó la alianza y luego su mano. La decisión ya estaba tomada, para ambos. No todos los días recibía un hombre una segunda oportunidad.

-Te amo, Erin -vio cómo los ojos de ella se llenaban de lágrimas, y se maldijo por haber negado aquella verdad durante tanto tiempo.

-Vuelve a decirlo -pidió Erin-. Hasta que te acostumbres.

La alianza se deslizó con facilidad por su dedo.

-Te amo, Erin, y siempre te amaré -al estrecharla entre sus brazos, Burke notó que todos los engranajes de su vida encajaban en el lugar correcto-. Para mí lo eres todo. Todo -los labios de ambos se encontraron durante largos y dulces momentos-. Vamos a echar raíces.

-Ya lo hemos hecho -sonriendo, ella enmarcó el rostro de él entre sus manos-. Pero no te diste cuenta.

Con cuidado, Burke le posó la mano en el vientre.

-¿Para cuándo?

-Para dentro de siete meses. Un poco menos. Pasaremos las navidades los tres juntos -Erin emitió un alarido cuando él la alzó en vilo, tomándola en brazos.

-No te dejaré caer -juró Burke mientras enterraba el rostro en su cabello.

-Lo sé.

-Solo quiero que descanses los pies -mientras la soltaba en la cama, ella lo agarró por la camisa.

-Me parece bien, siempre y cuando tú los descanses conmigo.

Él le mordisqueó el labio.

-Siempre he dicho, irlandesa, que eres mi mujer ideal.

Nora Roberts - Serie Corazones irlandeses 2 - Rosa irlandesa (Harlequín by Mariquiña)